

Kir Bulychov

**MEDIA VIDA
EN EL ESPACIO**



Lectulandia

Kir Bulychov fue uno de los más versátiles y populares escritores jóvenes de la ciencia ficción soviética. Su imaginación, humor y talento lo hicieron merecedor de una introducción del ya consagrado Theodore Sturgeon para los magníficos relatos de este volumen. Uno de los más originales y logrados es «Media Vida», el diario de una mujer que soporta el cautiverio junto con extraños animales de otros planetas, que serán sus aliados en una nave espacial manejada por robots. En un alarde de imaginación y humor, «Protesta» es la más refinada crítica a un sistema burocrático. «La doncella de nieve» es la recreación de un cuento de hadas proyectado a un tiempo y un mundo muy distinto que sin embargo no ha perdido el sentido de la poesía y el amor. En la tierra o en el espacio, sus personajes son cálidamente humanos, buscan la libertad, el amor o la paz, con resultados insospechados. Siete cuentos de antología que colocan a Bulychov en la primera línea de los autores de ciencia ficción del mundo.

Lectulandia

Kir Bulychov

Media vida en el espacio

ePub r1.0
serpyke 07.02.14

Título original: *Half a life*
Kir Bulychov, 1977
Traducción: Helen Saltz Jacobson
Retoque de portada: serpyke

Editor digital: serpyke
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Introducción

Hay una regla (sin duda flexible y nunca escrita) sobre que en la ficción «debes» tener una visión particular, un único punto de vista subjetivo. Su propósito es permitir que el lector se identifique con uno de los personajes y (dependiendo de la habilidad del narrador) terminar la historia con la sensación de que los hechos realmente le han ocurrido a él, y no de que la historia sea simplemente algo leído u observado. En la mayoría de los relatos cortos de ficción occidental se sigue esta convención: un personaje en el relato *se siente* asustado o enojado o apasionado, y tiene ideas y recuerdos que compartimos; todos los demás *hacen y dicen* cosas espantosas, enojosas o apasionadas y le hablan de sus ideas al lector y a ellos mismos en presencia del lector; al lector no se le permite estar dentro de la cabeza de nadie, salvo del protagonista. En las historias más largas, el punto de vista puede variar de un personaje a otro, pero casi siempre dentro de los límites de un capítulo o sección; dentro de cada uno de éstos, la convención se mantiene uniformemente.

En mucha de la ficción europea moderna, y notoriamente en la ficción europea oriental, hay una desviación de este particular «debes». La propuesta del escritor es muchas veces descriptiva, incluso cinematográfica, y los ojos por los que se ve la acción pueden ser de cualquiera, incluso en una o dos líneas. Es un desarrollo interesante, y para cualquiera acostumbrado a la literatura rusa por Dostoievsky y Gogol y que espera una narración muy retorcida y altamente subjetiva, es de lo más atractivo. Es un estilo ágil y escueto, y domina esa evasiva cualidad llamada «participación del lector» sin exigirla. ¿Alguna vez se ha sentido molesto por el fondo musical de una película cuando la repentina aparición de un brillante cuchillo parece requerir automáticamente el sonido de la cuerda de un violín con un agregado de oboe o trompeta? A mí no me gusta que me digan cómo debo sentirme ante una escena. Que me den una calle oscura y neblinosa, una mujer caminando sola, y en la banda sonora solamente las pisadas de alguien oculto. Que manden la orquesta a su casa. Yo sabré cómo me siento, lo que siento, en esta situación, sin la ayuda de Orfeo.

Así es la especial textura de la obra de Kir Bulychov, ejemplificada por los relatos que usted está a punto de disfrutar. Él le dirá lo que pasa y a quién. No entrará en detalles sobre las personalidades: estará muy claro qué tipo de gente son por la manera en que hacen lo que hacen y dicen lo que dicen. Le regalará un vistazo del pensamiento de este personaje y del de aquel, para satisfacer su propia conveniencia y sentido de la eficiencia, y cómo se sienta usted dependerá sólo de usted mismo.

Su enfoque sobre los aspectos de ciencia ficción de sus relatos revela la misma economía. Si usted necesita datos tecnológicos sobre sus viajes en naves espaciales, órbitas y trayectorias, aparatos de comunicación intergaláctica y gravedades artificiales, entonces escriba sus propios manuales. Bulychov le dará un único

supuesto: que hay una expedición a planetas extranjeros; o que existe una técnica de hipnosis capaz de penetrar en la amnesia provocada por un *shock* profundo; o que su propio teléfono puede, por un accidente inexplicable, cruzar la barrera del tiempo. A él no le importan la manera o los medios; le importa, y profundamente, la gente. Esto es digno de aplaudir. No hay, ciertamente, nada malo con los manuales o lectura de datos salvo cuando se disfrazan de ficción, una lección que muchos colegas de Bulychov, a ambos lados de los océanos, parecen no haber aprendido; parecería que confunden ciencia y tecnología. La ciencia ficción es, sin duda, la mitología de nuestra era. Los únicos mitos constantes del pasado son aquellos que tratan (de hecho o por analogía) con acciones o aspiraciones humanas (es decir, con autoconocimiento humano). No conozco ninguna leyenda imperecedera que trate del voltaje exacto de los rayos de Júpiter o de si Bifrost fue o no un puente colgante. La palabra «ciencia» proviene de la palabra latina que significa «conocimiento». Si la mejor y más duradera ficción es aquella que trata de personas (y lo es), entonces la mejor ciencia ficción y la más perdurable es aquella que trata del conocimiento y autoconocimiento de las personas. La tecnología es el ambiente de nuestra era, y en la medida en que su incidencia aumenta nuestro conocimiento y autoconocimiento, es legítimamente parte de nuestro mito. No es, sin embargo, todo el mito, y Bulychov lo sabe muy bien.

Hay otro aspecto de la técnica de Kir Bulychov que vale la pena destacar. Hay un artista de feria el cual, con una hoja de papel negro y un par de tijeras afiladas, puede hacer un retrato silueteado en minutos. Una vez se monta sobre un cartón y uno se va contento con él, es fácil olvidar que en el canasto del artista existe un retrato igualmente exacto, delineado no donde está el rostro, sino donde no está. Bulychov es buen conocedor de esta técnica y la usa hábilmente, mostrando su punto de vista no por lo que dice y muestra, sino por lo que no dice y no muestra. Me atrevo a decir que lo que más conservará usted una vez que haya experimentado el extraordinario relato que da título a la colección no es el gran coraje, la compasión y el ingenio de la mujer Nadezhda, ni la singularidad de su terrorífica aventura, sino lo incluso más terrorífico y lamentable de la afirmación de los valores humanos, consagrada en los últimos párrafos. Aquí está el final de la epopeya de Nadezhda, el lugar donde su trayectoria la vuelve al planeta y a la gente de donde provino. Aunque a nadie le importa, no de verdad, salvo a una avejentada maestra, la nieta de Nadezhda, y también para ella, Nadezhda es una figura remota, apenas una persona de verdad. Todos los demás tienen otras preocupaciones. Que esto sea así, y lo es, nos da miedo. Lo mismo se aplica a *Yo fui el primero en hallarlos* cuando la voz triunfante de la radio pasa por alto la pérdida, la pena, el dolor y las penurias para difundir valores mezquinos y codiciosos. Bulychov no predica sobre esto, simplemente lo escribe y nos deja verlo, como lo hace en *El ciervo rojo, el ciervo blanco*: una escena que no tiene explicación porque no la necesita. También está *El primer estrato de la memoria*, una historia de

suspenso e intriga sobre transferencia de personalidades. *Por favor, ¿podría hablar con Nina?* y *La doncella de nieve* son dos conmovedoras historias de amor, con un muy interesante denominador común, aunque son muy diferentes en todos los demás aspectos: los amantes no deben tocarse. En un caso es imposible, en el otro es peligroso y doloroso. Uno se siente tentado, quizás inexcusablemente, a entrometerse en esta coincidencia. ¿Es el reflejo de algo del autor, algo, a lo mejor, que él desprecia y cambiaría? ¿O no hay ningún denominador común más allá de la similitud accidental de las dos excelentes ideas de los relatos?

De cualquier modo, conozca la moderna ciencia ficción soviética. Conozca a Kir Bulychov. Tengo la sensación de que ambos se sentirán a gusto.

THEODORE STURGEON
Los Ángeles, 1977

Media vida

A corta distancia al norte de Kalyazin, en un lugar donde el Volga fluye mansamente, formando un ancho y curvo remanso, con sus aguas contenidas por la elevada margen derecha, se encuentra situada una extensa isla cubierta de pinos silvestres. Las aguas del Volga bañan tres de sus orillas, mientras que la cuarta se abre sobre un recto canal formado naturalmente, como consecuencia de la elevación del nivel de las aguas al construirse la presa de Uglich. Más allá de la isla y el canal se extiende otra foresta de pinos. Desde el agua aparece oscura, densa e inacabable, aunque en realidad no sea tan grande ni tan impenetrable, puesto que los caminos y senderos que la cruzan tienen bases de arena, por lo que se mantienen permanentemente secos incluso después de una copiosa lluvia.

Uno de aquellos caminos contornea todo el borde del bosque, a lo largo de un campo de centeno, hasta alcanzar la orilla del agua en la parte opuesta de la isla. En los fines de semana, durante la época de verano, y los días agradables, ómnibus enteros de veraneantes se dirigen a todo lo largo del canal, en cuyas márgenes pueden detenerse a pescar o a tomar el sol. También son frecuentes los botes de motor y veleros de todo tipo que echan sus anclas cercanos al camino que recorre la costa, y desde el agua pueden distinguirse las lonas naranja y plata de las tiendas de campaña. Sin embargo, la isla atrae más turistas que la tierra firme. Ilusionados con la idea de que la isla les brindará un mayor aislamiento, escudriñan, afanosamente, en busca de un pequeño espacio de tierra entre la densa maraña de tiendas de campaña. Inmediatamente después de desembarcar, deben ocuparse de desembarazar de latas y otras basuras el lugar elegido para el campamento, convencidos de que esa actitud de descuido hacia la naturaleza no es más que un acto de barbarie, y maldiciendo profusamente la desidia de los anteriores ocupantes. Esto no impedirá, sin embargo, que ellos mismos, al levantar el campamento, dejen el sitio sembrado con sus propias latas, botellas y bolsas de basura. Al atardecer, los turistas encienden sus fogatas de campamento, pero a diferencia de los mochileros, que limitan su equipo a la capacidad de sus mochilas, nunca cantan ni se divierten. Generalmente acampan en grupos familiares, con sus hijos y perros, y una enorme cantidad de comida que calientan por medio de sus correspondientes calentadores a gas.

El adusto guardabosques manco, que solía nadar en el río al extremo del camino, había aprendido a soportar a los turistas. Sabía que, a pesar de todo, son gente responsable que siempre apagan sus fogatas con agua o pisoteándolas antes de alejarse. Al disponerse a nadar, el guardia manco se desprendía de su chaqueta galonada con su insignia de hojas de roble, se quitaba rápidamente los pantalones y los zapatos, y entraba al agua cuidadosamente, tanteando el fondo con sus pies, en busca de cascotes de botellas rotas o piedras cortantes. Cuando el agua le llegaba a la

cintura, se detenía, inspirando profundamente, y se zambullía. Nadaba con una brazada lateral, impulsándose de lado con su único brazo válido; generalmente Nadezhda^[1] y Olenka lo esperaban en la costa. Nadezhda acostumbraba a lavar la vajilla en el río, ya que la casa del guardabosques, situada en el extremo del camino, carecía de pozo de agua. Si ella finalizaba su lavado antes de que el guardia emergiera del agua, se sentaba a esperarlo en una roca, contemplando la cadena de islas del otro lado del canal. Por alguna oculta razón, aquellas islas le recordaban una calle ciudadana por la noche, evocando en ella una profunda nostalgia y el deseo de huir hacia Moscú o Leningrado. Cuando veía que él ya había terminado, penetraba en el agua hasta las rodillas, alcanzándole los baldes vacíos, que él llenaba donde el agua era más profunda y transparente.

Si aparecía algún turista en las proximidades, el guardabosques apretaba la chaqueta sobre su torso, dirigiéndose directamente hacia su campamento. Procuraba continuamente no atemorizar a la gente con su defecto, hablándoles siempre suave y gentilmente, y presentándoles su perfil izquierdo, a fin de ocultar la cicatriz que cruzaba su mejilla derecha.

Durante el camino de vuelta, se detenía repetidas veces a recoger basura y toda clase de trastos desperdigados, arrojándolos luego en un agujero que excavaba todas las primaveras a un costado del camino. Si estaba apurado, o la temporada había terminado y las costas estaban desiertas, el guardia no se demoraba cerca del agua, sino que llenaba rápidamente los baldes y se encaminaba directamente a su casa. Nadezhda venía sólo los sábados, y Olenka, aún muy pequeña, se atemorizaba si debía quedarse sola en la casa.

Para regresar, recorría un mullido sendero que serpenteaba entre los rosados troncos de los pinos, cuyo color se hacía más oscuro a medida que se aproximaba al suelo. Bajo sus pies, pequeños arbustos de arándanos y setas hurtaban su camino hacia la superficie a través de las capas de grises agujas de pino.

El guardia no comía setas; le disgustaban, y no las recogería para sí mismo. Sin embargo, a Olenka le agradaban, y para complacerla, él aprendió a encurtir las, y después de secarlas en el desván, se las entregaba a Nadezhda en sus días de visita.

Olenka era la sobrina del guardabosques, la hija de su hermano, un chófer muerto hacía ya tres años en un accidente. Tanto el guardia, Timofey Fyodorovich, como su hermano Nikolay eran nativos de la región. Timofey había vuelto manco de la guerra, tomando entonces ese trabajo como guardabosques; su hermano Nikolay no había tenido edad suficiente para combatir. El mayor, Timofey, había permanecido soltero, mientras que Nikolay se había casado con Nadezhda en el año 1948. Habían tenido una niña, y vivieron juntos plácidamente hasta el accidente que costó la vida de Nikolay. Antes de la muerte de su hermano, el guardabosques raramente veía a Nikolay y su familia; sin embargo, un año después de su muerte, en una ocasión en

que se encontraba de paso por la ciudad, se detuvo a visitar a Nadezhda, invitándola con su hija a pasar unos días con él en el bosque. Sabía que su cuñada, empleada como enfermera en un hospital, vivía muy corta de dinero.

Desde entonces, cada verano Nadezhda llevaba a Olenka a casa de tu tío Timofey durante un mes o más, mientras que ella los visitaba todos los sábados. Durante esos días ella se dedicaba a ordenar y asear la casa, barrer y fregar el piso, y trataba de ayudar en todo lo que podía, ya que sabía que Timofey jamás aceptaría dinero por Olenka. En lugar de descansar, Nadezhda se afanaba por la casa, realizando las tareas domésticas. Esta actitud enojaba a Timofey, pero a la vez lo conmovía profundamente.

Agosto ya llegaba a su fin; el tiempo se tornaba desapacible, y por las noches el aire se hacía frío y húmedo. Los turistas ya se habían marchado. Era el último sábado de la temporada de verano, y Timofey había prometido enviar a Olenka al colegio dentro de tres días, ya que había llegado el momento de que ingresara a primer grado; aquella era la última noche que Nadezhda pasaría en casa de Timofey hasta la primavera siguiente. Tal vez el guardia pudiera visitarlas cuando fuera a Kalyazin para las vacaciones de noviembre, o quizá ya no volviera a verlas hasta el Año Nuevo. Nadezhda lavaba la vajilla en el río, teniendo a su lado una pastilla de jabón apoyada sobre la arena. Tomaba cada uno de los platos que se habían acumulado durante la cena y el almuerzo, y, mientras se mantenía con el agua hasta los tobillos, pasaba un trapo de rejilla sobre el jabón, y frotaba los distintos utensilios, enjuagándolos luego cuidadosamente. Olenka había sentido frío y se había alejado hacia los arbustos en busca de setas, mientras el guardabosques esperaba sentado sobre una roca, con la chaqueta colgando sobre sus hombros. Ambos guardaban silencio.

Al enjuagar las copas, Nadezhda se inclinaba hacia adelante, y el guardabosques observaba sus piernas todavía jóvenes, muy bronceadas, sintiéndose incómodo consigo mismo al no poder reunir el coraje necesario para pedirle que se quedara con él permanentemente. Pensó en lo fácil que le habría resultado si Nikolay no hubiera existido nunca. Por ello, trató de apartar los ojos de Nadezhda, mirando más allá de ella, en dirección al lúgubre gris del agua, a la oscura pared de la foresta de la isla, y al solitario fuego de un campamento establecido en la margen opuesta; un fuego encendido no por turistas, sino por un grupo de pescadores locales.

Aquella tarde Nadezhda también se sentía incómoda, expectante. Cuando la mirada del guardia cayó nuevamente sobre ella, se enderezó, recogiendo un mechón de su lacio cabello rojizo bajo el pañuelo blanco con lunares rojos que cubría su cabeza. Su cabello, blanqueado por el sol del verano, se había tornado más claro que su piel morena, lo que realizaba aún más el blanco de sus ojos y sus dientes.

Timofey desvió la mirada. Le pareció que Nadezhda lo miraba demasiado

abiertamente, y se sintió más incómodo aún porque se sentía feo, porque era un inválido, y sobre todo, porque era el hermano mayor de su marido muerto. Y además, porque deseaba que ella permaneciera allí para siempre.

Nadezhda se detuvo así, mirándolo. Incluso con sus ojos apartados de ella, no pudo evitar seguir viéndola. Tenía unos pechos pequeños, una cintura demasiado esbelta y largo cuello, pero sus piernas eran fuertes, y sus manos robustas; el blanco de sus ojos brillaba en el crepúsculo. Timofey se enfrentó inadvertidamente a su mirada, y un placentero estremecimiento corrió por sus hombros y su pecho hasta ahogarse en su garganta, anticipando lo que podía y debería suceder ese día. No podía apartar sus ojos de ella, y cuando los labios de Nadezhda comenzaran a moverse, se aterrorizó de las palabras que tomarían forma, y del sonido de su voz.

—Tim, vete a casa. Llévate a Olenka; está helada. Yo os seguiré pronto.

Timofey se levantó al instante, aliviado y agradecido a Nadezhda por haber encontrado las palabras adecuadas, afectuosas incluso dentro de su carencia de significado. Llamó a Olenka, y ambos se encaminaron a la casa; Nadezhda se quedó allí a terminar de enjuagar la vajilla.

Dag se sentó más cómodamente en la gastada silla, y colocó la lista sobre la mesa, recorriendo los renglones con la uña. Al leer bizqueaba ligeramente, ya que su vista comenzaba a fallar, aunque él no lo notara, o, más probablemente, deseara sin reconocerlo ocultárselo a sí mismo.

—¿Cogiste un transmisor-receptor de repuesto?

—Lo hice —contestó Pavlysh.

—¿Y una tienda extra?

—Aquí —señaló—. Lee esto primero... Sato, ¿te queda algo de hilo negro?

—No, se me ha acabado.

—Deberías llevar una tercera tienda —insistió Dag.

—No es necesario.

—Lleva un generador de más.

—Ya está en la lista. Número 22.

—Correcto ¿Cuántos cilindros de aire comprimido cogiste?

—Los suficientes.

—¿Leche condensada? ¿Dentífrico?

—Hombre, ¿acaso me estás preparando para una acampada?

—Llévate la compota. Nos arreglaremos sin ella.

—No os preocupéis. Cuando la desee, me daré una vuelta por aquí para veros.

—No va a ser tan fácil.

—Estaba bromeando —aclaró Pavlysh—. No tengo ninguna intención de hacerlo.

—Haz como quieras —dijo Dag, observando la pantalla. Los robots se

arrastraban a lo largo de los cables de anclaje como pulgones sobre una brizna de césped.

—¿Te mudarás allí hoy mismo? —preguntó Dag. Estaba apurado por regresar a casa. Habían perdido ya dos días preparando el botín para su transporte de vuelta a la Tierra, y debían contar al menos con otras dos semanas para la desaceleración y maniobras.

Sato entró a la cabina de control y anunció que la chalupa estaba ya lista y cargada.

—¿De acuerdo con la lista? —preguntó Dag.

—Completamente, Pavlysh me dio una copia.

—Perfecto —aprobó Dag—. Agrega una tercera tienda.

—Ya lo hice —aclaró Sato—. Estamos algo escasos de tiendas, pero no las necesitaremos.

—En tu lugar, me mudaría allí inmediatamente —aconsejó Dag.

—Estoy listo —dijo Pavlysh. Dag tenía razón. Sería mejor trasladarse de inmediato; en ese caso, si hubieran pasado algo por alto, siempre estaba a tiempo de regresar a la nave a conseguir lo que hubieran olvidado. Debería pasar varias semanas a bordo de una nave espacial abandonada que había perdido sus medios de supervivencia al marcharse sus tripulantes en una época desconocida y por alguna razón igualmente desconocida. Si no hubieran avistado a la nave siguiendo un curso errabundo, como una moderna versión del Holandés Errante, habría seguido vagando a través de la negra soledad del espacio hasta ser atraída a la órbita de alguna remota estrella o planeta, o hasta chocar con un meteoro que la convirtiera en fragmentos.

El sector de la galaxia que atravesaban para regresar estaba desierto; se encontraba apartado de las rutas establecidas y las naves raramente se aventuraban por él. Era un hallazgo único, casi increíble: una nave sin piloto, abandonada por su tripulación, pero aún intacta.

Dag calculaba que aun llevando su trofeo a remolque, tendrían suficiente combustible para alcanzar las bases más remotas. Eso, si arrojaban por la borda toda su carga, abandonando a la inmensidad del espacio casi todo lo que habían obtenido a lo largo de veintidós meses de arduo trabajo, tiempo durante el cual se habían negado a sí mismos hasta la vista de cualquier otro rostro humano que no fuera el de sus propios compañeros de tripulación.

Uno de ellos debía abordar el trofeo, manteniendo contacto radial, a fin de controlar que la nave estuviera realmente fuera de acción. Ese alguien sería Pavlysh.

—Salgo para allí —anunció Pavlysh—. Instalaré la tienda y probaré el transmisor-receptor.

—Por el amor de Dios, ten cuidado —recomendó Dag, en un repentino despliegue de emoción—. Si algo...

—Simplemente, no la perdáis —contestó Pavlysh, echando una mirada a la cabina, para ver si había olvidado algo.

Sato maniobró diestramente la chalupa en dirección a la escotilla de carga de la nave abandonada. Se notaba claramente que alguna vez había habido allí una lancha de salvamento; ahora ya no estaba. Sólo quedaba una especie de dispositivo mecánico asomando por uno de los lados de la compuerta. Empujando delante de sí el fardo que contenía las tiendas y los cilindros de aire, Pavlysh recorrió un amplio corredor dirigiéndose hacia una cabina adjunta al cuarto de control, decidiendo establecerse en ella. A juzgar por la forma y dimensiones del lugar, sus habitantes originales habían sido de menor estatura que los humanos aunque considerablemente más macizos; en caso de haber habido muebles, hubiese sido posible reconstruir una imagen más exacta de los ocupantes de la nave. Sin embargo, quizás el cuarto no fuera una cabina, sino sólo un compartimiento para almacenaje. No habían tenido tiempo aún para inspeccionar detenidamente la nave; ese sería ahora el trabajo de Pavlysh. Era una nave enorme, y un viaje a lo largo de ella prometía resultar cualquier cosa menos aburrido.

Era necesario establecer un campamento base. Sato ayudó a montar la tienda de oxígeno, instalaron una cámara estanca cerca de la puerta, y verificaron luego que la tienda se llenara con la rapidez requerida. Todo estaba en orden. Ahora Pavlysh disponía de un cuartel general donde podría despojarse del traje espacial, aunque siempre dependería de él durante sus caminatas a lo largo de la nave. Mientras Pavlysh desempaquetaba el resto de su equipo dentro de la cabina, Sato preparó la iluminación y probó el transmisor. Cualquiera hubiese pensado que Sato mismo planeaba permanecer allí, pero una vez terminada su tarea, se reunió con Dag en la nave principal.

Aceleraron durante seis horas. Dag se encargaba de controlar la tensión de los cables de remolque. Cuando dejaron de acelerar, Pavlysh se dirigió a la cabina de control y observó los desechados cilindros plateados volando a su alrededor, retrasándose gradualmente, como amigos despidiéndose en la plataforma de una estación ferroviaria. Las fuerzas-G provocadas por la aceleración eran ahora tolerables, por lo que decidió comenzar su tarea.

El panel principal de control les proporcionó escasa información; sin embargo, presentaba un aspecto realmente insólito. En realidad, todo el cuarto de control era extraño. Parecía como si algún vándalo hubiera pasado por allí. Pero no se trataba de un vandalismo común, sino la obra de un radioaficionado novato a quien se le hubiera entregado una costosa y compleja pieza de equipo para desarmar. Empleando transistores como clavos había convertido el equipo en una exposición de gemas, utilizando los tableros de los circuitos impresos como anaqueles, y empapelando con láminas de platino las paredes del pequeño cuarto.

Presumiblemente, y Dag lo había comentado ya la primera vez que estuvieron allí, el comando de la nave había sido por completo automático; luego alguien, sin contemplación alguna, había arrancado brutalmente las envolturas y cubiertas de los paneles de instrumentos, conectando cables que no deberían ser conectados, y haciendo todo lo posible por convertir un preciso cronómetro en un primitivo reloj despertador. Esta vivisección había dejado tras de sí un rastro de tornillos sobrantes, muchas veces en cantidades realmente significativas. El duende responsable del desastre había diseminado todos aquellos restos por el piso del cuarto, como si se encontrara urgido por el tiempo para completar el desguace y esconderse antes del regreso de sus padres.

Sorprendentemente, el cuarto no contenía ningún elemento similar a una silla o sillón. Era posible que sus ocupantes ignoraran absolutamente lo que era una silla. Quizá se sentaban en el suelo. O rodaban. Pavlysh arrastraba consigo su cámara fotográfica, y trataba de registrar todo lo que le fuera posible... sólo por si acaso. Si algo llegara a suceder, al menos conservarían la película. Excepto por el casi inaudible murmullo del receptor de su casco, todo estaba sumido en un silencio mortal, tanto que Pavlysh imaginaba a veces escuchar a su alrededor pasos y sonidos deslizantes. Varias veces estuvo tentado de desconectar los auriculares de su interfono, pero lo pensó mejor; si realmente un ruido, un sonido o una voz rompían el silencio, él prefería oírlo. Sin embargo, el simple pensamiento de este hecho improbable le resultaba inquietante; Pavlysh se descubrió a sí mismo realizando un gesto absurdo: había llevado su mano a la culata de su pistola.

—¡La costumbre! —exclamó, pronunciando inadvertidamente las palabras en voz alta.

La contestación de Dag irrumpió por el intercomunicador:

—¿Qué sucede?

—Siempre me olvido de que no estáis cerca. Todo es muy raro por aquí.

Pavlysh se consideró imparcialmente a sí mismo: un pequeño ser humano enfundado en un brillante traje espacial; un diminuto gorgojo dentro de una enorme vasija de heno.

El pasillo que partía de la cabina terminaba en un vacío cuarto circular. Impulsándose en el marco de la escotilla, lo cruzó en dos saltos. Más allá de él se extendía otro nuevo corredor. Todas sus paredes mostraban un pálido color azul, ligeramente blanquecino, como si hubieran sido blanqueadas por el sol. La luz de la lámpara de su casco, expandiéndose en un vasto círculo, se reflejaba en ellas. Más adelante, el corredor se curvaba hacia arriba. Pavlysh hizo la correspondiente anotación en el boceto que trazaba de la disposición de la nave. Hasta ese momento, el esquema sugería que la nave era de forma oval; la sección de proa de la elipse contenía una bodega de carga y un hangar para una chalupa y cohete de salvamento;

un panel de control, una galería que conectaba el panel con el cuarto circular; y tres corredores más ramificándose a partir de la consola de control. Aunque ya conocían la ubicación del cuarto de máquinas, no la habían incluido todavía en el boceto. Quedaba aún tiempo más que suficiente para una inspección detallada. Alrededor de cien pasos más adelante, el corredor conducía a una compuerta parcialmente abierta; algo blanco y chato aparecía caído a su lado.

Pavlysh se aproximó lentamente, moviendo su cabeza para concentrar la luz de su casco sobre el objeto, y al fin pudo reconocer un trozo de género blanco, brillante en el vacío. Al levantar su pie para pasar sobre él, lo rozó accidentalmente, y el trozo se desmenuzó, transformándose en un diminuto montón de polvo.

—Lástima —murmuró.

—¿Qué sucede? —inquirió Dag.

—Ocúpate de tus propios asuntos —contestó Pavlysh— o desconectaré el trasmisor.

—Ni lo intentes. Estaré tras tus pasos desde este mismo instante. No te olvides de las anotaciones en el boceto.

—No me he olvidado —dijo Pavlysh, haciendo una nueva anotación en el plano respecto de la escotilla.

A partir de ese lugar, el corredor se ensanchaba, bifurcándose, y Pavlysh eligió el principal, el más ancho, para proseguir su recorrido; el nuevo pasillo lo condujo a otra compuerta, herméticamente cerrada.

—Esto es todo, por hoy —anunció Pavlysh.

La voz de Dag no respondió.

—¿Qué pasa que estás tan silencioso? —preguntó Pavlysh.

—No quiero impedirte hablar contigo mismo.

—Gracias. He llegado a una escotilla cerrada.

—No te apures por abrirla.

Pavlysh iluminó la pared alrededor de la compuerta; encontró un relieve cuadrado en la pared, y pasó sobre él su enguantada mano.

Súbitamente tuvo la sensación de que alguien se encontraba parado a sus espaldas. Se volvió rápidamente, haciendo que su casco arrojara un rayo de luz a lo largo del corredor. Estaba completamente desierto. Sus nervios estaban en el límite. No comunicó nada a Dag, y atravesó el umbral.

Al hacerlo, Pavlysh se encontró en el centro de un espacioso cuarto con sus paredes cubiertas de anaqueles; varios de los cuales se hallaban ocupados por cajas. Miró dentro de una de ellas, pero le resultó imposible imaginarse su contenido original: un indefinido polvo llenaba una tercera parte de ella.

Su lámpara descubrió otro jirón de tela blanca en un lejano rincón del cuarto, pero ahora decidió mantenerse alejado hasta que pudiera fijarlo con alguna sustancia

preservadora. Cuando volvieran a la Tierra resultaría interesante analizarlo.

Sin embargo, enfocó el rayo de luz de su casco en el trozo de género, y pensó que distinguía algo escrito en él. Quizá se había equivocado. Dio un paso acercándose. Una inscripción negra se hizo claramente visible; Pavlysh se inclinó hacia adelante, agachándose luego.

—Me llamo Nadezhda —murmuró, leyendo los caracteres rusos impresos en el género.

En ese momento perdió ligeramente el equilibrio, y su mano rozó el jirón de tela. Este se desmoronó, convertido en polvo. Y con él la inscripción.

—Me llamo Nadezhda —repitió Pavlysh.

—¿Qué? —preguntó Dag.

—Era lo que decía aquí: «Me llamo Nadezhda».

—¿Dónde, por el amor de Dios?

—En ningún lado ahora. Lo toqué y se desvaneció.

—Slava —continuó Dag suavemente—, tranquilízate.

—Estoy completamente tranquilo —contestó Pavlysh.

Hasta ese momento, la nave no había sido más que un simple fantasma para Pavlysh; su realidad, una mera convención impuesta por las reglas del juego. Incluso a medida que abocetaba la red de corredores y compuertas en el plano, no podía desprenderse de una cierta percepción de la realidad impuesta artificialmente. Se sentía como un ratón inteligente en el laberinto de pruebas de un laboratorio, pero a diferencia del roedor real, Pavlysh sabía que el laberinto era finito, y que se desplazaba a través del espacio cósmico en dirección al Sistema Solar.

Sin embargo, ahora las reglas acababan de ser invalidadas por la nota que él mismo había convertido en polvo. No existía ninguna razón válida para que una nota tal hubiera llegado hasta allí; por lo tanto, sólo podía obtenerse una conclusión racional: la inscripción nunca había existido. Esa era precisamente la conclusión a que Dag había llegado. En su lugar Pavlysh hubiera estado de acuerdo, pero desgraciadamente no podía cambiar su lugar con él.

—¿Dijiste «Nadezhda»? —preguntó Dag.

—Sí, Nadezhda.

—Escucha, Slava. Tú eres un fisiólogo. Sabes lo que quiero decir. ¿Quizás debamos reemplazarte? ¿U olvidar la inspección de la nave?

—Todo está bien. No te preocupes. Ahora volveré en busca de algún fijador.

—¿Para qué?

—Si me encuentro con alguna otra inscripción, la preservaré para vosotros.

Mientras escudriñaba dentro de una caja de objetos varios empaquetados por el eficiente Sato, Pavlysh trató de visualizar nuevamente el trozo de papel o género con la inscripción, pero la imagen lo eludió. Cuando volvió a la cámara donde el pequeño

montón de polvo blanco le dio su bienvenida, la confianza de Pavlysh en la inscripción se tambaleaba.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Dag.

—Buscando una escotilla para poder seguir adelante.

—¿En qué idioma estaba escrito?

—En ruso.

—¿Qué tipo de escritura? ¿Qué clase de letras?

—¿Letras? De imprenta. Grandes.

Al fin encontró una compuerta. Se abrió fácilmente, dando paso al interior de unos extraños compartimentos divididos en secciones de distintas formas y tamaños. Algunos de ellos estaban cerrados con vidrio, mientras a otros sólo los separaban del corredor unas ligeras mamparas. En medio del pasillo se erguía una semiesfera, como de sesenta centímetros de diámetro, que recordaba la forma de una enorme tortuga. Pavlysh la tocó, y el objeto rodó a través del corredor con sorprendente facilidad, como apoyado sobre disimulados y bien lubricados rodamientos; al golpear contra la pared se detuvo, inmóvil.

La lámpara de su casco fue arrancando de la sombra diversos nichos y escondrijos, pero todos estaban vacíos. En un costado se veían varias piedras apiladas; en otro, astillas de madera. Bajo una observación más cuidadosa, estas astillas aparecieron como los restos de algún enorme insecto. Pavlysh avanzó lentamente, manteniendo a la nave madre constantemente informada de sus progresos.

—Tienes algo realmente grande allí —llegó la voz de Dag—. Apuesto a que esa nave fue abandonada hace más o menos cuarenta años.

—¿Tal vez treinta?

—Quizás incluso cincuenta. La computadora nos dará un informe preliminar.

—No os rompáis demasiado la cabeza —dijo Pavlysh—. Incluso treinta años antes todavía no nos habíamos aventurado fuera del Sistema Solar.

—Lo sé, pero de todos modos verificaré el informe del Cerebro. Mientras no hayas sufrido una alucinación...

No había nada que verificar. Especialmente desde el momento en que ellos ya sabían que el rumbo original de la nave descubierta no provenía del Sistema Solar. En realidad, se había estado aproximando al sol durante muchos años, y luego había virado para apartarse de él.

Distaban sólo cuarenta o cincuenta años desde que la humanidad había colonizado Marte y aterrizado en Plutón. Más allá de la órbita del último planeta, yacía el espacio exterior, tan misterioso como fueron para los antiguos las tierras de allende el océano. Y nadie, en ese desconocido sector del Universo, podía hablar o escribir ruso.

Pavlysh ascendió hasta el nivel siguiente, tratando de hallar su camino entre una maraña de corredores, cámaras y pequeños cuartos. Pasada media hora, comentó:

—Eran recolectores de trastos viejos.

—¿Y qué hay de Nadezhda?

—Nada más, por el momento.

¿Podía haber perdido algún rastro de Nadezhda, pasando a su lado sin advertirlo? Incluso en la Tierra, cuando uno se abstrae del mundo cotidiano de los aeropuertos y las grandes ciudades, pierde la habilidad, así como la ecuanimidad, para juzgar el real significado de los objetos y situaciones que encuentra a su paso. Cuánto mayor será la dificultad cuando se trata de los objetos y fenómenos que pueden tener lugar en una nave extraña; la semiesfera que rodaba tan suavemente y se apartaba de sus pies; los nichos con sus objetos olvidados y sus herramientas para fines absolutamente misteriosos; el enredado laberinto de cables y tuberías; la brillante tonalidad de las paredes; las barras fijas en el techo; las secciones resbaladizas del piso; las semitransparentes membranas rasgadas. ¿Qué clase de criaturas habían tripulado la nave? Aquí, por ejemplo, había un cuarto que parecía haber sido diseñado para gigantes; más allá, uno que debían haberlo habitado gnomos; allí afuera, una congelada piscina con los que parecían unos cuerpos oblongos atrapados en el hielo turbio.

Llegó en esos momentos a una espaciosa habitación, una de cuyas paredes se veía enteramente cubierta por el frente de una enorme máquina salpicada de apagadas pantallas e hileras de controles e interruptores que ocupaban desde el suelo hasta unos cinco metros de altura sobre su cabeza.

La total ausencia de lógica y homogeneidad de todo lo que observaba a su alrededor resultaba frustrante. La sensación le imposibilitaba incluso formular una hipótesis de trabajo, aunque fuera poco coherente, o de hilvanar los hechos en una secuencia lógica, y esto era precisamente lo que su cerebro le exigía, exhausto ya de moverse a ciegas entre todo ese laberinto incomprensible.

Detrás de unos barrotes, ampliamente separados entre sí, yacía una negra masa contraída por el efecto del vacío. Parecían los restos de una criatura de tamaño similar al de un elefante. Quizás había sido uno de los astronautas. Sin embargo, la estructura en forma de celda lo aislaba del corredor. ¿Por qué había sido confinado detrás de aquellos barrotes? Se le ocurrió una explicación que le resultó desagradable: el astronauta había sido encerrado en la celda como castigo; este lugar debía haber sido el calabozo de la nave. Y cuando la emergencia obligó al resto de la tripulación a abandonar apresuradamente la nave, se habían marchado sin más, olvidando al prisionero. O dejándolo atrás deliberadamente.

Pavlysh repitió a Dag sus razonamientos, pero este no coincidía con él:

—Esa chalupa de emergencia tenía poca capacidad. Ya viste el tamaño del

hangar.

Dag estaba en lo cierto. Sobre el piso, junto a la masa oscura, había un recipiente circular, vacío, de unos cincuenta o sesenta centímetros de diámetro.

Alrededor de unos treinta minutos más tarde, al abrir una escotilla, cerrada pero sin bloquear, Pavlysh descubrió el compartimiento donde había vivido Nadezhda.

Deteniéndose en el umbral, contempló la litera, prolijamente cubierta con un cobertor; el gastado pero limpio pañuelo a lunares rojos, tirado en el suelo; la taza, con un asa rota, colocada en un estante. En cada viaje subsiguiente a la habitación fue descubriendo nuevas pertenencias de Nadezhda, y encontrando rastros de su presencia en todo el resto de la nave. Sin embargo, los lunares rojos del pañuelo y la taza con el asa rota, fueron los que causaron en él la impresión más profunda, desde el momento mismo en que encontró su camarote. La presencia de estos dos objetos constituía un hallazgo mucho más inverosímil que cualquier máquina o dispositivo extraño que pudieran hallar jamás.

—Bueno... Aquí está —anunció Pavlysh.

Deseoso de preservar todos los objetos de la habitación de la misma manera en que los había encontrado, presionó el disparador del envase de fijador.

—¿Qué es lo que estás mascullando? —preguntó Dag.

—Encontré a Nadezhda.

—¿Que hiciste... qué?

—Bueno, no a ella en persona, sino el lugar donde vivió.

—¿Estás hablando en serio?

—Completamente en serio. Su taza está aquí. Incluso olvidó su pañuelo para la cabeza.

—Escucha —dijo Dag—, sé que no te has vuelto chiflado, pero aun así, no puedo creerlo.

—Yo tampoco puedo.

—¿Puedes imaginarte algo así? —continuó Dag—. Es como si desembarcáramos en la Luna y nos encontráramos allí con una chica, sentada y bordando, por ejemplo.

—Suenan tan descabellado como esto —concordó Pavlysh—, pero aquí está su taza. Y con el asa rota.

—¿Pero dónde está Nadezhda? —preguntó Sato.

—No lo sé —respondió Pavlysh—. No ha estado aquí desde hace mucho tiempo.

—Bueno, ¿qué más? —inquirió Dag—. Dime algo acerca de ella. ¿Cómo era?

—Era bonita —dijo Sato.

—Naturalmente —añadió Pavlysh—. Muy bonita.

Una pequeña caja, oculta detrás de la litera, y a medias llena de objetos, captó seguidamente su atención; parecía como si Nadezhda se hubiera estado preparando para un viaje pero algo la hubiera forzado a abandonar todas sus pertenencias y partir

con las manos vacías. Pavlysh roció los objetos con el fijador y los extendió sobre la litera: una falda, cortada en tela plástica, y cosida con grueso hilo de nylon; una bolsa con cintas para el pelo y los brazos; un chal, o una capa corta, tejida con cables de colores.

—Vivió aquí mucho tiempo —trasmitió Pavlysh.

En el fondo mismo de la caja descubrió un fajo de blancas hojas de papel, cuadradas, cubiertas de una escritura pareja aunque fuertemente inclinada hacia la derecha. Haciendo un esfuerzo, se abstuvo de comenzar su lectura hasta haberlas fijado convenientemente, de manera que pudiera estar seguro de que no se desmenuzarían entre sus dedos.

—Léelas en voz alta —pidió Dag, pero Pavlysh se negó. Estaba demasiado cansado. Sin embargo, prometió transmitir las partes más interesantes una vez que hubiera repasado todo el material para sí. Dag no discutió.

Descubrí este papel hace ya dos meses, pero no podía hallar algo con qué escribir en él. Ayer finalmente me di cuenta de la existencia de una pila de mineral similar al grafito, almacenada en el cuarto de al lado, y custodiada por uno de los glupys^[2].

Tomé uno de ellos y lo afilé, así que ahora ya puedo escribir. (Al día siguiente, Pavlysh descubriría largas columnas de pequeños rasguños en la pared de la cabina de Nadezhda, suponiendo que los había hecho con el objeto de llevar la cuenta de los días).

Hacía ya mucho tiempo que estaba deseando llevar un diario, pues tengo la esperanza de que algún día, aunque yo no viva para verlo, alguien me encontrará. Uno no puede vivir sin conservar al menos una esperanza. Algunas veces lamento ser atea. Si fuera creyente, podría tener fe en Dios y reconfortarme pensando que todos mis sufrimientos no son nada más que una prueba del cielo.

Con esto terminaba la primera página. Pavlysh comprendió que Nadezhda no realizaba diariamente las entradas de su diario, aunque las páginas estuvieran apiladas en orden. A veces se sucedían varias semanas sin que efectuara anotación alguna.

Las cosas están mal hoy. Se están poniendo cada vez peor. Estoy tosiendo de nuevo. El aire es mortal aquí. Supongo que el ser humano es capaz de adaptarse a cualquier situación. Incluso al cautiverio. Sin embargo, no hay nada peor que estar solo. He aprendido a hablar en voz alta conmigo misma. Al principio me sentía torpe y turbada, como si alguien pudiera estar escuchando. Ahora incluso canto en voz alta.

Debo poner por escrito cómo llegué a esta situación, sólo para el caso, Dios no lo quiera, de que alguien más se encuentre en mi situación algún día. Hoy me siento muy mal. En el camino hacia la huerta me quedé sin aliento, y casi me desplomo

contra la pared, y los glupys me arrastraron de vuelta medio muerta.

(Varios días más tarde, Pavlysh encontraría la huerta de Nadezhda).

Estoy escribiendo ahora porque de todos modos no puedo ir a ningún lado. Los glupys no me lo permitirían. Creo que estamos esperando una ampliación de nuestra familia. Sin embargo, no sé si podré ver...

La tercera página estaba escrita por una mano más prolija y pequeña. Nadezhda estaba tratando de ahorrar papel.

En el caso de que alguien acierte a llegar hasta aquí, esto es lo que necesita saber de mí: me llamo Nadezhda Matveevna Sidorova. Nací en el año 1923 en el pueblo de Gorodishch, Yaroslavl Oblast. Completé la escuela secundaria en el pueblo, y me preparaba para entrar a la Universidad cuando murió mi padre, y a mi madre le resultaba muy difícil trabajar sola en la granja colectiva, cuidando además del mantenimiento del hogar. Por lo tanto, tuve que comenzar a trabajar en la granja, aunque nunca perdí la esperanza de continuar mis estudios. Cuando mis hermanas Vera y Valentina fueron un poco mayores, pude realizar mi sueño y entré al Instituto de Enfermeras de Yaroslavl, graduándome en el año 1942. Fui reclutada por el ejército, y pasé los años de guerra como enfermera en varios hospitales de campaña. Al terminar la guerra regresé a Gorodishch, aceptando un puesto de enfermera en el hospital local. Me casé en 1948 y nos mudamos a Kalyazin, donde al año siguiente di a luz a una niña, Olenka. Mi esposo, Nikolay Ivanov, que trabajaba como chófer, murió en el año 1953 como resultado de un accidente. Desde entonces, Olenka y yo permanecemos solas.

Pavlysh se encontraba sentado en un rincón de la habitación, dentro de la tienda blanca, leyendo en voz alta la autobiografía de Nadezhda. Su caligrafía era fácil de leer; escribía prolijamente, y su letra era redondeada e inclinada hacia la derecha. Sin embargo, aquí y allá el grafito se había desmenuzado, y Pavlysh tenía que ladear la página para poder descifrar las letras. Dejó a un lado la hoja ya leída y cogió la siguiente, esperando la continuación de la historia.

—Quiere decir que en 1953, ella tenía treinta años de edad —comentó Sato.

—Sigue leyendo —pidió Dag.

—Aquí escribió sobre algo diferente —anunció Pavlysh—. Os los leeré en un minuto.

—¡Léelo ahora! —Dag se había enojado.

Han atrapado nuevos cautivos hoy, y los encerraron en unas jaulas del piso

inferior. No pude ver cuántos eran, pero creo que trajeron varios. Un glupy cerró las puertas de sus jaulas y no me permitió entrar a verlos. Repentinamente descubrí cuánto los envidio. Sí, envidio a esos infortunados, arrancados para siempre de sus hogares y sus familias y aprisionados por crímenes que no han cometido. Y los envidio sólo porque son varios. Quizás tres, tal vez cuatro, pero están juntos, mientras que yo estoy completamente sola. El clima aquí es siempre igual. Si no estuviera acostumbrada a trabajar, hubiera muerto hace ya mucho tiempo. ¿Cuántos años he permanecido aquí? Más de cuatro, creo. Debo verificarlo, contar las muescas de la pared, aunque creo que ya he perdido la cuenta. Bueno, debo volver al trabajo. Un glupy me ha traído algo de hilo y cables. Parecen entender ciertas cosas. Encontré una aguja en el tercer nivel, aunque un glupy intentó quitármela. Pobre cosa, estaba aterrorizada.

—¿Y bien? —preguntó Dag.

—No voy a poder leerlos todo —respondió Pavlysh—. Esperad un poco. Aquí hay algo que parece una continuación.

Más tarde ordenaré estas páginas. Sigo pensando que alguien llegará a leerlas. Yo ya no voy a estar viva; mis restos estarán diseminados entre las estrellas, pero estos fragmentos de papel sobrevivirán. Ruego a quienquiera que lea esto que por favor trate de localizar a mi pequeña hija Olenka. Quizás ahora ya sea una mujer. Díganle lo que ha sucedido con su madre. Aunque nunca podrá encontrar mi tumba, me sentiré mejor sabiendo que ella conocerá mi destino. Si alguien me hubiera dicho alguna vez que me encerrarían en una terrible prisión y seguiría viviendo mientras todos me consideran muerta, hubiera perecido realmente de terror. Y sin embargo, estoy viva. ¡Oh, cómo deseo que Timofey no creyera que abandoné a mi pequeña hija en sus manos para correr en busca de una vida fácil! No; supongo que no lo pensaría. Lo más posible es que registrara el canal entero y llegara luego a la conclusión de que había muerto ahogada. Aquella tarde fue tan extraordinaria que permanecerá grabada en mi memoria hasta el fin de mis días. No por la terrible calamidad que cayó sobre mí, sino todo lo contrario: porque aquel día algo en mi vida iba a cambiar para mejor. Pero sin duda no resultó de esa manera.

—No —dijo Pavlysh, apartando la página—, es demasiado personal.

—¿Qué es demasiado personal?

—Esto; lo que escribió acerca de Timofey. Algún amigo de ella. Quizás del

hospital. Esperad, dejadme ver más adelante.

—¿Y quién demonios eres tú para decidir lo que debe ser leído o no? —explotó Dag—. ¡Estás tan apurado que terminarás por saltarte alguna parte importante!

—Cálmate. No me perderé nada interesante —contestó Pavlysh—. Estos fragmentos de papel son muy viejos. Ya no podemos encontrarla y salvarla. Para el caso, es lo mismo que si estuviéramos leyendo un texto cuneiforme. Daría igual.

Después de la muerte de Nikolay, permanecí muy sola con Olenka. Por supuesto estaban mis hermanas, pero ellas vivían demasiado lejos, y tenían sus propios problemas y preocupaciones familiares. Tampoco estábamos muy bien de dinero. Yo trabajaba en el hospital, y fui nombrada enfermera principal en la primavera de 1956. Se suponía que Olenka comenzaría la escuela en otoño. Tuve varias proposiciones de matrimonio, incluso una de parte de uno de los médicos de nuestro hospital, un hombre realmente encantador, de edad mediana, pero lo rechacé, pues sentía que mi juventud ya había pasado definitivamente. Me sentía satisfecha sólo con que estuviéramos juntas Olenka y yo. Timofey Ivanov, el hermano de mi marido, un veterano incapacitado que trabajaba como guardabosques no muy lejos de la ciudad, me ayudaba mucho. Me aconteció esta terrible desgracia a finales de agosto de 1956; no recuerdo la fecha exacta, pero sí que sucedió durante la tarde de un sábado. La situación era como sigue:

Estábamos sumamente ocupados en el hospital, pues muchos de los empleados se habían ido de vacaciones de verano y yo debía cubrir las guardias de otras compañeras. Afortunadamente Tim, como todos los años, se había llevado a Olenka durante todo el verano. Yo iba a su casa todos los sábados en el ómnibus, y si disponía también del domingo libre, podía disfrutar de un hermoso descanso de fin de semana. Su casa estaba ubicada en medio de una foresta de pinos cerca del Volga.

Pavlysh hizo una pausa.

—Bueno, ¿qué más? —lo urgió Dag.

—Un momento; estoy buscando la página que sigue.

Trataré de describir detalladamente todo lo que sucedió, ya que como empleada en medicina comprendo la importancia de un diagnóstico correcto, y para llevarlo a cabo es imprescindible conocer todos los detalles. Si mi descripción cae en manos de un experto, tal vez lo ayude a resolver algún caso similar que pudiera presentarse.

Aquella tarde Timofey y Olenka me habían acompañado hasta el río a lavar la vajilla. El camino que conducía desde la casa hasta el Volga llega exactamente hasta el borde del agua. Timofey deseaba esperar a que terminara, pero yo temía que Olenka pudiera resfriarse, ya que era una tarde bastante fresca, por lo que pedí a Tim

que la llevara de vuelta, aclarándole que no tardaría mucho más. No había oscurecido demasiado aún, y aproximadamente dos o tres minutos después de la partida de mis seres queridos, escuché un ruido similar a un zumbido grave. Al principio no me preocupé, ya que pensé que se trataba de un bote a motor que se acercaba por el Volga. Pero entonces, repentinamente, me asaltó una extraña sensación de desastre inmediato. Observé el río, pero no pude divisar bote alguno...

Pavlysh buscó la página siguiente:

Volando en mi dirección, a una altura ligeramente superior a la de mi cabeza, descubrí un extraño aparato aéreo semejante a un submarino, aunque sin aletas, que parecía de plata. La nave aterrizó directamente frente a mí, cortándome el acceso al camino. Yo estaba intrigada; durante la guerra me había familiarizado con todo tipo de equipo militar, así que al principio pensé que se trataba de un nuevo modelo de ingenio aéreo realizando un aterrizaje de emergencia a causa de algún fallo de sus motores. Lo único que deseaba era huir de él y esconderme detrás del tronco de un pino, por si acaso pudiera estallar. Sin embargo, la nave desplegó unos arcos metálicos, y de ellos cayeron los glupys. Por supuesto yo no sabía en aquellos momentos qué eran realmente los glupys. A partir de aquel instante, todo se vuelve nebuloso, y probablemente me desmayé.

—¿Y luego qué? —apremió Dag, al ver que el silencio de Pavlysh se prolongaba.

—Y luego nada.

—Pero... ¿qué pasó?

—No dice nada más al respecto.

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que dice?

Pavlysh permaneció silencioso, leyendo para sí.

Ya conozco el camino hacia el nivel inferior. Hay un pasillo que conduce hacia allí desde la huerta, y los glupys no lo custodian. Estaba muy ansiosa por ver a los recién llegados, pero todos mis vecinos eran criaturas inferiores. Así que comencé a visitar al dragón en su jaula. Al principio estaba atemorizada. Pero luego alcancé a ver con qué lo alimentaban los glupys; verduras procedentes de la huerta. Entonces comprendí que no me comería. Quizá hubiera esperado bastante tiempo antes de comenzar a visitar al dragón, pero en una ocasión, al pasar frente a su celda, me di cuenta de que estaba enfermo. Los glupys se afanaban a su alrededor, ofreciéndole comida y tomando medidas. El dragón yacía sobre su costado, respirando pesadamente.

Me acerqué a los barrotes, para contemplarlo más de cerca. Después de todo, soy una enfermera, y es mi deber aliviar el sufrimiento ajeno. No podía atender a los glupys cuando enfermaban; ellos estaban hechos de metal. En cambio, sí pude arreglármelas para examinar al dragón a través de los barrotes. Estaba herido. Probablemente había tratado de abrirse paso a través de la jaula, y se había lacerado el costado contra los barrotes. Dios lo había dotado generosamente de músculos, pero no de cerebro. ¡Sentí una terrible sensación de desesperación! ¡Qué poco vale la vida! Pensé para mis adentros: ya está acostumbrado a mí. Había llegado a la nave antes que yo, y me había visto miles de veces. Les dije a los glupys que no interfirieran con mi trabajo, y que trajeran agua caliente. Por supuesto, estaba corriendo un riesgo. Las pruebas de laboratorio estaban decididamente fuera de mi alcance, pero las heridas estaban comenzando a ulcerarse, así que las limpié y vendé lo mejor que pude. El dragón no se resistió a la cura, sino que, por el contrario, giró sobre sí mismo para facilitar mi tarea.

Aparentemente la página siguiente se había traspapelado desde el fondo de la pila; no seguía lógicamente el texto de lo precedente.

Hoy me senté a escribir, pero mis manos parecen no obedecerme. Un pájaro escapó de la jaula, así que los glupys lo persiguieron por el corredor, tratando de atraparlo con una red. Yo quise ayudar a cazarlo también, temiendo que se hiriera gravemente. Mis esfuerzos fueron en vano. El ave desembocó volando al enorme recibidor, y chocó contra una de las tuberías, cayendo al suelo, muerto. Más tarde, cuando los glupys lo arrastraban hacia el museo, recogí una pluma, larga y delgada como una hoja de espolín. Sentí lástima por el ave, pero también envidia. Habiendo fracasado en su intento de abrirse camino hacia la libertad, había encontrado el coraje suficiente para morir. Un año antes, un ejemplo como ese podría haber tenido gran influencia en mí, pero ahora estoy demasiado ocupada; no puedo desperdiciar mi vida gratuitamente. Por muy irreal que parezca mi meta, existe.

De esta forma, sintiéndome tan perturbada y meditabunda, seguí a los glupys al museo. Olvidaron cerrar la puerta detrás de ellos, a pesar de lo cual no entré —no tiene ningún tipo de atmósfera— sino que espíe a través del muro de cristal. Pude ver frascos, tubos y otros envases, dentro de los cuales los glupys preservan en formol, o algún fluido similar, a aquellas criaturas que no sobreviven al viaje. Igual que se conservan los seres anormales en el Gabinete de Curiosidades de Leningrado. Comprendí que en unos pocos años más, cuando muriera, mi cadáver tampoco sería incinerado ni enterrado, sino depositado en uno de los frascos de vidrio para ser admirado por los glupys y sus amos. Estaba tan apenada que le conté a Bal todo lo

que pasaba; se estremeció, demostrando así que también él temía que su destino fuera el mismo. Mientras estoy sentada aquí, escribiendo estas líneas, me imagino a mí misma dentro de un frasco de vidrio, preservada en alcohol.

Algunos días más tarde, Pavlysh encontró el museo. La baja temperatura del espacio había congelado el líquido en que se preservaban los ejemplares. Pavlysh lo recorrió lentamente, pasando de vasija en vasija, espiando cuidadosamente a través del hielo de los frascos más grandes. Temía encontrar dentro de uno de ellos el cuerpo de Nadezhda. Las impacientes demandas de información de Dag y Sato resonaban constantemente en sus oídos. Pavlysh compartió con ellos los temores de Nadezhda. Cualquier destino sería preferible a un frasco de formol. Al cabo de un tiempo, encontró el frasco con el pájaro, una efímera criatura iridiscente con una larga cola, un enorme ojo, y una cabeza sin pico. También encontró un envase que contenía a Bal; una descripción suya aparecía en las páginas siguientes.

Prosigo haciendo continuas digresiones de mi historia, pues los acontecimientos del presente son mucho más importantes que los hechos ocurridos en los años del pasado. Además, me resulta imposible describir en orden mis experiencias.

Recobré la conciencia en un pequeño cuarto pobremente iluminado. No el cuarto en que ahora vivo. Aquella pequeña habitación está ahora sembrada de unos bivalvos fósiles que los glupys recogieron hace ya un año.

En poco más de cuatro años nos detuvimos 16 veces, y cada vez crecía más la excitación a medida que toda clase de objetos (incluyendo seres vivos) eran arrastrados a la nave. Así, por ejemplo, aparte de a mí misma, los glupys habían almacenado en aquel pequeño cuarto la vajilla que había estado lavando cuando me atraparon, ramas de pino, césped, piedras y varios insectos. Sólo más adelante comprendí que estaban tratando de encontrar la manera de alimentarme. En ese momento, aún no me daba cuenta de que los objetos habían sido colocados allí deliberadamente. Yo no comía; tenía cosas mucho más importantes en qué pensar. Me sentaba en el suelo, golpeando la pared con los nudillos... era sólida, y continuamente oía un ruido chirriante a mi alrededor, similar al de las máquinas de un trasatlántico. También percibía una sensación de extrema ligereza; generalmente aquí todo es más liviano que en la Tierra. Una vez había leído que la atracción de la gravedad en la Luna era también menor, y si algún día, como Tsiolkovsky predijo, la humanidad vuela a las estrellas, no pesarán nada en absoluto.

En realidad, fue esa reducción de la gravedad lo que me indicó que ya no estaba en la Tierra, que había sido raptada, arrancada de allí, y que mis captores eran incapaces de transportarme hasta su destino. Sinceramente espero que la gente, nuestra gente de la Tierra, aprenda algún día a viajar por el espacio. Sin embargo,

temo que ese día esté aún muy lejano.

Pavlysh había leído las últimas líneas en voz alta. Dag comentó:

—Y pensar que murió sólo un año antes del Sputnik.

Sato lo corrigió:

—Estaba viva aún cuando Gagarin efectuó su vuelo.

—Puede ser. Pero eso no fue ningún consuelo para ella.

—Lo hubiera sido, si lo hubiese sabido —agregó Pavlysh.

—No estoy tan seguro —dijo Dag—. Entonces hubiera esperado que la rescataran. Y habría sido en vano.

—Ese no es el caso —alegó Pavlysh—. Hubiera significado mucho para ella saber que habíamos aprendido a viajar por el espacio. —Y continuó leyendo en voz alta hasta sentirse cansado:

Me trajeron algo para comer, y permanecieron en el quicio de la puerta, aguardando a ver si lo probaba. Lo hice, y resultó una pasta de gusto extraño, ligeramente salada. Una comida de lo menos apetecible. Pero yo estaba hambrienta, y aún muy aturdida. Me quedé mirando a los glupys parados allí como tortugas, y les pedí que llamaran a su jefe. Por aquel entonces, yo no sabía aún que su jefe era la Máquina, un dispositivo que abarcaba una pared entera de un lejano cuarto. Y aún desconozco completamente la identidad de los verdaderos amos de la Nave, tripulada sólo por robots.

Me pregunté entonces cómo habían llegado a imaginar cuál era la comida que no me haría daño. Esa pregunta atormentó mi cerebro hasta que descubrí el laboratorio, y conjeturé que me habían extraído sangre mientras estaba inconsciente y que habrían estudiado concienzudamente mi cuerpo. Comprendieron qué era lo que necesitaba y en qué proporciones, de manera que no muriera de inanición. Sin embargo, no tenían ni la menor noción de lo que significaba el gusto. Mi rabia hacia los glupys ha desaparecido hace largo tiempo ya; comprendí que sólo cumplen órdenes, como los soldados. Excepto que los soldados son capaces de pensar, mientras que los glupys no. Durante los primeros días de mi cautiverio lloré incesantemente, rogando en vano que me pusieran en libertad...

Repentinamente, he comenzado a sentirme extrañamente desasosegada. Probablemente porque ahora ya no estoy sola. Tengo la sensación de que sobrevendrá un cambio muy pronto, aunque no sé todavía si ese cambio mejorará las cosas. No obstante, las cosas no pueden ir peor. Hoy soñé con Olenka, y en mi sueño me sorprendía el hecho de que no hubiera crecido, que aún siguiera correteando como una chiquilla. Ya es tiempo de que haya crecido. Pero ella sólo reía. Cuando desperté, me sentí alarmada: ¿quería decir eso que Olenka ya no pertenecía al mundo? Yo no

era persona propensa a creer en premoniciones. Pero luego se me ocurrió que no tenía medios de estar segura de haber controlado correctamente el paso del tiempo. ¿Acaso no había efectuado una marca cada día, al despertarme por la mañana? Pero supongamos que no fuera por la mañana. Tal vez yo estaba durmiendo más ahora. O menos. ¿Cómo podía saberlo? El tiempo resultaba siempre igual aquí. Entonces pensé que quizá habían pasado dos años en vez de cuatro. ¿O tal vez uno? ¿O incluso cinco, seis o siete? ¿Cuántos años tendría Olenka ahora? ¿Y yo? ¿Quizás ya era una mujer vieja? Me puse tan inquieta que corrí hacia los espejos. No eran espejos verdaderos, por supuesto. Eran circulares, y convexos, algo similares a una pantalla de televisión. Algunas veces, unas líneas azules y verdes zigzagueaban a través de su superficie, pero no tenía otros espejos. Observé mi reflejo mucho tiempo; tanto que hasta los glupys que estaban de guardia comenzaron a hacerme señas, preguntándome qué necesitaba. Yo únicamente los alejé con un ademán; ya había pasado el tiempo en que los consideraba verdugos, torturadores y fascistas. Ya no los temía. Sólo temía a la Máquina. Al Jefe. Estudié mi rostro en los espejos mucho tiempo, yendo de uno a otro, buscando el más brillante. No pude decidir nada. La imagen era igual a mí: la misma nariz, los ojos hundidos, y mi cara tenía un tinte azulado; probablemente por el espejo. Por supuesto, había bolsas bajo mis ojos. Volví a mi habitación.

—Sumamente interesante —trasmitió Dag—. ¿Qué piensas, Pavlysh?

—¿Acerca de qué?

—Acerca de este problema. Aislar a una persona durante varios años de forma tal que no tenga conciencia del paso del tiempo en el exterior. ¿Se modificaría su reloj biológico?

—Tengo otras cosas en qué pensar en este momento.

Repentinamente recordé a la gatita. La había olvidado por completo. Hoy la recordé. Una gatita que habían traído a bordo de alguna parte. De alguna parte de la Tierra, por supuesto. Los primeros días gemía y maullaba en un cuarto contiguo al mío y los glupys corrían continuamente hacia ella, totalmente incapaces de imaginar que necesitaba leche. Yo era muy tímida por aquellos tiempos, y ellos me llevaron hasta la gatita, pensando que podía hacer algo por ella. Sin embargo, no conseguí hacerles entender qué era la leche. Era obvio que algo faltaba en su alimentación sintética. Me afané alrededor de la gatita durante tres días. Diluí cereal en agua. En mi preocupación por ella olvidé por completo mis propios problemas. Pero la gatita murió. Es evidente que la gente pueda soportar más que los animales, aunque se diga que los gatos tienen siete vidas. Sin embargo yo aún estoy viva, y la gatita probablemente figure en la colección del museo. Ahora podría haber encontrado una dieta sintética apropiada para ella, porque conozco el camino hacia el laboratorio. Y

la actitud de los glupys hacia mí cambió. Se han acostumbrado a mí. Pero el dragón está muy mal; morirá pronto. Ayer me senté con él durante largo tiempo y limpié nuevamente sus heridas. Se ha puesto mucho más débil. Hice un descubrimiento sorprendente: parece que el dragón, de alguna manera desconocida, puede afectar a mis pensamientos. No es que pueda entenderlo, pero cuando sufre, yo puedo sentir su dolor. Sé que está contento de verme. Ahora lamento no haberle prestado atención antes, pero estaba muy asustada. Quién sabe; podría incluso ser un prisionero como yo. Pero menos afortunado. Durante todos estos años ha vivido encerrado en su celda. Quizás el dragón era una enfermera en algún hospital de algún remoto planeta. Y, como yo, había acudido a visitar a su pequeña hija para caer prisionero en las garras de este zoológico y pasar tantos años encerrado aquí, detrás de estos barrotes. Y seguir tratando que los glupys comprendan que no es más estúpido que ellos mismos. Sin embargo, morirá sin haber podido comunicarse con ellos. Al comienzo, cuando pensé en ello, me reí; ahora lloro. Y aquí estoy, sentada y llorando, aunque debo irme, porque ellos me esperan.

A pesar de todo, cuando pienso en el dragón, siento que mi destino es mejor que el suyo. Al menos yo tengo un cierto grado de libertad, y lo tuve casi desde el momento en que llegué a la nave. Desde la muerte de la gatita me pregunté a menudo por qué todos los otros prisioneros están encerrados mientras que a mí se me permite vagabundear libremente entre las cubiertas. Por alguna razón decidieron que yo no representaba ningún peligro para ellos. Quizá sus amos sean parecidos a mí. Me confiaron a la gatita; me permitieron ingresar en la huerta, y me mostraron dónde se guardaban las semillas. Tuve acceso incluso al laboratorio. Hasta los glupys me obedecen. Cualquiera que lea estas páginas se preguntará qué son estos glupys. Yo los llamo tortugas de hierro. Cuando comprendí que eran máquinas, y que no podían asimilar las cosas más simples, comencé a llamarlos glupys. Para mí misma, claro.

A pesar de todo, cuando reflexiono acerca de mi situación aquí, creo que no estoy en mejores circunstancias que las demás criaturas, encerradas detrás de los barrotes o confinadas en pequeños cuartos. La única ventaja de que dispongo es que mi prisión es un poco más espaciosa que la de ellos. Y eso es todo.

Por intermedio de los glupys traté de explicar a la Máquina, el Cerebro Principal, que era un crimen rotundo raptar a una persona y retenerla de esta forma. Quería explicarle que sería más provechoso para ellos establecer contactos con nosotros, con la Tierra. Pero pronto me convencí de que no había nadie más aquí... sólo máquinas. Y a ellas sólo se les había ordenado volar a través del Universo, recoger todo lo que encontraran a su paso, y luego informar sobre sus hallazgos a su base de origen. Pero el vuelo de regreso es muy largo. Todavía tengo esperanzas de poder sobrevivir a él, y si lo hago, me encontraré con ellos y les contaré todo. Quizás ellos desconozcan totalmente la existencia de otro tipo de vida inteligente fuera de su propio planeta.

Cuando Pavlysh finalizó la lectura de la página en voz alta, Dag comentó:

—Yo diría que su razonamiento, en lo fundamental, es bastante lógico.

—Por supuesto que la Nave era un robot de investigación —dijo Pavlysh—, pero hay un elemento intrigante aquí, y Nadezhda lo descubrió.

—¿Cuál? —preguntó Sato.

—Pienso que es muy extraño que una nave de semejante tamaño, enviada a una misión tan distante, no mantenga un contacto de algún tipo con una base, o con su propio planeta de origen. Obviamente ha estado navegando durante muchos años, y de ese modo la información se torna obsoleta.

—No estoy de acuerdo —discrepó Dag—. Suponed que existen varias de estas naves. Cada una de ellas asignada a un sector de la Galaxia. Y ahora imaginemos que navegan durante muchos años. Daría lo mismo. Las naves encuentran (Dios no lo quiera) vida orgánica en uno de cada cien planetas; entonces remiten la información. ¿Qué significa un lapso de cien años para una civilización capaz de enviar tales naves de reconocimiento? Luego podrían examinar sus trofeos con todo detenimiento, y decidir dónde enviar sus expediciones.

—¿Y secuestrar todo lo que se cruza en su camino? —Sato no podía disimular su hostilidad hacia los amos de la Nave.

—¿Pero qué criterio podrían tener los robots para determinar si la criatura que han atrapado debe ser considerada inteligente?

—Bueno, Nadezhda, por ejemplo, estaba vestida. Ellos habrán visto nuestras ciudades.

—No puedo tragarme eso —contestó Pavlysh—. ¿Quién puede asegurar que la gente inteligente del Mundo x no sea nudista y acostumbren a vestir a sus mascotas?

Dag nego con la cabeza:

—Quizá sus medidas de seguridad tendentes a no atrapar criaturas inteligentes son tan complejas que a veces las pasan por alto. En todo caso, tratan de conservar a sus presas vivas.

—Estáis malgastando el aliento —señaló Pavlysh, pasando a la página siguiente—. Todavía no sabemos nada de los sujetos que fletaron esta nave. Ni conocemos lo que tenían en mente. No existe nada como ellos en ninguna parte de la Galaxia explorada por el hombre, así que deben proceder de algún remoto rincón del Universo. Todo lo que sabemos es que visitaron nuestro planeta, y, por alguna razón, no regresaron a su hogar.

—Quizá sea preferible que no lo hicieran —observó Dag.

Sus compañeros guardaron silencio.

Más tarde, de alguna forma encontraré tiempo para referirme a mis primeros años de cautiverio. Por el momento todo me parece nebuloso y distante: mi terror y

desesperación; mis vanos intentos de encontrar una salida; incluso he pensado en irrumpir en el cuarto de control y destrozarse sus instrumentos. Total, ¿qué importa si perecemos todos? Éstos fueron mis pensamientos durante el tiempo que temí que visitaran nuevamente la Tierra e hicieran algo terrible. Sin embargo, comprendí que no podía enfrentarme con la tecnología de la Nave. Ni siquiera un centenar de ingenieros podría. Pero ya es hora de que regrese a los sucesos ocurridos recientemente, hace pocas semanas o meses, después de haber encontrado el papel y comenzar a llevar el diario.

Los nuevos prisioneros capturados en la última redada fueron ubicados en mi cubierta, probablemente porque respiran mi misma atmósfera. Al principio los mantuvieron en cuarentena en otro nivel, y luego los trasladaron a unos pequeños cubículos cercanos a mis propias habitaciones. Mis esperanzas crecieron: quizás ellos también fueran humanos, o al menos humanoides. Sin embargo, cuando los vi (noté que los glupys traían comida a sus celdas), sentí una terrible decepción. Recuerdo haber visto una vez, en un mercado de Yaroslavl, una fuente de holoturias expuestas para su venta. Entonces me pregunté cómo la gente podía comer cosas tan repugnantes. Otros clientes del mercado reaccionaron de la misma forma que yo. Pues bien, los animales recientemente capturados se asemejaban mucho a aquellas holoturias. Tenían aproximadamente el tamaño de un perro, viscosas y repulsivas. Regresé a mi camarote tan trastornada que ni siquiera pude comenzar a escribir algo acerca de ellos en mi diario. Si mis esperanzas habían volado tan alto, no era justo que se me decepcionara de tal forma.

A las holoturias no se les permite abandonar sus cuartos. Pronto descubrí que había cinco de ellas: dos en un pequeño cuarto y tres en una celda, detrás de una puerta metálica. También tuve oportunidad muy pronto de ver su comida, pues los glupys restringieron el espacio de mi huerta para cultivar unas bateas llenas de una especie de humus orgánico que se movía y olía espantosamente. Luego les llevaban esas bateas de humus a las holoturias.

El dragón ha experimentado otra recaída. Realicé algunas pruebas de laboratorio. Iván Abramovich, del personal de nuestro hospital, debería haberme visto en ese momento. Él siempre me apremiaba para que continuara mis estudios, decía que con mi aguzado sentido intuitivo me convertiría en un buen médico. Pero la vida me hizo a un lado y continué siendo una ignorante, de lo que ahora me arrepiento enormemente. En realidad, en muchas ocasiones substituí a los técnicos de laboratorio, y sabía cómo efectuar las pruebas y asistir a las operaciones. Un hospital pequeño es un buen terreno de práctica, y aconsejo a todas las enfermeras pasar alguna temporada en uno de ellos. Sin embargo, ¿de qué me servirían aquí mis conocimientos?

—¿Por qué estás tan callado? —preguntó Dag—. ¿Te estás saltando algo?

—Luego lo leerás tú mismo. Estoy tratando de encontrar las partes importantes —respondió Pavlysh.

A pesar de que la apariencia de las holoturias era repugnante, reconozco que mi reacción fue injusta: ellas no me habían hecho ningún daño. Más aún: ya me había acostumbrado a vivir entre prodigios y monstruos que ninguna pesadilla podría igualar. Cuando recuento los días pasados aquí, la monótona e interminable cadena que forman es aterradora. Pero cuando pienso en ello, reconozco que cada día que transcurre aporta algo nuevo. ¡Qué criatura tan resistente es el ser humano! Estoy segura de que los otros cautivos, y quizás mi dragón también, me contemplan como una monstruosidad.

Las holoturias son probablemente capaces de pensar. Se me ocurrió esto cuando noté que me seguían con la vista y se agitaban inquietas cuando pasaba frente a su jaula. Una vez, cuando volvía de la huerta con un puñado de rábanos —marchitos y raquíuticos, pero aún una fuente de vitaminas— encontré a una de las holoturias manipulando las rejas. Me fijé para ver si estaba tratando de romper el cerrojo. Bueno, pensé, eso es precisamente lo que se me ocurrió al principio, cuando estuve encerrada, y en las épocas en que me recluían en mi camarote porque nos aproximábamos a otros planetas. Medité acerca de ello, y me detuve por un instante. Me asombré del significado. Quizás podían pensar. Como yo. Tan pronto como la holoturia se dio cuenta de mi presencia comenzó a sisear, y reptó hacia atrás apartándose de las rejas. Pero no lo hizo a tiempo, pues uno de los glupys que merodeaban por las inmediaciones (yo me había acostumbrado tanto a ellos que ni siquiera lo había visto) la alcanzó con una descarga eléctrica. Esa es la forma en que nos castigan. La holoturia se contrajo violentamente hacia atrás. Le grité al glupy y traté de continuar mi camino, pero entonces repitió su ataque conmigo. Me asestó una descarga tan potente que me desplomé, desparramando los rábanos. Estaba tratando claramente de enseñarme a mantenerme apartada de las holoturias.

De alguna forma me las arreglé para ponerme de pie. Después de todo el tiempo que he pasado aquí, aún no he podido hacerme a la idea de que para ellos no soy más que un conejillo de Indias. Pueden matarme en cualquier momento, y mi existencia terminaría en un frasco de la colección del museo. Y a ellos no se los castigaría. Apreté los dientes y me dirigí a mis habitaciones.

Más tarde comprendí que mi castigo no había carecido de beneficios. Hasta ese momento las holoturias habían creído que yo era uno de los Amos; habían supuesto incluso que yo era el jefe aquí. De no haber sido por el castigo que me administraron los glupys, hubieran continuado considerándome su enemiga. Así, alrededor de tres días después, cuando me dirigía a curar al dragón nuevamente, descubrí a una de las

holoturias agitándose inquieta cerca de los barrotes y siseando muy suavemente. Eché una mirada a mi alrededor; ningún glupy a la vista.

—¿Lo estáis pasando mal? —pregunté. Durante todos estos días me había ido acostumbrando a las holoturias, y ya no las consideraba monstruosas. El animal siguió siseando y emitiendo unos ruidos secos.

Súbitamente comprendí que estaba tratando de comunicarse conmigo.

—No lo entiendo —le dije. Estuve a punto de sonreír, pero luego lo pensé mejor: quizás mi sonrisa podría parecerle más aterradora que el gruñido de un lobo. La holoturia siseó nuevamente. Yo pregunté—: ¿Qué estás tratando de decirme? No tengo un diccionario de vuestra lengua. Si no eres venenosa, sin duda llegaremos a comprendernos. —Se quedó silenciosa, prestando atención a algo. Un enorme glupy, con brazos largos como los de un saltamontes, apareció repentinamente por el corredor. El carcelero. A pesar que sabía que ese tipo de glupy no castiga a sus cautivos con electrochoques, me apresuré a seguir mi camino; no deseaba que me vieran cerca de la jaula. Pero cuando regresé, me detuve un momento a charlar.

Más tarde se me ocurrió que debería ser más fácil para ellos comunicarse conmigo por medio de la palabra escrita. Por lo tanto, escribí mi nombre en una hoja de papel, lo entregué a la holoturia, y lo repetí en voz alta mientras se lo mostraba. Me temo que no lo entendió.

Dos días después, una de las holoturias tuvo un enfrentamiento con los glupys. Creo que se las había ingeniado para abrir el cerrojo, y la atraparon en el corredor. Cayó en manos de los glupys y la golpearon de mala manera, secundados por otros que acudieron en su ayuda. El animal trató de resistirse. Yo estaba en el corredor, y al oír la conmoción corrí hacia el lugar, pero ya era demasiado tarde. La holoturia había sido recluida en otra pequeña habitación, provista de un nuevo cerrojo. Las otras holoturias estaban trastornadas e inquietas. Traté de entrar al cuarto de la holoturia aislada, pero los glupys me lo impidieron. Entonces decidí afirmarme en mi posición. Me planté cerca de la puerta y permanecí allí. Esperé hasta que abrieron, y me ingenié para echar una mirada al interior. La holoturia yacía en el suelo, cubierta de heridas. Corrí hasta el laboratorio y, recogiendo mi equipo médico —no era la primera vez que debía prestar primeros auxilios—, me dirigí directamente al pequeño cuarto. Cuando uno de los glupys trató de detenerme, le mostré el contenido de mi maletín. El glupy se inmovilizó en el lugar. Para ese entonces yo ya sabía que adoptaban esa postura cuando recababan el consejo de la Máquina. Esperé. Pasó un minuto. Repentinamente, el glupy se hizo a un lado. Permanecí con la holoturia durante tres horas. Traté a los glupys como a mis propios asistentes del hospital. Me trajeron agua, pero no pude convencerlos de traer a otra de las criaturas. Después de todo, uno de su propia raza debía saber mejor que yo lo que necesitaba el herido. Y entonces, en el exacto momento en que los glupys abandonaron el cuarto, sucedió lo

más asombroso de todo: la holoturia comenzó a sisear nuevamente, y entre sus siseos pude distinguir claramente las palabras: «¿Qué intentas hacer?». Comprendí que había memorizado mi conversación anterior con ella y estaba tratando de imitarme. Por primera vez en muchos meses, me sentí exultante. No estaba solamente imitándome; ¡realmente entendía lo que estaba diciendo!

La velocidad con que memorizaban mis palabras era sorprendente, y trataban arduamente de pronunciarlas, aunque sus bocas en forma de tubo y la falta de dientes les creaban dificultades casi insuperables. Durante todos esos días y semanas viví como en un sueño. Un sueño maravilloso. Advertí notables cambios en mí misma. Creía que no existía en el mundo una criatura más agradable que una holoturia. Me volví consciente de su belleza, y aprendí a distinguir las individualmente. Pero debo advertir con toda honestidad que era absolutamente incapaz de descifrar sus propios sonidos siseantes y chasqueantes. Y aún no puedo. Les enseñaba nuevas palabras cada vez que se presentaba una oportunidad. Solía pasar cerca de ellas y pronunciaba algunas palabras, llevando varios objetos para ilustrar su significado. Y ellas lo entendían al momento. Aprendieron mi nombre, y tan pronto como me veían (si no había glupys por los alrededores) siseaban: «¡Nadezhda!, ¡Nadezhda!», como niños pequeños. Me explicaron qué era lo que les gustaba comer de la huerta, y trataba de alimentarlas de tiempo en tiempo, aunque su comida despedía un olor nauseabundo al que sencillamente no pude acostumbrarme jamás. La Máquina había dado a los glupys instrucciones concretas respecto a las holoturias: debían permanecer encerradas bajo constante vigilancia con guardias y sin confiar en ellas. A causa de esas órdenes, yo tampoco podía reunirme abiertamente con ellas, so pena de que se me considerase igualmente sospechosa. Lo más sorprendente era que hasta ese momento yo nunca había representado una amenaza para los glupys. Aunque era porque había estado siempre sola. Pero ahora, aliados, las holoturias y yo nos transformábamos en una fuerza que era preciso tener en cuenta. Y cuando las holoturias aprendieron a hablar el ruso, me dijeron que tenían la misma sensación que yo. Y así llegó el día en que al acercarme a su jaula me dijeron:

—Nadezhda, debemos salir de aquí.

—Pero ¿dónde iremos al salir? —pregunté—. Sólo Dios sabe a dónde se dirige la Nave. Ni siquiera sabemos dónde estamos ahora. Además, ¿cómo podríamos pilotar la Nave?

Una de las criaturas, a quien yo llamaba Bal, respondió:

—Aún no. Una vez que hayamos aprendido más acerca de ellos. Y tú debes ayudarnos.

—Pero ¿cómo podré hacerlo?

Las dos comenzaron a sisear y chillar, tratando de persuadirme. Yo sólo sonreía. No podía decirles lo feliz que estaba. El hecho de que tuvieran éxito o no en realidad

no importaba. ¡Qué alianza: las holoturias y yo! Mi pequeña Olenka debería ver a su vieja mamá ahora, vagando a lo largo del corredor azul, más allá de las puertas cerradas y las celdas, cantando: «Venceremos, en la tierra y en el mar».

—De esta forma encontró aliados —respondió Pavlysh secamente ante las insistentes demandas de Dag de que leyera en voz alta—. Escucha Dag, puedo indagar en estas páginas diez veces más rápido si leo para mí mismo.

Antes de que Dag tuviera oportunidad de decir una palabra, Pavlysh había comenzado a leer la página siguiente.

No he escrito nada durante varios días. No tuve tiempo. No, no es que haya estado más ocupada que de costumbre; es sólo que mi mente estaba centrada en otras cosas. Incluso me he cortado el cabello; permanecí largo tiempo frente a los espejos oscuros, cortándome el pelo con un bisturí. Hubiera dado mi brazo derecho por una plancha. Aunque estoy segura que nadie me ve aquí; además, nadie, excepto yo, sabe lo que es una plancha, o siquiera qué son ropas. ¡Cuánto tiempo he pasado tratando de imaginarme qué materiales podría usar en reemplazo de géneros e hilos para poder coserme algunas ropas! Robinson Crusoe tuvo más posibilidades que yo. Cuando me detengo frente al espejo pienso que yo nunca tuve ocasión de vestirme a la moda. Si pudiera aparecer en la Tierra exactamente ahora, probablemente todo el mundo me contemplaría con asombro, pensando: ¿Pero qué reliquia es esa? De acuerdo a mis cálculos, en la tierra transcurre ahora el año 1960. ¿Qué tipo de ropa usarán las mujeres ahora? Supongo que dependerá del lugar donde uno se encuentre. Por supuesto, en Moscú estarán vistiéndose con los últimos gritos de la moda. Pero Kalyazin es una ciudad pequeña.

Oh, sí que estoy divagando. Pensando en trapos. Ridículo, ¿no es cierto? Especialmente a la luz del sacrificio de Bal. Mi holoturia favorita se hirió deliberadamente, de manera de poder aprender mejor mi idioma. Se hizo un corte grave de verdad, y las restantes criaturas me requirieron para que las ayudara. Ellas siempre me conocieron como el recurso de «primeros auxilios». Le eché a Bal una buena reprimenda, olvidándome del poder de retención de su memoria. Así que ahora ha memorizado todas mis palabrotas. Oh, no es que sean muy fuertes... papanatas, bobalicón, y otras similares. Ya que soy la única que puede moverse libremente por nuestra prisión, se me han encargado dos tareas: una es mantener la comunicación entre las distintas celdas en que están confinadas las holoturias; la otra, efectuar reconocimientos más allá de las líneas enemigas, para conocer la ubicación de todos nuestros objetivos. Sí, recordé muy bien las lecciones de nuestros propios tiempos de guerra.

La página siguiente, escrita con gran apuro, resultaba muy corta.

Dola me ha hecho hacer ya tres viajes más allá de la mampara, hasta la cámara grande. Al regresar, le conté todo lo que había descubierto. Dola está a cargo de todo ahora. Aparentemente, las holoturias han decidido entre ellas que mi ayuda no es suficiente. Bal debe ir hasta el cuarto de control. Yo la llevaré hasta la mampara. De allí en adelante, seguirá el mapa que le he dibujado. Yo la esperaré en la mampara. Estoy preocupada por Bal. Los glupys son mucho más perspicaces que ella. Bal irá ahora, mientras los robots están ocupados en las otras cubiertas.

La anotación se interrumpía allí. La página siguiente parecía provenir de otra mano; la caligrafía era pequeña y austera.

Algo terrible ha sucedido. Estaba parada detrás de la mampara, esperando a Bal y contando para mis adentros. Pensaba que si ella volvía antes de que llegara a mil, todo saldría bien. Pero no regresó. Se había demorado. Las señales relampaguearon y zumbaron, como sucede generalmente cuando algo anda mal en la Nave. Los glupys pasaron rápidamente a mi lado. Traté de cerrar la puerta para mantenerlos fuera, pero uno de ellos me asestó una descarga eléctrica que casi me deja sin sentido. Mataron a Bal. Está en el museo ahora. Tuve que esconderme en mi cuarto hasta que todo se hubo calmado. Tenía miedo de que me encerraran, pero por alguna razón no me toman en serio. Alrededor de dos horas después, cuando salí al corredor para dirigirme a la huerta —era la hora de darle las vitaminas a mi dragón—, encontré a los glupys detenidos junto a la puerta de la jaula de las holoturias. Tuve que pasar sin mirar hacia allí. En esos momentos aún no sabía que Bal había sido asesinada. Hasta la tarde no pude arreglármelas para hablar un rato con las criaturas. Dola fue la que me habló sobre la muerte de Bal. Aquella noche me sentí muy afectada; recordaba la cariñosa y hermosa criatura que había sido Bal. No estoy fingiendo. Estaba realmente apenada. Incluso pensé que ya todo estaba perdido, que ningún otro podía ingeniárselas para entrar al cuarto de control. Sin embargo, Dola me ha dicho hoy que no todo está perdido aún. Parece que las holoturias son capaces de comunicarse entre sí incluso fuera de la vista del otro interlocutor, y a grandes distancias, por medio de algún tipo de fenómeno ondulatorio de origen cerebral. Por eso Bal se había demorado dentro del cuarto de control: para poder transmitir a sus camaradas la disposición completa de la cabina y sus conclusiones al respecto. Se había incluso aproximado a la Máquina misma. Sabía que ella probablemente moriría, pero sintió que debía transmitirnos toda la información. Y la Máquina la mató. Bueno, quizás no la Máquina misma, después de todo es sólo eso, una máquina. Pero así fue cómo

sucedió.

Me pregunto qué habrían pensado mis tatarabuelos del mundo que les rodeaba. Ellos eran esclavos analfabetos, que creían que la Tierra era el centro del Universo. No conocían los nombres de Giordano Bruno ni de Copérnico. Imaginad que pudieran estar aquí ahora. Sin embargo, meditándolo bien, ¿qué diferencia existía, realmente, entre ellos y yo? Aunque yo había leído en los periódicos acerca de la infinitud del Universo, eso nunca había afectado a mi vida. Yo todavía vivía en el centro del Universo... mi casa en la calle Zimmermanova, en Kalyazin. Parece que mi mundo fuera un lugar remoto, olvidado por Dios...

Dag comentó algo con Pavlysh, que sólo masculló unas pocas palabras incoherentes, como alguien que despierta de un profundo sueño.

Por primera vez en todos estos años, me despertó el frío. Parecía tener dificultades para respirar. Luego la sensación pasó, y volví a entrar en calor. Cuando me dirigí a visitar a las holoturias, me dijeron que la Nave había tenido dificultades. Pregunté si Bal tendría algo que ver con ello. No, me contestaron, pero debería apresurarme. Yo siempre había pensado que la nave duraría eternamente. Como el Sol. Dola me aclaró que ahora conocía mucho acerca del diseño de la Nave. Y sobre cómo funcionaba la Máquina. Me dijo que ellos tenían equipos mucho más complicados en su propio planeta. Sin embargo, era difícil luchar contra el Cerebro, pues, al igual que lo habían hecho conmigo, los glupys también habían cogido por sorpresa a las holoturias. Y sin mí, no podrían salir adelante. ¿Me sentía preparada para ayudarlos hasta el final? Por supuesto, les contesté.

Dola me explicó que correría graves riesgos. Si las criaturas tenían éxito al intentar cambiar el rumbo de la Nave, o al encontrar algún medio de escapar de ella, podrían alcanzar su planeta de origen. Pero no serían capaces de ayudarme a mí.

—¿Quieres decir que en la Nave no existen registros de la ruta hacia la Tierra? — pregunté. Dijeron que lo que sucedía era que no sabían dónde buscarlos, y que lo más probable era que estuvieran archivados en la memoria de la Máquina. Entonces les expliqué mi punto de vista. Si me llevaban con ellas, yo estaría conforme con acompañarlas donde fuera. Sería mejor vivir y morir entre las holoturias, en su planeta natal, que el destino que me esperaba en esta prisión. Si fracasaba al tratar de escapar de allí, por lo menos me reconfortaría el pensamiento de que había ayudado a otros a hacerlo. Entonces morir sería mucho más fácil. Las criaturas estuvieron de acuerdo conmigo.

La nave se tornó más y más fría. Toqué las tuberías de la cámara pequeña: escasamente tibias. Dos glupys estaban trabajando en ellas, reparando algo.

Debo irme ahora, y no tengo idea de cuándo podré regresar a mis notas. Me

gustaría escribir más, no tanto para quienquiera que sea que llegue a leer estas líneas, sino para mí misma. Si me hubiesen dicho que alguien podría ser encarcelado durante varios años sin ver jamás a otro ser humano, hubiera dicho que eso significaría una muerte segura. O que el individuo perdería por completo todas sus características humanas, junto con su cordura. Sin embargo, yo no lo hice. Me he desgastado físicamente, he envejecido, pero vivo. Recapacitando sobre todos los años que he vivido aquí, recuerdo que rara vez estuve desocupada. Al igual que durante mi vida en la Tierra, mi habilidad para encontrar tareas significativas, para rodearme de algo o alguien que haga la vida digna de vivirse, ha sido probablemente la responsable de mi supervivencia. Al comienzo de todo esto, me aferré a la posibilidad de volver junto a mi pequeña Olenka, a la Tierra. Luego, cuando esta esperanza se desvaneció, surgió la circunstancia de que podía ser útil incluso aquí.

La última página aparecía en medio de un fajo de hojas en blanco que Nadezhda había preparado, pero que nunca alcanzó a utilizar.

¡Querido Timofey Fyodorovich!

Mis más cálidos saludos. Quiero expresarte toda mi gratitud por lo que has hecho por mí y por mi hija Olenka. ¿Cómo estás? ¿Te sientes solo? ¿Piensas en mí algunas veces? ¿Cómo estás de salud? Te echo mucho de menos. Y por favor, no pienses que tu incapacidad pudo cambiar mis sentimientos hacia ti...

Seguían dos líneas gruesamente tachadas y el dibujo de un pino, o un abeto, pobremente dibujado.

Transcurrieron varios días. Pavlysh comía y dormía debajo de su tienda estanca, y continuaba su exploración de los interminables corredores de la Nave. Raramente usaba el transmisor, y guardaba silencio cuando Dag comenzaba a refunfuñar, pues sus camaradas sólo percibían a Nadezhda como un fenómeno excepcional, como una paradoja asombrosa. Para ellos constituía un descubrimiento extraordinario. No existían palabras para describir adecuadamente el rango completo de sus emociones; todas ellas desafiaban cualquier identificación.

Todas las horas de vigilia de Pavlysh transcurrían junto a Nadezhda; caminaba sobre sus huellas, contemplaba la Nave y sus pasillos, bodegas, recovecos y hendiduras, precisamente de la misma manera en que ella los había mirado. Absorbía el ambiente de la prisión, que probablemente no hubiera sido diseñada con esa función, función que había introducido en la vida de la enfermera de Kalyazin una sensación de fatalismo que ella misma reconocía, pero que en su fuero íntimo no

podía aceptar.

Ahora, conociendo cada palabra de las notas de Nadezhda, habiendo descifrado la secuencia de sus movimientos a través de la Nave, habiendo comprendido su significado, y habiendo explorado áreas a las que Nadezhda no sólo no tenía acceso, sino que ni siquiera sospechaba su existencia, Pavlysh podía tratar de deducir la sucesión de los acontecimientos finales.

Fragmentos de cables; un robot glupy volcado, una mancha oscura en una pared blanca; la devastación definitiva del cuarto de control; las huellas dejadas en la computadora..., todas esas piezas encajaban perfectamente para formar una imagen de los últimos días de la Nave, acontecimientos en los cuales Nadezhda había desempeñado su propio papel preponderante.

Nadezhda se había apresurado a finalizar la última página. Ahora se lamentaba de haber registrado en su diario tan pocos de los momentos vividos durante las últimas semanas. Nunca le había gustado escribir. Incluso sus hermanas le habían recriminado ser una corresponsal tan poco asidua. Sólo ahora lo comprendía; en caso de lograr huir con las holoturias, la nave podía ser descubierta por seres inteligentes, que quizás enviaran sus notas a la Tierra. Y allí la maldecirían por no haber descrito en detalle su propia vida a bordo, así como la de las holoturias y tantas otras criaturas con las que había tenido contacto. Algunas habían ya desaparecido, otras terminaron sus días en el museo, y el resto fue condenado a muerte. Las holoturias, incluso más avanzadas que Nadezhda en sus conocimientos técnicos, sabían una cosa: que la razón por la cual la nave había permanecido vagabundeando por el espacio durante tanto tiempo, incapaz de regresar a su mundo de origen, era que algo vital se había destruido en él. Si el problema persistía, la Nave continuaría su errante camino a través del Universo, desintegrándose lentamente como un moribundo.

Los últimos días habían sido frenéticos para Nadezhda. Tenía tantas cosas que hacer, que, aunque no siempre conociera su significado, comprendía que eran importantes y necesarias para algún propósito que las holoturias conocerían. Carecía de sentido preguntárselo.

En todos aquellos años, Nadezhda había aprendido que no podía escudriñar en las mentes ni aun de los habitantes menos racionales de la Nave, por no mencionar siquiera a las holoturias. A pesar de las horas que había pasado cuidando al dragón, y viviendo a su lado, no había podido saber absolutamente nada de él. Ni acerca de las burbujas que vivían en aquel cubo de vidrio. Había aproximadamente dos docenas de ellas. Al ver a Nadezhda cambiaron rápidamente de color, y rodaban por el fondo del cubo como grandes bolitas, formando figuras y círculos, como si trataran de comunicarse con ella. Nadezhda había hablado a las holoturias de las burbujas, pero ellas las olvidaron inmediatamente, o no tuvieron tiempo para verlas. Cuando se hizo

obvio para Nadezhda que el viaje tocaba a su fin, tejió una bolsa con cables para poder llevarse a las burbujas con ella.

Incluso ahora, en el momento de escribir sus últimas líneas y empaquetar sus pertenencias, debía interrumpir su trabajo para correr a franquear tres puertas trampa que las holoturias habían marcado en el mapa para ella. Las escotillas estaban demasiado altas para que las criaturas pudieran alcanzarlas.

Nadezhda descubrió que planeaban escapar en la misma lancha auxiliar que había sido utilizada para raptarla a ella. Pero antes deberían inutilizar al Cerebro de la Nave; de lo contrario, no podían alcanzar la chalupa y la Máquina no la liberaría de la nave. La ayuda de Nadezhda también era necesaria allí.

Había pasado ya dos noches sin dormir. No sólo a causa de su excitación, sino también por las llamadas de las holoturias, que jamás dormían; no podían entender las razones por las que ella se ausentaba periódicamente para acostarse. Tan pronto como se relajaba, comenzaba a experimentar una sensación de estremecimiento en su mente: las holoturias la estaban llamando.

En el momento de empezar a empaquetar su diario, Nadezhda se preguntó si debería dejarlo allí. Quizás estaría más seguro que con ella. ¿Quién puede predecir lo que sucedería durante un viaje? Por supuesto, si sobrevivía, ella podría contar su propia historia. Mejor sería dejarlo, o no subsistiría en la Nave ningún rastro de su paso por ella. Una nueva sacudida en su cerebro. Debía apresurarse. Repentinamente se le ocurrió que jamás volvería por allí. El lento y monótono «tempo» de su vida se había acelerado abruptamente. Ahora, podía terminar en cualquier momento.

—Trataremos de virar la nave en dirección a nuestro planeta —le anunciaron las holoturias— pero será muy peligroso. Debemos hacer que el Cerebro de la Nave nos obedezca. En caso que no podamos hacerlo, intentaremos desactivarlo para poder usar la chalupa de salvamento. Pero no estamos seguros de poder pilotarla y dirigirla hasta donde queremos ir. Por lo tanto, es posible que todos perezcamos. Pensamos que deberías saberlo.

—Lo sé —contestó Nadezhda—. He sobrevivido a una guerra.

Las holoturias no perdieron el tiempo. Transformaron unas barras en armas apropiadas para inutilizar a los glupys, de las cuales se le facilitó una a Nadezhda, y le dieron instrucciones de marchar a la vanguardia de las holoturias, con el fin de abrirles las puertas. Dos de ellas la siguieron. Otras dos se apresuraron escaleras arriba hacia un compartimiento similar a un puente de mando, que contenía cierto tipo de instrumental.

—Hay tres puertas —le informó una de las holoturias— pero posiblemente no haya atmósfera detrás de la última. O quizá sea diferente de la de nuestro compartimiento. No entréis inmediatamente. Esperad hasta que se llene de aire respirable. ¿Está claro?

Nadezhda ya se había aventurado una vez más allá de la primera puerta; recordaba el ancho pasaje y los glupys de reserva paralizados contra las paredes igual que criaturas muertas. Las holoturias le aseguraron que los robots descansaban y eran recargados en ese recinto.

—No te tocarán —la tranquilizó Dola.

—No estés tan segura —replicó ella.

—Por favor, no corras ningún riesgo innecesario. Sin ti no podríamos salir nunca de aquí. Recuérdalo.

—No te preocupes. No me olvidaré.

Nadezhda pasó la palma de su mano frente al recuadro de la pared: la puerta se abrió al instante. Un extraño aroma se extendió por el corredor, un aroma dulzón y el olor de algo quemándose.

—Deben recargarse durante un periodo mayor ahora —dijo Dola, reptando detrás de ella—. Habrás visto que hay menos de ellos en nuestros compartimientos.

—Sí lo noté —respondió Nadezhda—. No te olvidarás de llevar a las burbujas, ¿verdad?

—Ya te dije que no.

—¡Cuidado!

Un glupy saltó desde una hendidura en la pared y cargó sobre ellos, preparándose para bloquear su paso y, quizás, obligarlos a regresar.

—¡Rápido! —gritó Dola—. ¡Rápido!

Nadezhda se lanzó hacia adelante y trató de saltar sobre el glupy, que se había arrojado a sus pies. Sin embargo el robot —¿cómo podía haberlo olvidado?— saltó y la azotó con una descarga eléctrica. Afortunadamente fue una descarga débil; probablemente el glupy no había tenido tiempo de ser recargado completamente.

Al caer de rodillas, Nadezhda se vio obligada a soltar su barra. Se había hecho daño, y gimió dolorida; sus piernas ya no eran las que acostumbraban ser. Y pensar que una vez había jugado al balonvolea en el equipo de los «Médicos» que obtuvo el segundo puesto en Yaroslavl... Claro que eso había sido hacía ya mucho tiempo.

Dola detuvo al glupy enarbolando una barra similar a la de Nadezhda, sólo que mucho más corta.

—¿Qué sucede? —preguntó Dola.

—Nada —replicó Nadezhda, levantándose y obligándose a sí misma a olvidar el dolor—. Sigamos.

Treinta pasos los separaban de la siguiente puerta. Otro glupy comenzó a acercarse, aunque se movía muy lentamente.

—La Máquina ya recibió la alarma —informó Dola—. Los glupys están conectados con ella.

Rengueando, Nadezhda se apresuró hacia la puerta, pero no pudo hallar el

recuadro en su esperada posición en la pared.

—No sé cómo abrirla —indicó, pero sin obtener respuesta. Al mirar a su alrededor, observó que Dola estaba inmóvil, mientras que la segunda holoturia luchaba contra tres glupys con su bastón.

—¡Rápido! —la urgió Dola nuevamente.

—¿Habrá quizás otra manera de entrar? —preguntó Nadezhda, sintiendo congelarse sus manos—. No podemos abrir esta puerta.

—No hay otro medio —siseó Dola. La puerta seguía herméticamente cerrada.

Más glupys, débiles y lentos, salieron arrastrándose de sus nichos y se dirigieron hacia las holoturias. En ese mismo instante, la puerta se abrió tan repentinamente que Nadezhda apenas consiguió saltar a un lado. Desde detrás de la puerta surgió violentamente un glupy de un tipo que Nadezhda jamás había visto anteriormente. Era casi tan alto como ella, y a diferencia de los otros, se asemejaba más a una esfera que a una tortuga. Tenía tres brazos articulados, y zumbaba amenazadoramente, como si quisiera amedrentar a los invasores.

De improviso, una enorme llamarada surgió de algún lugar desconocido, asolando el corredor después de rozar a Nadezhda con su hálito abrasador. Ocupada en frotarse los ojos, no pudo ver a Dola detener al extraño glupy con su barra, obligándolo a inmovilizarse en el lugar. Pero era demasiado tarde.

Las tortugas amontonadas al otro extremo del corredor se habían ennegrecido, como achicharradas, y de la segunda holoturia, que había contenido a los robots en el corredor pero no había conseguido ponerse a salvo a tiempo, sólo quedaba un pequeño montoncito de cenizas sobre el suelo del pasillo.

Nadezhda observó toda la escena como en un sueño; como si hubiera olvidado por completo que corría peligro de muerte. Comprendió que debía atravesar la segunda puerta; si esta se cerraba, Bal y la otra holoturia habrían muerto en vano. La segunda puerta conducía a un enorme cuarto circular cuya forma semejaba la parte superior de una esfera. Entraron justo a tiempo. Un segundo glupy gigante comenzaba a rodar hacia la puerta. Dola consiguió alcanzarlo y desactivarlo antes de que pudiera ponerse en acción.

Varias puertas, todas idénticas, aparecieron frente a Nadezhda, que se giró hacia Dola en busca de instrucciones. La criatura ya se había lanzado hacia adelante y, como una oruga aterrorizada, arqueaba la espalda todo lo posible, reptando de una puerta a otra, deteniéndose un instante delante de cada una de ellas como husmeando lo que pudiera haber detrás.

—Aquí está —dijo finalmente—, busca la manera de entrar.

Nadezhda ya se encontraba junto a ella. Esta puerta tampoco tenía echado el cerrojo. La empujó con su mano y cedió, como si hubiera estado esperando que la tocara.

Se detuvieron delante mismo de la Máquina. Delante del Amo de la Nave. Delante del Cerebro que cursaba las órdenes para descender en los planetas extraños y secuestrar todo lo que encontraran a su paso. Delante de la Mente que mantenía el orden dentro de la Nave, que alimentaba, castigaba y vigilaba sus cautivos y su botín.

En realidad, la Máquina no era más que una pared cubierta totalmente de numerosos orificios, paneles grises y celestes, teclas y luces indicadoras. Su aspecto aturdió a Nadezhda, o más exactamente, la decepcionó. Durante muchos años había tratado de imaginarse al Amo de la Nave, y siempre lo había dotado de rasgos aterradores. Nunca se le había ocurrido que la Máquina careciera de una personalidad definida.

Un glupy pequeño, ubicado en un lugar elevado sobre la Máquina bajó deslizándose y rodó hacia ellos. Dola reptó hacia él y lo detuvo con su barra.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nadezhda, recuperando el aliento. Su falda, cosida con un retazo de hule que había recogido en la Nave, se había rasgado a la altura de las rodillas, manchándose de sangre; aparentemente se había herido gravemente al saltar por encima del primer glupy.

Dola ignoró su pregunta. Se había detenido ahora frente a la Máquina, torciendo su pequeña cabeza vermiforme, y la estudiaba. Como respondiendo a la mirada de Dola, algo chasqueó, y un sonido siseante, fuerte e intermitente llenó la habitación. Nadezhda retrocedió, hasta que dedujo que se trataba de la voz de otra de las holoturias.

—Todo está bien —anunció Dola—. Colócame allí para que pueda girar aquel picaporte.

Nadezhda la ubicó lo más alto que pudo, y Dola manipuló algo en la Máquina.

—¡Escucha! ¿Puedes oírlos? ¡Son los nuestros! ¡Nuestros compañeros se han apoderado de la consola principal! —exclamó Dola, ya de vuelta en el suelo, y reptando junto a la Máquina—. Si todo funciona correctamente, podremos pilotar la Nave.

Dola escuchaba atentamente los siseos provenientes de un círculo negro —evidentemente algún tipo de intercomunicador— e instruía a Nadezhda sobre lo que debía hacer en los casos en que no podía alcanzar personalmente alguno de los controles de la Máquina. Nadezhda se sentó en el suelo a descansar.

—Están tratando de colocar la Nave en control manual —explicó Dola después de una larga pausa. Repentinamente, Dola lanzó un grito. Nadezhda nunca había oído gritar a una de las holoturias; algo le debía haber aterrorizado terriblemente. Las luces en la cara de la Máquina comenzaron a apagarse una tras otra, parpadeando más y más débilmente, como despidiéndose unas a otras. El siseo proveniente del altavoz se transformó en un débil chillido.

—¡Apúrate! ¡Rápido! ¡A la lancha! —gritó Dola. Habían pasado por alto un

elemento clave. Aunque todas las apariencias externas indicaban que la Máquina se había rendido a la voluntad de los cautivos rebeldes, había conservado, sin embargo, un grupo de células dentro de su memoria que le ordenaban cesar completamente su funcionamiento en el caso en que fuerzas exteriores intentaran controlarla.

Los empujones y gestos urgentes de Dola obligaron a Nadezhda a ponerse en pie, aunque sentía una extraña sensación de calma al aferrarse con toda su alma a un pensamiento salvador.

—Este es el final. Todo está bien. Ahora iremos a casa.

Incluso mientras corría detrás de Dola a través del corredor, pasando junto a los glupys chamuscados, incluso mientras saltaban sobre la cubierta y Dola le ordenaba cargar rápidamente el bote con provisiones, continuaba arrullándose a sí misma con el pensamiento de que todo saldría bien. Después de todo, ¿no habían sojuzgado a la Máquina?

Nadezhda dejó caer las provisiones a través de la escotilla del bote y volvió corriendo en busca de agua y tanques de aire comprimido adicionales. Dola, olvidando el vocabulario aprendido, y confundiéndose desesperadamente, trató en vano de explicarle que la Máquina había dejado de generar aire y calor, que la Nave moriría pronto, y que todo estaría perdido a menos que aprovisionaran el bote y lo prepararan para despegar. Las otras dos holoturias se precipitaron desde el puente de mando, arrastrando con ellas algunos instrumentos, y comenzaron a afanarse alrededor de la lancha.

Nadezhda no podría decir cuánto tiempo había durado el ajetreo y la confusión, pero después de su décimo o duodécimo viaje hasta el invernadero, comprendió que la Nave se había enfriado notablemente, y que la respiración se tornaba dificultosa. Le sorprendió que las predicciones de Dola se concretaran tan pronto. La Nave agonizaba lentamente.

Nadezhda estaba a punto de regresar hasta su cabina en busca de sus pertenencias cuando Dola le avisó de que deberían partir en escasos minutos. Por lo tanto, en vez de dirigirse a recoger sus posesiones, decidió llevar un tanque de aire extra. Todos necesitarían el aire, y ella podría pasarse sin su falda, su pañuelo y sus tazas.

Mientras arrastraba el tanque hacia la lancha, divisó por el rabillo del ojo la bolsa que había tejido con cables coloreados. *¡Dios mío!*, pensó. *¡Casi me olvido!*

Corrió hacia el bote y dejó caer el tanque de aire a través de la escotilla.

—¡Rápido! Sube a bordo —llamó Dola desde la lancha, haciendo rodar el pesado tanque dentro de ella.

—¡Un momento! —contestó Nadezhda—. Estaré de vuelta enseguida.

—¡Ahora! —aulló Dola.

Demasiado tarde. Nadezhda ya había comenzado a correr a través del pasillo a recoger la bolsa, y luego en dirección al cubo de vidrio donde aguardaban las

burbujas.

A la vista de Nadezhda, las burbujas se dispersaron del centro del cubo, como pétalos de flores.

—¡Pronto —las urgió ella— u os quedaréis aquí! La lancha está a punto de despegar.

Para su sorpresa, las burbujas rodaron obedientemente dentro de la bolsa, que resultaba así más pesada aún que los tanques de aire. Nadezhda la arrastró a lo largo del corredor; a pesar del frío riguroso, traspiraba y jadeaba en busca de aire.

Si no hubiera estado tan concentrada en el intento de alcanzar el bote, hubiera notado con tiempo suficiente la repentina aparición de uno de los glupys gigantes. Generalmente, el robot vigilaba otro sector de la Nave, pero al captar sus sensores una interrupción producida en uno de los sistemas (mientras la Nave moría), rodó a lo largo de los pasillos, tratando de localizar la causa de la avería.

Sólo unos pocos pasos separaban a Nadezhda del bote cuando el glupy la descubrió. Mientras tanto, el robot ya había avistado la lancha y apuntado su rayo ígneo directamente hacia la escotilla.

El rayo giró rápidamente hacia ella; Nadezhda sólo tuvo tiempo de arrojar a un lado el saco con las burbujas. Ese breve segundo de demora proporcionó a Dola el tiempo necesario para cerrar violentamente la escotilla. El siguiente disparo del glupy sólo consiguió ennegrecer el costado del bote. Habiendo agotado su carga, el glupy se inmovilizó sobre la pequeña pila de cenizas. Había cesado de funcionar. Las burbujas se derramaron fuera de la bolsa, rodaron por la cubierta.

Dola abrió la compuerta y comprendió al instante lo sucedido. Pero era imposible demorar la partida un solo instante más. Quizás, de haber sido humano, Dola hubiera recogido las cenizas, únicos restos de Nadezhda, para enterrarlos en su tierra natal. Sin embargo, las holoturias ignoran tales costumbres.

Dola aseguró la escotilla. El bote salvavidas se separó de la Nave moribunda y se disparó hacia las estrellas, en dirección a su propio sistema solar.

Pavlysh recogió del suelo un chamuscado trozo de género, todo lo que quedaba de Nadezhda. Luego reunió las burbujas, formando con ellas una pila. La historia había finalizado trágicamente, aunque aún quedara una esperanza de haberse equivocado. Quizás, de alguna forma, Nadezhda se las había ingeniado para huir en la lancha.

Se levantó y cruzó por sobre el frío e inerte robot que hasta último momento había cumplido lo que se le ordenara, que había permanecido allí durante todos esos años, apuntando hacia el vacío. El robot había cumplido con su cometido, custodiando la nave contra todo daño posible.

—No has dicho una palabra en dos horas —dijo Dag—. ¿Algo anda mal?

—Te lo contaré después —respondió Pavlysh—. Más tarde.

Se encontraban sentados en una mesa cercana a la ventana. Sofía Petrovna bebía limonada; Pavlysh, cerveza. Era una buena cerveza, oscura. Saber que uno puede beberla, que no se está en servicio activo, y que aún faltan al menos tres meses para el próximo examen físico, incrementa el delicioso placer de cometer una falta menor, perdonable.

—¿Les está permitido tomar cerveza? —preguntó Sofía Petrovna.

—Sí —contestó Pavlysh, secamente.

Convencida de que los astronautas no beben cerveza, Sofía Petrovna nego con la cabeza, escéptica. Y estaba en lo cierto. Apartó la vista de Pavlysh y recorrió el interminable campo de aterrizaje sólo interrumpido por la prístina belleza de las siluetas de las naves espaciales destacándose contra un ocaso naranja.

—Parece tardar bastante tiempo —comentó ella.

Sofía Petrovna le parecía a Pavlysh una mujer algo insulsa, demasiado formal. Estudiando su agudo perfil y su pelo gris, tersamente peinado hacia atrás, Pavlysh llegó a la conclusión que probablemente fuera una competente profesora de ruso, pero dudó que sus alumnos la apreciaran.

—Parece estar estudiándome —insinuó Sofía Petrovna sin volver la cabeza.

—Me pilló, ¿no es así? ¿Reflejo profesional?

—¿Qué quiere decir?

—Una maestra debe ser consciente de todo lo que sucede en el aula, incluso cuando está de espaldas.

Sofía Petrovna sonrió débilmente:

—Y estoy segura de que usted estaba buscando una semejanza.

Pavlysh no respondió. Lo que ella había dicho era cierto, pero no estaba dispuesto a reconocerlo.

—Parece que van bastante retrasados —repitió ella.

Pavlysh echó una mirada a su reloj:

—No. Recuerde que le aconsejé esperar en su casa.

—No hubiera podido. Estaba demasiado inquieta. Tenía la sensación de que alguien iba a entrar de golpe y preguntarme: bueno, ¿por qué no está en camino?

El lenguaje de Sofía Petrovna era demasiado correcto, levemente literario, como si sus frases fueran escritas mentalmente y corregidas con lápiz rojo antes de ser pronunciadas.

—He estado esperando este día todos estos años, —continuo ella, levantando su vaso de limonada y estudiando las burbujas adheridas a los lados—. Usted puede pensar que es extraño que yo diga esto, en vista de mis esfuerzos por suprimir toda demostración emocional de mi constante impaciencia. Esperé hasta que fue

descifrado el contenido de las unidades de memoria de la Nave. Esperé el día en que enviarían una expedición al planeta habitado por esas criaturas que mi abuela llamó holoturias. Esperé su vuelta. Y ahora ha llegado el día.

—Eso suena extraño —comentó Pavlysh.

—Sé lo decepcionados que estaban ustedes durante nuestro primer encuentro, cuando no reaccioné emocionalmente como ustedes esperaban. Pero ¿de qué otra manera podía haber reaccionado? Sólo conocí a la abuela a través de algunas fotografías, las historias de mi madre y las cuatro medallas que la abuela había ganado en el frente. Para mí era solamente una abstracción. Mi madre ha muerto, y ella era la última persona para quien el nombre de Nadezhda Sidorova significaba algo más que una serie de fotografías.

»Han pasado casi cien años desde la desaparición de la abuela, y hasta que ustedes llegaron no comencé a desarrollar algún sentimiento acerca de ella. No, no puedo culpar a la prensa por todas esas historias respecto al primer ser humano en el espacio. La razón reside en el diario de la abuela. Comencé a comparar mi propio comportamiento con su paciencia, su soledad.

Pavlysh inclinó su cabeza comprensivamente.

—Y le aclaro, jovencito, ¡que no soy la vieja embalsamada que usted cree! —la voz de Sofía Petrovna había cobrado repentinamente un tono totalmente distinto—. Soy una actriz. En nuestro teatro interpreto el papel de una anciana avinagrada. Y mis alumnos me adoran.

—Nunca lo dudé —mintió Pavlysh.

Levantando los ojos, encontró la sonrisa de Sofía Petrovna. Sus tersas mejillas se colorearon levemente. Levantó su vaso de limonada.

—Brindemos por recibir buenas noticias.

Viendo desde lejos a Pavlysh y Sofía Petrovna, Dag se apresuró entre las mesas.

—Están en camino —anunció—. El control ya recibió confirmación.

Parados frente a la vidriera, contemplaron en el horizonte el cohete lanzadera que descendía hacia la Tierra. Entonces se apresuraron a bajar, pues Dag conocía a Klapach, jefe de la expedición, y esperaba hablar con él antes de que los periodistas lo acapararan.

Klapach fue el primero en emerger del cohete. Se detuvo, buscando a alguien entre la multitud que los vitoreaba. Una pequeña de nariz respingona, con el pelo rubio como Klapach, corrió hacia él, arrojándose en sus brazos. Sin embargo, sus ojos continuaban registrando la muchedumbre. Al acercarse a la puerta divisó a Sofía Petrovna, acompañada de Dag y Pavlysh, y depositó en el suelo a su pequeña hija.

—Hola —saludó a la mujer—. Temía que no hubiera venido.

La mujer frunció el ceño. Se sentía incómoda sabiéndose blanco de los fotógrafos y las cámaras de TV.

Un micrófono se balanceó delante de la cara de Klapach, quien lo apartó con un ademán.

—¿Lo consiguió? —preguntó Sofía Petrovna.

—No —respondió Klapach—. Murió en la nave. Pavlysh tenía razón.

—¿Y eso es todo?

—No tardé mucho en encontrar algo acerca de ella. Mire esto.

Con el resto de su tripulación parada detrás de él, Klapach desabotonó la chaqueta de su uniforme. Todo estaba quieto y silencioso en la plaza del espaciopuerto.

Klapach sacó una fotografía. Las cámaras de TV enfocaron sus manos, y la imagen llenó las pantallas de los televisores de todas partes del mundo. Los telespectadores pudieron apreciar la vista de una ciudad de redondeadas cúpulas y estructuras alargadas, que parecían cilindros y cadenas de esferas. En primer plano se erguía una estatua, colocada sobre un bajo pedestal circular. Una mujer delgada, prolijamente arreglada, con un vestido de arpillera y un asombroso parecido a Sofía Petrovna, sostenía sobre sus rodillas una extraña criatura, similar a una holoturia.

—Papá —dijo la pequeña—, déjame ver la foto.

—Toma —accedió Klapach, tendiéndosela.

—¡Bah, es sólo un gusano gordo! —exclamó la niña, decepcionada.

Sofía Petrovna inclinó la cabeza y caminó hacia la sala de espera del espaciopuerto con pasos pequeños pero firmes. Nadie la detuvo ni la llamó. Un periodista intentó correr tras ella, pero Pavlysh lo detuvo por un brazo.

Dag cogió la fotografía de las manos de la niña. Mirándola, pudo ver una nave abandonada desvaneciéndose en el espacio infinito.

Un instante más tarde, la plaza del espaciopuerto resonaba con las acostumbradas voces y risas, con la usual confusión alegre que saluda a las espacionaves de pasajeros que arriban o a los astronautas que regresan a la Tierra.

Yo fui el primero en hallarlos

Gerassi no puede dormir por las mañanas; así que hoy a las seis, con una temperatura aún glacial, conectó el altavoz y le preguntó a Marta:

—¿Estás lista?

Su voz penetrante resultaba tan ineludible como el destino. Era inútil esconderse debajo de las mantas, o taparse la cabeza con la almohada.

—Marta —continuó Gerassi—. Tengo la sensación de que encontraremos algo interesante hoy. ¿Tú qué piensas?

Marta sólo deseaba dormir. Detestaba a Gerassi, y se lo demostró en términos que no dejaban ningún lugar a dudas. Él lanzó una carcajada, y el altavoz amplificó el sonido. Al oírlo, el capitán conectó su intercomunicador y bramó a través de él:

—¡Cállate Gerassi! ¡Acabo de salir de una guardia!

—Lo siento capitán —contestó el aludido—, pero estamos casi listos para salir rumbo a la excavación. Podemos llevar a cabo el doble de trabajo por la mañana que por la tarde. Y ahora estamos corriendo contra el reloj.

El capitán no le contestó, así que arrojé a un lado las mantas y me senté en la litera. Mis pies tocaron el suelo. ¿A lo largo de cuántas mañanas se habrían posado mis pies en el mismo punto gastado de la alfombra? Debía levantarme. Gerassi estaba en lo cierto; el mejor momento para trabajar aquí era por la mañana.

Después del desayuno, abandonamos el *Spartak* por la escotilla de carga. La rampa de acceso estaba ya fuertemente rayada por los vehículos de carga. En ella había arena marrón y algunas ramas marchitas que habían sido arrastradas por el viento durante la noche. No necesitábamos trajes espaciales; hasta que el calor comenzara a apretar, antes del mediodía, era suficiente con las máscaras y tanques de aire livianos a la espalda.

El valle, marrón y desolado, levemente ondulado, se extendía hasta el horizonte. El polvo se veía suspendido sobre él, filtrándose por doquier: los pliegues de la ropa, las botas, incluso por debajo de la máscara. Así y todo, el polvo era mucho más soportable que el barro. Si una tormentosa nube pasajera derramaba una breve lluvia sobre el valle, debíamos abandonar los trabajos y arrastrarnos entre el limo hasta la nave, donde nos veíamos obligados a esperar hasta que el suelo se secase. Incluso los todoterrenos eran impotentes después de una lluvia copiosa.

Uno de esos vehículos esperaba en la rampa. La excavación estaba sólo diez minutos a pie, pero ahora el tiempo se había transformado en un factor esencial. Estábamos pensando en abandonar este planeta muy pronto, y nuestras reservas de alimentos y otras provisiones eran apenas las imprescindibles para el viaje de regreso. Nos habíamos demorado demasiado, empleando seis años en esta sola búsqueda. El viaje de regreso llevaría al menos cinco más.

Zakhir se encontraba atareado alrededor del otro todoterreno; por lo visto, los geólogos también saldrían de exploración. Nos despedimos de él y saltamos a nuestro todoterreno.

Gerassi estiró sus largas piernas y cerró los ojos. Me pregunté cómo una persona a quien le gustaba tanto dormir, podía despertar antes que nadie y levantar a todo el resto con esa miserable voz suya.

—Gerassi —le dije—, tienes una voz despreciable.

—Lo sé —contestó, abriendo los ojos—, la tuve igual desde que era un niño. Pero a Verónica le gustaba.

Verónica, su esposa, había fallecido el año anterior; había estado cultivando un virus que habíamos encontrado en un asteroide perdido.

El todoterreno descendió a una cavidad cerrada por un escudo plástico que se suponía debía mantener el polvo fuera de la excavación. Salté del todoterreno después de Marta y Dolinsky. Las pantallas plásticas eran prácticamente inútiles; el polvo que había entrado durante la noche alcanzaba ya la altura de los tobillos. Gerassi ya había arrastrado hasta allí la aspiradora, y la arrojó dentro de la excavación. Como una criatura viviente, comenzó a reptar por el suelo, devorando el polvo.

Comenzar una excavación arqueológica en este lugar es una locura. En tres días una tormenta de arena puede enterrar completamente un rascacielos. Y en los siguientes tres días, excavar a su alrededor una zanja de cien metros de profundidad. Las tormentas también traen consigo partículas de hollín y de carbón provenientes de inacabables incendios de bosques que arden furiosamente más allá de los pantanos. A causa de todo esto, hasta el momento presente no habíamos sido capaces de fijar la fecha de una simple piedra, ni determinar cuándo ni quién había construido aquellos cimientos. Qué había sucedido con los habitantes del planeta seguía siendo un misterio, pero estábamos decididos a resolverlo. Así que aguardamos hasta que la aspiradora hubo limpiado el lugar, luego, provistos de raspadores y cepillos trataríamos de registrar la excavación en busca de fragmentos de algún vaso, un engranaje, o cualquier otra evidencia de vida inteligente.

—Ciertamente sabían construir —comentó Gerassi—. Es obvio que estas tormentas eran un problema para ellos también.

El día anterior había descubierto en la excavación los cimientos de un edificio, que habían sido cortados de un lecho rocoso.

—Ellos abandonaron este sitio hace ya mucho tiempo —dijo Marta—. Si le diéramos la vuelta este desierto de adentro para afuera, seguro que encontraríamos otras estructuras o evidencias de ellas.

—Tendríamos que haber explorado las montañas del otro lado de los pantanos —sostuve yo—, seguramente no encontraremos nada aquí, creedme.

—Pero ¿y qué hay del mástil? —preguntó Gerassi.

—¿Y la pirámide? —apoyó Marta.

Habíamos localizado el mástil en nuestro primer vuelo sobre el área, pero antes de que consiguiéramos aterrizar, había sido arrasado por una tormenta, desapareciendo en las entrañas del desierto. Nos habíamos ingeniado para desenterrar una pequeña pirámide. Si no hubiera sido por ella, no habiéramos desperdiciado las tres últimas semanas luchando en este pozo. Allí estaba, delante de nosotros, surgiendo de la roca, casi como si esta hubiera sido estrujada para construirla. Nos llevaríamos la pirámide con nosotros. Nuestros otros hallazgos eran un fragmento de piedra y algunas muescas en una roca. Nada de inscripciones, ni metales.

—No podrían haber vivido en esas montañas más allá del pantano. Carecen de agua, incluso en las mejores épocas. Yo diría que este es uno de los pocos lugares donde hay algo de agua.

Gerassi estaba de nuevo en lo cierto. Los insondables pantanos eran intransitables, y las montañas inaccesibles como si hubieran sido diseñadas intencionalmente. Y luego estaba el océano; un océano interminable, asolado por las tormentas, albergando sólo las más elementales formas de vida. Cualquier tipo de seres que pudieran haber existido aquí habían desaparecido ya, quizás perecido, y ahora la vida comenzaba a evolucionar nuevamente, partiendo de los organismos más primitivos.

Descendimos a la excavación. Dolinsky trabajaba a mi lado:

—Ya es hora de que nos dirijamos a casa —dijo, limpiando un hueco cuadrado en la roca—. Tú también lo deseas, ¿verdad?

—Por supuesto que sí —respondí.

—Creo que no estoy muy seguro de cómo me siento al respecto. ¿Quién nos necesita ahora? ¿Quién va a estar esperándonos después de todos estos años?

—Cuando firmaste el contrato sabías en lo que te estabas metiendo.

Algo brilló en la superficie de la roca.

—Lo sabía antes y lo sé ahora. Seguro; cuando partimos éramos verdaderos héroes. Pero ¿qué puede resultar más patético que un héroe olvidado vagando por las calles, esperando en vano que alguien lo recuerde?

—Es mucho más fácil para mí —le dije—. Yo nunca fui un héroe.

—No puedes ni siquiera imaginarte cómo debe haber cambiado el mundo en estos doscientos años que hemos estado fuera. Es decir, ¡si aún está allí!

—¡Eh!; echa una mirada a esto. Creo que es de metal —dije.

Estaba disgustado, cansado ya de escuchar las quejas de Dolinsky. Comprendía que él estaba agotado, pero todos estábamos igual. Durante todos estos años nos habían mantenido en pie nuestras metas: la exploración del Sistema Solar y la observación de las corrientes celestes. Vivíamos impulsados por la esperanza de

efectuar algún gran descubrimiento. Todos nuestros esfuerzos habían sido traducidos en millones de símbolos y áridas imágenes que yacían almacenados en las profundidades del Cerebro de la nave, en sus bodegas o sobre las mesas de sus laboratorios. Habíamos pasado nuestro último año apresurándonos de un lado a otro del Sistema, aterrizando en esteroides y planetas muertos, desacelerando, acelerando, comprendiendo que se aproximaba ya el momento de regresar a la Tierra, que las vacaciones terminarían pronto. Pero todo ello había demostrado ser mucho menos divertido de lo que supusiéramos; habíamos cumplido sobradamente nuestra misión, pero, desgraciadamente, no habíamos conseguido nada con ella. A pesar de que el Cerebro estaba abarrotado de información, las esperanzas que habíamos acariciado durante los largos años de nuestro viaje no habían cristalizado. Con sólo un mes de tiempo por delante, nos enfrentamos al último planeta. Deberíamos partir hacia la Tierra dentro de un mes; de otra forma, nunca lograríamos llegar a ella. Dieciocho éramos los que habíamos despegado de Tierra. Ahora sólo quedábamos nueve. Y sólo en este planeta, el último, escasamente capaz de mantener la vida humana (los otros eran totalmente inadecuados), habíamos encontrado restos de vida inteligente. Durante los intervalos entre las tormentas de polvo, taladrábamos las rocas, excavábamos entre la arena y el polvo; queríamos aprender todo lo posible. Sólo quedaban dos días hasta la fecha de la partida. Nos quedaba por delante un viaje de casi cinco años, cinco años de regreso a la Tierra...

En la palma de mi mano reposaba una pesada esfera metálica del tamaño de una avellana. No estaba oxidada.

—¡Gerassi! —grité—. Una esfera.

—¿Qué? —una ráfaga de viento se llevó sus palabras—. ¿Qué esfera?

Una nube de polvo comenzó a arremolinarse sobre nosotros.

—¿Podríamos aguardar hasta que termine? —preguntó Marta, recogiendo la esfera—. Humm, es pesada.

—Vuelvan al todoterreno —resonó la voz del capitán a través del transmisor—. Se aproxima una tormenta grande.

—Quizás podemos esperar aquí hasta que se calme —solicitó Dolinsky—. Acabamos de encontrar una esfera. De metal.

—No. Vuelvan al todoterreno al momento. Es una tormenta demasiado fuerte.

—Si es realmente tan grande, es mejor que saquemos la pirámide de aquí, o será imposible volver a desenterrarla mañana. Si es así, tendríamos que abandonar el lugar con las manos vacías.

—No vamos a desenterrarla. La dejaremos aquí —ordenó el capitán—. Ya la hemos medido y fotografiado. Salgan de allí al instante o quedarán enterrados vivos.

Dolinsky rio:

—No se preocupe, no saldremos volando. Nos quedaremos con nuestros tesoros.

Otra nube de polvo se abatió sobre nosotros. Se depositó luego lentamente, rodeándonos como una nube de mosquitos.

—¿Deberíamos ponernos a trabajar en la pirámide? —preguntó Gerassi—. Marta, Dolinsky y yo convinimos en que deberíamos hacerlo.

—Dolinsky —dijo Gerassi—, trae el todoterreno hasta aquí. Está todo preparado. —El todoterreno estaba equipado con una pequeña grúa.

—¡Les estoy ordenando que vuelvan a la nave al instante! —gritó el capitán.

—¿Dónde están los geólogos? —preguntó Gerassi.

—Están regresando.

—¡Pero no podemos dejar la pirámide aquí!

—Pueden volver a por ella mañana.

—Estas tormentas suelen durar dos o tres días.

Gerassi sujetó el cable de la grúa a la pirámide. Yo comencé a seccionar la base, usando para ello la radiación de un soplete de corte. La herramienta comenzó a zumbar; la piedra se tornó roja y se resquebrajó, luchando y resistiéndose al rayo.

Directamente sobre nosotros el cielo se cubrió con la nube más negra que jamás hubiera visto. El aire mismo se ennegreció; las nubes de polvo se arremolinaban a nuestro alrededor, y el viento nos empujaba duramente, tratando de absorbernos y arrojarnos al centro de la tormenta. Marta comenzó a ayudarme, pero la empujé, y le ordené a gritos que se protegiera dentro del todoterreno. Traté de seguirla con el rabillo del ojo, para asegurarme de que me obedeciera. El viento, soplando desde mis espaldas, casi me derriba; el soplete se sacudió en mis manos y trazó un surco rojo a lo largo del costado de la pirámide.

—¡Aguanta! —gritó Gerassi—. Sólo un poco más.

La pirámide no se rendía. Me pregunté si Marta habría alcanzado el todoterreno a tiempo. La velocidad del viento sobre la excavación era increíble. El cable se estiraba. La voz del capitán rugía colérica a través del transmisor.

—Quizá sería mejor dejarla —sugerí.

Gerassi estaba junto a mí, su espalda afirmada contra la pared de la excavación. Parecía desesperado.

—¡Dame el soplete! —gritó.

—Lo haré yo mismo.

Como un árbol derribado que se desgaja, la pirámide se liberó repentinamente, elevándose en el aire como un péndulo. Un péndulo que se balanceó hacia el lado opuesto de la excavación, destrozando los escudos plásticos, y volvió hacia nosotros, amenazando con aplastarnos como tortitas. Conseguimos esquivarla por poco. En el mismo instante en que la pirámide se abrió camino a través de la pared de plástico, una nube de polvo se arremolinó sobre nosotros y perdí de vista a Gerassi. Mi primitivo instinto de supervivencia tomó el control; debía escapar de la trampa a

cualquier precio, huir de aquel agujero donde la pirámide, luchando por liberarse de la sujeción del cable, trituraba todo lo que se ponía a su alcance.

El viento se apoderó de mí, y me arrastró por la arena como a una hoja seca; traté de asirme al polvo, pero este se deslizaba bajo mis dedos. Temía perder el conocimiento como consecuencia de las sacudidas y los golpes que recibía mientras era arrastrado por el suelo.

El viento arreció más aún, arrancándome del suelo como si quisiera elevarme hasta las nubes, pero en ese mismo instante una enorme roca se interpuso en mi camino y perdí el conocimiento. Probablemente volví en mí bastante rápido. Todo estaba oscuro y silencioso. La arena, que me había enterrado, aplastaba mi pecho y apretaba mis piernas. Me sentí aterrorizado: ¡estaba enterrado vivo! ¡*Cálmate!*, me dije a mí mismo. *No te dejes dominar por el pánico.*

—¡*Spartak!* —llamé—. ¡*Spartak!*

La radio permaneció silenciosa. Estaba rota.

De cualquier manera, tuve suerte, pensé.

Si mi máscara se hubiera dañado, ya habría muerto asfixiado. Me las arreglé para mover mis dedos. Pasaron uno o dos minutos —una eternidad— y me di cuenta de que podía mover mi mano derecha. Después de otra eternidad pude palpar el borde de la roca.

Cuando mi pánico inicial se desvaneció y comprendí que podía ser capaz de desenterrarme, volvieron mis reflejos y sensaciones normales.

Primero: el dolor. Había sido duramente vapuleado mientras la tormenta me arrastraba por el suelo. Además, había sido arrojado con tanta fuerza contra la roca que todo mi costado estaba terriblemente resentido, y respirar me resultaba también sumamente doloroso. Probablemente me había roto una costilla. Quizás dos.

Segundo: comencé a preocuparme agudamente por mi reserva de aire. Eché una mirada al aerómetro y descubrí que me quedaba una provisión suficiente sólo para una hora. Esto significaba que habían pasado tres horas desde el comienzo de la tormenta. Me maldije a mí mismo por no haber cogido un tanque extra del todoterreno. Teníamos aproximadamente cincuenta tanques de reserva en la nave; cada uno de ellos con una duración de seis horas. Se suponía que cada uno de nosotros debía llevar al menos dos de ellos en todo momento. Sin embargo, era difícil trabajar en la excavación con un tanque extra en la espalda, por lo que generalmente los dejábamos en el todoterreno.

Tercero: Me pregunté a qué distancia estaba de la nave.

Cuarto: ¿Se habría calmado la tormenta?

Quinto: ¿habrían llegado los otros a la nave? Si lo habían logrado, ¿podrían imaginar la dirección en que me arrastraba la tormenta? ¿Sabrían dónde buscarme?

Mi mano quedó súbitamente libre. Repté hacia afuera como un topo saliendo de

su agujero, y el viento (la respuesta a mi cuarta pregunta era negativa) trató de empujarme nuevamente hacia atrás. Me agazapé debajo de la roca, el único refugio en este infierno, para poder recuperar el aliento. La nave no era visible; incluso si hubiera estado en las cercanías, no se podía ver nada a más de cinco metros debido al polvo. El viento no soplaba tan ferozmente como lo había hecho al principio de la tormenta o quizás esa era sólo una expresión de deseo. Esperé una nueva ráfaga que dispersara la arena y la asentara. Entonces investigaría mi situación.

¿Hacia dónde debería mirar? ¿Hacia dónde debería ir? Obviamente, en una dirección en que la roca quedara detrás de mí. Después de todo, era ella la que había detenido mi desordenado vuelo. No pude esperar a que el viento asentara el polvo. Comencé a caminar hacia la tormenta. Mi tanque de aire duraría aún otros tres cuartos de hora (con un margen de más o menos un minuto).

Pasó el tiempo; sólo quedaban treinta minutos. Entonces caí; el viento me envió hacia atrás, rodando, y perdí otros cinco minutos. En el momento en que sólo faltaban cinco, me detuve contemplando el manómetro. Recibí una prórroga inesperada cuando el tanque, que según mis cálculos ya debería estar vacío, contenía aún algunas reservas. Me tambaleé a través de la arena que se depositaba lentamente, y traté de ignorar el dolor de mi costado, ya que ese no constituía ciertamente mi mayor problema del momento.

Traté de economizar el aire, pero comenzó a fallarme la respiración, y me imaginé que el tanque se había vaciado.

Ahora era verdad; el aire se había terminado. Pero en ese momento pude ver, a través de la arena que se asentaba, la silueta de la nave, aún lejana. Corrí hacia ella, jadeando, y me arranqué la máscara (aunque esto no fuera más que un gesto inútil), y mis pulmones se llenaron de polvo y amoníaco.

El localizador me registraba pocos minutos más tarde.

Recobré la conciencia en el compartimento de la nave donde estaba instalado el pequeño y blanco hospital de dos camas, en el cual cada uno de nosotros había sido internado repetidas veces durante el viaje, por heridas o simples resfriados, o en cuarentena. Comprendí inmediatamente que la nave se preparaba para despegar.

—Buen trabajo —me saludó el doctor Grot—. Manejó la situación espléndidamente.

—¿Estamos despegando?

—Sí, y eso le obligará a permanecer en la litera antichoque. Sus huesos no podrían soportar las fuerzas-G. Tiene tres costillas rotas y una pleura dañada.

—¿Cómo están los demás? —pregunté—. ¿Cómo está Marta? ¿Gerassi? ¿Dolinsky?

—Dolinsky se las ingenió para alcanzar el todoterreno. Está perfectamente. Marta está bien también, pues pudo llegar al vehículo a tiempo. Por fortuna, escuchó su

consejo.

—Creo que está tratando de decirme...

—Sí. Gerassi ha muerto. Lo encontraron después de la tormenta, a sólo treinta pasos de la excavación. Fue golpeado contra el todoterreno, y su máscara se destrozó. Pensamos que usted también había muerto.

No pregunté nada más. El doctor salió para prepararme la litera antichoque. Mientras yacía allí, revisté mentalmente paso por paso todos mis movimientos en la excavación. Pensaba continuamente cómo en este o en aquel momento podía haber rescatado a Gerassi. Debería haber mandado al infierno a la pirámide e insistir en obedecer las órdenes del capitán de regresar.

Al tercer día después del despegue, el *Spartak* tomó suficiente velocidad y se encaminó en dirección a la Tierra. Las fuerzas-G habían desaparecido, y liberado del sistema antichoque, me dirigí rengueando hacia el cuarto de oficiales. Dolinsky estaba allí.

—He hecho cambio contigo —me anunció—. Tú quedarás de guardia. El doctor dice que es preferible que permanezcas despierto durante un mes más aún.

—Lo sé —le contesté.

—¿Te parece bien?

—¿Por qué no? Nos vemos dentro de un año.

—Os dije a gritos que dejarais la pirámide y corrierais hacia el todoterreno —siguió Dolinsky.

—No te oímos. De todos modos, hubiera dado lo mismo. Pensábamos que podíamos terminar el trabajo a tiempo.

—Ya pasé la esfera para que la analizaran.

—¿Qué esfera?

—La que encontraste. Me la diste cuando iba hacia el todoterreno.

—Ay, sí, por supuesto. Me olvidé de ella por completo. ¿Y dónde está la pirámide?

—En la bodega de carga. Marta y Rano están trabajando en ella.

—¿Entonces yo estoy de guardia con el capitán?

—Con el capitán, María y Grot. No quedamos muchos ahora.

—Una guardia extra...

—Exacto. Un año extra para cada uno de nosotros.

En ese momento entró Grot. El doctor sostenía un fajo de papeles en su mano.

—Los resultados son ridículos —anunció—. La esfera es muy reciente. Ah; hola, Dolinsky. Decía que es demasiado reciente. Sólo veinte años de antigüedad.

—¡No puede ser! —exclamó Dolinsky—. Pasamos muchos días en esa excavación. Es tan vieja como el mundo.

El capitán se había detenido en la puerta del cuarto de oficiales y escuchaba

nuestra conversación:

—Grot, ¿están seguros de no haber cometido un error? —preguntó.

—El Cerebro y yo repetimos el análisis cuatro veces. Al principio ni yo mismo podía creerlo.

—¿Podría haber sido de Gerassi? Tal vez él la dejó caer —preguntó el capitán, volviéndose hacia mí.

—Dolinsky mismo vio cómo la arranqué de la roca.

—Todavía queda otra posibilidad.

—Es muy improbable.

—¿Por qué?

—No pueden formarse esas ruinas en sólo veinte años.

—En este planeta sí, es posible. Recuerda cómo te arrastró la tormenta. Y las emanaciones ponzoñosas de la atmósfera.

—Entonces, ¿piensas que alguien llegó aquí antes que nosotros?

—Exacto.

El capitán estaba en lo cierto. Cuando Marta aserró la pirámide al día siguiente, encontró una cápsula dentro. Todos aguardábamos detrás de ella cuando la colocó sobre la mesa.

—Lástima que llegamos tarde —se lamentó Grot—. Veinte años. Imaginen cuántas generaciones de la Tierra han soñado con establecer contacto con una vida inteligente del Espacio Exterior. Y nosotros llegamos tarde.

—Bromas aparte, Grot —señaló el capitán—, hemos hecho el contacto. Aquí está, exactamente debajo de tus propias narices. Los encontramos, después de todo.

—Depende mucho de lo que haya dentro de esta cápsula.

—Espero que no sean virus —dijo Dolinsky.

—Podemos abrirla en la cámara, con los manipuladores.

—Quizás deberíamos esperar hasta estar de vuelta en la Tierra.

—¿Esperar cinco interminables años? ¡Oh, no! —exclamó Rano.

Todos sabíamos que aquella curiosidad era el motor que obtenía lo mejor de nosotros mismos; que seríamos incapaces de contenerla hasta que llegáramos a la Tierra. Por lo tanto, decidimos abrir la cápsula inmediatamente.

—Entonces, Gerassi no murió en vano —dijo Marta suavemente, de modo que sólo yo la oyera.

Yo asentí, cogiendo su mano. Sus dedos estaban fríos.

Las garras del manipulador ubicaron la mitad del cilindro sobre la mesa y extrajeron de ella un rollo de papel. Se desenrolló por sí mismo, de modo que todos pudimos leer su contenido a través de la ventana de observación.

Nave Galáctica Saturno. Número de identificación 36/14.

Despegue de la Tierra: 12 de marzo, año 2176.

Aterrizaje en el planeta, 6 de mayo, año 2176.

Un texto seguía a estas palabras, pero ninguno de nosotros lo leyó. No nos animamos. Una y otra vez releímos las primeras líneas: Despegue de la Tierra: 12 de marzo, año 2176. Hacía veinte años. Aterrizaje en el planeta: 6 de mayo, año 2176. También hacía veinte años.

Despegue de la Tierra... Aterrizaje... Todo en el mismo año.

En esos momentos, cada uno de nosotros se sentía golpeado por el terrible dolor de la tragedia personal; la tragedia de una misión inútil a la que habíamos dedicado nuestras vidas; la tragedia del sacrificio sin sentido, del sacrificio innecesario.

Hacía cien años terrestres que nuestra nave había salido disparada en dirección a las negras extensiones del espacio. Hacía cien años que habíamos abandonado la Tierra, sabiendo perfectamente que no volveríamos a ver a nuestros amigos ni a los seres queridos. Salimos en un exilio voluntario por un periodo mucho mayor de lo que nadie en la Tierra había soportado jamás. Sabíamos que la Tierra se las arreglaría muy bien sin nosotros, pero sentíamos que nuestro sacrificio era necesario. Alguien debía aventurarse en las profundidades del espacio, hacia esos mundos desconocidos que sólo podían alcanzarse a través del sacrificio personal. Luego, un torbellino cósmico nos había apartado de nuestro curso, y año tras año habíamos viajado hacia nuestra meta. Perdimos la cuenta de nuestros años, y sólo contabilizamos los que se sucedían en la Tierra.

—Así que al fin aprendieron a saltar por el espacio —resumió el capitán.

Noté que se había referido a «ellos» y no a «nosotros» aunque siempre empleara la palabra «nosotros» en el pasado, cuando se refería a la Tierra.

—Es perfecto —continuó—. Simplemente genial.

Y estuvieron aquí. Antes que nosotros.

Dejó el resto sin expresar; cada uno de nosotros lo completó para sus adentros. «Ellos» habían estado aquí antes que nosotros. Y se las arreglaron espléndidamente sin nosotros. En cuatro años y medio, en cien años terrestres, nos encontraríamos sobre el espaciopuerto (si no perecíamos durante el viaje) y un asombrado empleado de control comentaría con su compañero:

«¡Eh, échale una mirada a ese monstruo! ¿De dónde salió ese brontosaurio? Ni siquiera sabe cómo aterrizar. Destruirá todos los invernaderos de la Tierra, y destrozará el espejo del telescopio del observatorio. Díganle a alguien que le eche un garfio a esa vieja ruina y la arrastre tan lejos de aquí como sea posible, hasta el cementerio de naves de Plutón».

Nos retiramos a nuestros camarotes y ninguno lo abandonó para cenar. El doctor llegó para examinarme durante la tarde, parecía muy cansado.

—No sé cómo haremos para que nos resulte un hogar —dijo—. Desaparecieron los incentivos.

—Lo haremos —repliqué—. Será duro, pero lo conseguiremos.

—¡Atención a todos! —resonó el altavoz del comunicador—. ¡Atención a todos!

Era el capitán quien hablaba. Su voz sonaba ronca y titubeante, como si no supiera muy bien qué decir.

—¿Qué puede haber pasado? —El doctor estaba preparado ya para un nuevo desastre.

—¡Atención! Cambio al transmisor-receptor de larga distancia. Hay un contacto en uno de los canales galácticos.

El canal había permanecido silencioso durante muchos años. La distancia que nos separaba de los planetas habitados era tan enorme que hubiera resultado inútil cualquier intento de mantener una comunicación radial. Miré al doctor. Había cerrado los ojos y echado la cabeza hacia atrás, como si lo que estaba sucediendo fuera un sueño maravilloso del cual temiera ser despertado.

Hubo un crujido y luego el zumbido de invisibles cuerdas musicales. Una voz extremadamente juvenil y excitada comenzó a gritar, llegando claramente a nosotros a través de millones de millas:

—*Spartak, Spartak*, ¿pueden oírme? *Spartak*; ¡yo fui el primero en hallarlos! *Spartak*, les habla la nave-patrulla *Olimpia*. Les habla la nave-patrulla *Olimpia*. Estoy patrullando su sector. ¡Hemos estado buscándolos durante veinte años! Me llamo Arthur Sheno. ¡Yo fui el primero en hallarlos! Qué suerte fantástica. ¡Yo fui el primero en hallarlos!

La voz se quebró en una nota aguda. Arthur Sheno comenzó a toser, y por un instante lo vi claramente, inclinado sobre el micrófono en la estrecha cabina de su nave patrulla, incapaz de apartar sus ojos del punto blanco de su pantalla rastreadora.

—Discúlpenme —continuó Sheno—. ¿Pueden oírme? No pueden imaginar los regalos que tengo para ustedes. La bodega está abarrotada. Pepinos frescos para Dolinsky. Dolinsky, ¿puede oírme? Gerassi, Verónica, los Romanos les envían pasteles de fruta caramelizada. Sabemos cuánto les gustan...

Un largo silencio siguió a la comunicación, note al fin por la voz del capitán:

—Atención todos; comienza la desaceleración.

Protesta

En el Comité Olímpico, los telegramas son siempre relegados al fondo de la agenda. Cualquier otra actividad tiene prioridad sobre ellos, por más insignificantes o irrelevantes que sean algunos asuntos en lo que respecta a los acontecimientos olímpicos.

He dedicado toda mi vida a los deportes. En mi juventud establecí varios de los récords de mi especialidad; en realidad, yo fui el que batió la marca de los 2,50 metros en salto de altura en los Juegos Olímpicos de Pestalozzi. Sin embargo, excepto algunos historiadores deportivos y otros viejos como yo, ya nadie lo recuerda.

La segunda parte de mi vida la he dedicado de lleno al desarrollo de los deportes. Alguien tiene que hacerlo; alguien tiene que desempeñar las funciones de juez en los conflictos entre los árbitros y las Asociaciones de Atletismo; resolver discrepancias y sentir náuseas frente al café sintético de algunos espaciopuertos olvidados de la mano de Dios.

Cuando sobrepasé por primera vez los 2,50 metros, millones de seres aplaudieron mi hazaña, y por un momento fui la persona más famosa de la Tierra; ¡qué digo de la Tierra! La persona más famosa de todo el Sistema Solar.

En realidad, la más famosa de todos los rincones del Universo habitado por seres humanoides. Sin embargo, siento que hoy llevo a cabo una labor mucho más completa en pro del avance de los deportes de lo que jamás había hecho. Mi intervención y arbitraje han salvado muchas competiciones de un fracaso completo y evitado a mucha gente honesta transformarse en enemigos a muerte. Pero no oigo aplausos por esta labor. Soy sólo un muchachón errante, un comisario deportivo, y por supuesto, un gruñón. Vivo constantemente asediado por telegramas que me apartan de mis derroteros previstos, me arrancan de la cama y me privan de los placeres de una taza de café verdadero, no sintético. Difícilmente disfruté de un momento de respiro para evaluar mi situación y considerar la opción de mandarlo todo al infierno.

Mientras esperaba una combinación de naves en un remoto espaciopuerto, recibí un nuevo telegrama. Un oficial local, enfundado en un llamativo uniforme, ajustado y ridículo, se acercó a mí y me preguntó, en un desastroso Cosmoling, si no era el estimado Kim Perov. No tuve otra opción que confesar que sí lo era.

POR FAVOR —comenzaba el telegrama—. El «favor» es simplemente un eufemismo para decir que alguien está a punto de pedirle a uno que haga algo que nuestros colegas se niegan a realizar. POR FAVOR DEJARSE CAER (¡qué expresión acertada!) EN INIGA. INVESTIGAR PROTESTA ASOCIACIÓN 45. BIENVENIDA CONCERTADA. DETALLES A LA LLEGADA. Firmado: SPLESH.

Malditos sean; ¿es que no podían derrochar unas pocas palabras extras para explicarme quién estaba furioso con quién, o qué partes debían ser conciliadas? O, por lo menos, la ubicación de Iniga.

Me dirigí hacia la torre de control con un humor de perros. Allí descubrí que Iniga quedaba en el otro extremo del sector Galáctico y que hubiera sido mucho más simple enviar a alguien directamente desde la Tierra, en lugar de pescarme a mí desde las profundidades de la Galaxia. Después de esto, me informaron de que no existían vuelos directos a Iniga desde ese punto. Debería volar hasta un sistema solar con un nombre impronunciable donde trasbordaría a un vuelo local, que muy probablemente habría sido cancelado hacía dos años.

Una vez que asimilé por completo todos esos lamentables hechos, maldije mentalmente a Splesh y a todo el conjunto de dirigentes del Comité Olímpico, y abordé la nave. Durante el viaje me entretuve redactando y rasgando un variado surtido de elocuentes cartas de renuncia. Es un *hobby* que tengo. Soy el principal experto de la Galaxia en la redacción de ese tipo de cartas. Cuando las escribo, invade mi ser una deliciosa confianza en mi indispensabilidad.

Fue agradable, sin embargo, que los iniganos hubieran sido avisados de mi llegada. Un coche de cinco ruedas (que alguna vez simbolizaron los cinco continentes de la Tierra) me esperaba al pie de la rampa. Un oficial fue el primero en saludarme. Mi hermano espiritual. Quizás de la misma edad. Incluso pensé un momento que su cara me resultaba familiar; creí recordar que me había sido presentado en el Congreso de Plutonville sobre programación Olímpica.

El resto del comité de bienvenida consistía en dos deportistas de rango menor, dos jóvenes gimnastas femeninas, portadoras de sendos ramos de flores, una niña de pelo verde y un individuo sombrío al que tomé equivocadamente por un boxeador al principio y por el conductor del vehículo después. Resultó ser un intérprete, a quien al final nadie necesitó, ya que todos dominaban el Cosmoling.

—Bienvenido a Iniga —me saludó el oficial—. Me parece recordar habernos encontrado antes. ¿No asistió usted en Berendown a la conferencia de atletismo?

Informé a mi colega de que no había estado allí, pero procedí a inquirir no menos gentilmente si no había participado en el congreso de Plutonville. No, no lo había hecho. Pospusimos entonces el tema para una ocasión más apropiada, y encorvado bajo el peso de los dos ramos, me dirigí hacia el vehículo, en el cual entré junto con todo el comité de bienvenida. Allí aguardamos durante la próxima media hora, hasta que mis documentos fueron procesados, y se me envió el equipaje.

Yo hubiera preferido familiarizarme inmediatamente con los detalles exactos del problema que había requerido mi presencia allí, pero el representante local del Comité Olímpico estaba demasiado ocupado con mis maletas. Así, en su mayor parte, la conversación discurrió sobre el estado del tiempo en la ruta y en Iniga. El

intérprete no interfería en nuestra conversación; mantenía una expresión sombría, mientras sus labios se movían silenciosamente, traduciendo mis palabras al inglés, y las del oficial inigano a algún otro idioma de la Tierra. Las deportistas me miraban fijamente y murmuraban desesperadamente. Un pensamiento comenzó a rondar por mi mente: ¿No habrían cometido una violación tan grave de las Reglamentaciones Olímpicas que habían decidido no detenerse ante nada con tal de conquistarme para su causa? ¡Maldito fuera aquel avaro de Splesh, por escatimar tanto los espaciogramas! ¿Cómo podía enterarme de los hechos ahora sin demostrar mi abismal ignorancia sobre el asunto que me había llevado allí?

—¿Tiene mucho calor? —preguntó la bonita niña de los cabellos verdes. Todavía no sabía si aquel color se debía a un rasgo genético o simplemente al último grito de la moda.

—No, por supuesto que no —repliqué secando desesperadamente mi frente con el pañuelo.

—Supongo que estará realmente molesto por haber tenido que cambiar sus planes y recorrer todo el camino hasta aquí sólo por culpa nuestra. Bueno, en realidad por culpa mía.

—¿Tuya?

—El mismo Splesh nos notificó —interrumpió el oficial— que usted cambiaría su itinerario en consideración a nosotros. Es realmente muy gentil de su parte. Trataremos de resarcirlo y hacerle disfrutar de sus horas libres. Para mañana tenemos planeado una excursión a la cascada, y luego almorzaremos en la cima del Monte Misery.

La perspectiva del almuerzo en la cúspide del Monte Misery no me seducía particularmente, pero las pocas palabras dejadas caer por la muchacha arrojaban un bienvenido destello de luz sobre el asunto. Significaba que ella era culpable de algo; ya tenía al menos un fragmento de información. Así, la niña había competido en un acontecimiento deportivo y cometido alguna falta en él. Bueno, si eso era todo, resultaría mucho más sencillo de solucionar que una discusión sobre el número de competidores, una queja acerca del alojamiento de los equipos o una discrepancia en el sistema de cálculo de las puntuaciones. Más aún, la muchacha parecía una niña sincera, absolutamente consciente de haber cometido un error.

Finalmente regresó mi colega, informándome de que mi equipaje estaba ya en camino hacia el hotel. Registré desesperadamente mi memoria en busca de su nombre, pero no pude recordarlo. Naturalmente.

A medida que recorríamos la uniforme carretera, mis huéspedes agitaban sus manos tratando de llamarme la atención sobre la belleza de los alrededores. Pero cuando se han recorrido docenas de espaciopuertos a lo largo de toda la Galaxia, ¿qué más le resta a uno por ver? Sin embargo, demostré el adecuado grado de placer ante

cada uno de los detalles, y de esta forma llegamos a la ciudad.

Era una ciudad típica. Si uno ha visto una de ellas, las ha visto todas. Y con respecto a las variantes arquitectónicas... bueno, esa es una cuestión de gustos; yo no entiendo de esas cosas. De cualquier manera, estaba exhausto; todo lo que deseaba hacer era dormir.

Para mi desgracia, el camino a través de la ciudad resultó mucho más largo que el viaje desde el espaciopuerto. Hicimos todo el recorrido pegados paragolpe a paragolpe con los coches que nos rodeaban.

—Llegaremos pronto —comentó la chica con tono culpable, como si se sintiera responsable por las detenciones en las esquinas. Repentinamente, los frenos chirriaron; instintivamente me aferré a los apoyabrazos y extendí el cuello para ver qué había sucedido.

Un gran pájaro negro había levantado vuelo justo frente a un coche, a unos 20 ó 30 metros delante de nosotros. Recobré el aliento. Mis escoltas rompieron a hablar todos a una; sólo el intérprete mantuvo su torvo silencio. Pensando que debía participar en la discusión, comenté:

—Nosotros tenemos problemas semejantes. Los pájaros suelen causar accidentes. Especialmente con los vehículos aéreos.

Al observar las expresiones horrorizadas con que todos se volvieron a mirarme, pensé que había dicho algo indecente, y reflexioné acerca de los tabúes sociales que uno puede encontrar cada tanto en los mundos extranjeros.

Llegamos al hotel alrededor de cinco minutos más tarde y mis huéspedes me sugirieron que descansara.

—Ah, ¿les importaría dejar a la joven aquí unos minutos? —pregunté.

Aparentemente a mis huéspedes les agradó la pregunta, pues inclinaron complacientemente sus cabezas; luego giraron sobre sus talones y se dirigieron al coche. Las gimnastas cogieron los ramos del asiento y me los entregaron nuevamente. Y de esta forma me encontré parado en medio del vestíbulo, abrazando mis coloridas flores.

La chica, acobardada, enrojeció y comenzó a hacer crujir sus nudillos, presentando una imagen patéticamente culpable.

—Sólo te retendré un minuto —le dije—. Una pregunta nada más.

—Por supuesto —contestó ella, sumisamente.

—¿Te importaría repetir el nombre de tu estimado Presidente del Comité? —le pregunté.

La muchacha trinó algo indescifrable, así que tomé un trozo de papel y le pedí que me lo escribiera. (Debo consignar aquí, no sin orgullo, que tras algunas horas de práctica conseguí articular las treinta y seis letras del nombre durante el banquete de despedida, razón por la cual recibí una estruendosa ovación). El nombre de la chica

resultó asimismo un trabalenguas, por lo que le pregunté si podía llamarla Masha, a lo que ella accedió gustosa, a pesar que el sonido del nuevo nombre no tenía nada en común con su elegante nombre real, consistente en una serie de doce consonantes dobles.

—Bien, ahora dime —comencé, después de que Masha hubiera terminado de escribir su nombre—, ¿cómo te sientes con lo que ha pasado?

Esa era una de las pocas preguntas que podía hacer sin demostrar mi ignorancia.

—¡Oh Dios! —exclamó Masha—. Estoy tan avergonzada de mí misma. Pero fueron mis nervios. ¡Me fallaron los nervios!

—¿Y decepcionaste a tu equipo?

—Si hubiera sido sólo al equipo, no sería tan malo. Pero ahora probablemente no se le permitirá competir nunca más a nadie de mi planeta.

Yo me sentía demasiado exhausto para continuar la conversación.

—Bien, puedes irte ahora, voy a descansar un rato.

Me dirigí a mi cuarto y me di una ducha. Así que los nervios le habían fallado. No me pareció nada sorprendente. Casi todos los deportistas que cometen faltas culpan a sus nervios. Pero una niña delicada como ella...

Llamé al servicio de habitaciones, y encargué un café. Enviaron un líquido oscuro, con gusto a goma quemada. En realidad, no esperaba nada mejor.

—Perdón —pregunté al camarero—: ¿hay algún lugar en las cercanías donde se pueda tomar una taza de verdadero café?

—Pero, señor, nosotros sólo servimos el café más puro, ¡de la más alta calidad!

—Le creo, amigo; pero ¿le molestaría decirme de qué está hecho?

El camarero me echó una mirada de profunda conmiseración, y me explicó que el café estaba hecho con las raíces de determinadas hierbas. Las raíces se dejaban secar, y se enterraban hasta que tomaban un vistoso color violeta.

Agradecí la amabilidad, pero la expresión de mi cara me traicionó. Encogiéndose de hombros, me dijo:

—Hay un guisante marrón especial, que se importa de la Tierra, al que algunos en realidad llaman café. Lo sirven en el Café África, a dos manzanas de aquí. ¡Hay que ver las manías que tiene la gente!

El camarero sentía pena por los esnobs que tragaban esas mezclas misteriosas. Sin embargo, me sentí más animado, y antes de cinco minutos estaba en camino hacia el Café África. Para llegar allí desde mi hotel, debía cruzar un pequeño parque, y comencé a hacerlo, tomándome mi tiempo, haciendo una pausa junto a la orilla de un estanque bordeado de cemento. El calor había cedido algo al avanzar la tarde, permitiendo al menos la respiración, y el agua ejercía un efecto refrescante.

En la margen opuesta del estanque, una pareja de felices padres contemplaban a su bebé jugando en un andador. El niño aparentaba tener un año de edad y no

caminaba aún, aunque se mantenía erguido, muy confiado en su andador, con un rebelde mechón de pelo sobresaliendo de su coronilla. En ese momento, rompió a reír alegremente, y el papá y la mamá le hicieron coro. El bebé me recordó al nieto más pequeño de Yegorushka, y por un instante me sentí como si hubiera vuelto al hogar.

Sin embargo, repentinamente, el papá tomó a la criatura en sus brazos, lo besó en la frente y lo arrojó al estanque; el pequeño cayó al agua a cierta distancia del borde.

Ya estaba a punto de zambullirme, pero antes de tener oportunidad de hacerlo, pude ver que los padres continuaban riendo alegremente. O habían enloquecido o el bebé no corría riesgo alguno. Observé asimismo que los paseantes ocasionales que se detenían cerca del estanque, también reían con ellos, lo mismo que el niño, que chapoteaba entretenido, sin dar muestras de hundirse.

Supuse que a los pequeños iniganos se les enseñaba a nadar antes que a caminar; también en la Tierra existían excéntricos que creían en esas cosas. Cuando comprendí esto, me calmé considerablemente, aunque no por mucho tiempo. Pocos segundos más tarde, la sonrisa del bebé se desvaneció, y sus bracitos parecieron cansarse; chillando débilmente, comenzó a hundirse. A los pocos momentos, sólo se veían círculos en la superficie del agua.

Y entonces hice lo que cualquier persona decente hubiera hecho: salté sobre el reborde de hormigón y me zambullí en el estanque.

Sin embargo, este resultó ser más grande de lo que parecía, y los aterrorizados padres eran evidentemente lentos para reaccionar.

El agua estaba verdosa, pero bastante limpia. Las plantas acuáticas se agitaban a mi paso, y los peces, como sombras oscuras, nadaban a mi lado. Aunque el estanque no parecía demasiado profundo, alrededor de 1,80 ó 2 metros, no había señales del bebé. Volví a la superficie en busca de aire y pude captar por un instante los aterrorizados gestos de la multitud que se había reunido alrededor de los padres. Mis ropas mojadas me arrastraban hacia el fondo, y comprendí que estaba en muy mal estado físico. Si no me dirigía al borde enseguida, yo mismo debería ser rescatado.

Cuando emergí nuevamente, contemplé a un sonriente papá recobrando del agua a su no menos sonriente cachorro. Con mi último aliento, me dirigí hacia el borde. Me detuve cerca de los arbustos, a buena distancia de los felices padres. Masha estaba allí, sentada en uno de los bancos.

—¿Qué le pasó? —preguntó suavemente—. ¿Esa es la forma en que los terrestres van a nadar?

El tono de su voz reflejaba una patética tentativa de mostrar respeto por las extrañas costumbres de mi mundo, donde los ancianos nadaban completamente vestidos.

—Sí —dije a través de mis dientes apretados—, nosotros siempre lo hacemos así.

—¡De veras! ¿Y no tiene frío ahora?

—¡Por supuesto que no! —traté de sonreír—. Estoy tibio como una tostada.

—¿Adonde iba? —preguntó Masha, tratando de no mirarme: un viejo empapado con sus ropas envueltas en plantas acuáticas.

—En busca de una taza de café. Al Café África.

—Pero quizás debería...

—¿Secarme primero?

—Bueno, supongo; si eso es lo que ustedes acostumbran...

—No, no lo es. Nosotros nos paseamos normalmente con las ropas mojadas —repliqué—. Pero de cualquier forma, volvamos al hotel y trataré de escabullirme por la puerta de atrás, ya que nuestras costumbres resultan tan chocantes para su gente.

—¡Oh, seguro que no! —exclamó Masha sin mucha sinceridad. Pero, a pesar de sus palabras, me condujo a la puerta trasera, a la cual la seguí obedientemente tratando de ignorar las miradas de los curiosos.

Para cuando llegamos de regreso a mi cuarto, ya me había secado bastante. Mientras comentaba la diversidad de nuestras costumbres, me cambié de ropa, vistiéndome con un esmoquin que ostentaba un gran emblema Olímpico bordado en uno de sus bolsillos. No me había imaginado nunca vagabundeando por allí en traje de etiqueta, pero mi guardarropa era bastante limitado. Bueno, todo estaba bien al fin de cuentas; al menos el bebé no se había ahogado.

Masha me esperaba en el vestíbulo, sentada con los brazos cruzados sobre su falda, como una chiquilla traviesa a punto de ser regañada por su maestro a causa de su mal comportamiento.

—A los niños iniganos se les enseña a nadar desde muy pequeños, ¿verdad?

—¿Nadar? Oh, sí, por supuesto.

—Hmmm, es extraño. Nunca vi nadadores iniganos compitiendo en nuestros Juegos.

—Es que no ingresamos en el Movimiento Olímpico hasta hace relativamente poco tiempo.

—Pero participaron en los Juegos, ¿no es así?

Masha enrojeció. El rubor, combinado con su cabello verde, produjo un curioso efecto.

—Pero yo lo hice en las competiciones de atletismo, —aclaró ella—. Pondríamos las manos en el fuego por cada uno de los participantes en esa especialidad, pero es muy difícil hacer lo mismo con nuestros nadadores. ¿Me entiende?

En realidad no comprendía nada, pero fingí que sí.

—¡Por favor, trate de entenderme! —su voz comenzó a temblar—. Era la primera vez que participaba en competiciones tan importantes. ¡Le doy mi palabra de que nunca volverá a suceder!

Afirmé nuevamente con la cabeza, esperando que por fin se fuera de la lengua.

—Ahora, debido a lo que hice, los iniganos no pueden participar en los Juegos Galácticos. Créame, yo soy la única culpable. La falta es sólo mía. Castígueme, suspéndame. Pero no sancione a un planeta entero. ¡Ahora todo depende de usted!

—¿Sabes? —dije pensativamente—. Me gustaría escuchar todo el asunto desde el principio. Una cosa es leer unos documentos, y otra muy distinta escucharlo personalmente de las partes involucradas. Pero no me ocultes nada.

Masha inspiró profundamente.

—Después de obtener el título de campeona de Iniga de 200 metros lisos, el Comité decidió enviarme a las pruebas del Sector, que iban a disputarse en Eleida. Competía conmigo un chico especializado en salto. Él lo hizo muy bien. Y luego me tocó el turno a mí. Al salir, lo hice un instante demasiado tarde. Sólo una fracción de segundo; usted sabe cómo es, ¿verdad? ¿Competió usted alguna vez en pista?

—En salto de altura —le dije—. Fui el primero en saltar los 2,50 metros.

—¡Oh! —exclamó Masha, genuinamente impresionada—. Bueno, pero asimismo debe saber lo que significa una mala salida. Mientras se corre se va maldiciendo la suerte. En realidad, yo ya había ganado las dos primeras series; y ahora estaba allí, corriendo y maldiciéndome, y sintiéndome terriblemente avergonzada porque sabía que todos contaban conmigo y yo les estaba fallando. Otra chica y yo nos alejamos del pelotón, pero ella siempre uno o dos metros delante de mí. Recuperé medio metro legítimamente, pero entonces perdí el control de mis nervios. Sólo sabía una cosa: faltaban apenas veinte metros para la llegada. Luego diecisiete... Y repentinamente, fliqueé.

Los ojos de Masha se llenaron de lágrimas.

—¿Qué? ¿Qué fue lo que hiciste?

—¡Fli-que-é!

Masha comenzó a llorar, y yo acaricié su corto cabello verde, para consolarla.

—No te preocupes, pequeña, no te preocupes.

—¿Qué sucederá ahora? —murmuró Masha—. No puedo ni mirarlos a la cara.

—Sigue. ¿Qué sucedió entonces?

—¿Luego? Bueno, los jueces corrieron hacia mí, exigiéndome una explicación. Puede imaginarse lo tentada que estaba de decirles que no, que sólo lo habían imaginado. Pero por el contrario, les confesé la verdad. Y el otro equipo elevó una protesta. Y lo mismo hizo la Asociación. Estaban en su pleno derecho.

Masha tomó un pañuelo y se sonó la nariz. Al sacarlo, cayó de su bolso una hoja de papel, doblada en cuatro partes.

—Aquí está —aclaró—. Esta es la horrible nota de protesta. Ni siquiera comenzaron a escuchar lo que tenía que decir. No hubieran prestado atención a mis promesas tampoco.

Tratando de disimular mi satisfacción, tomé la protesta y la desdoblé

solemnemente, dando la impresión de estar evaluando nuevamente la gravedad de los cargos.

La protesta había sido un golpe de suerte. Había llevado demasiado lejos mi pose omnisciente como para preguntar ahora qué significaba «fliquear».

«... varios metros antes de la línea de llegada —continuaba la nota de protesta, después de una inútil y detallada relación de sucesos ajenos al asunto— la representante de Iniga, comprendiendo su imposibilidad de alcanzar a su competidora por medios legítimos, voló a través del aire, previa conversión en una criatura provista de alas semejante a un pájaro, aunque de una forma y color que no han podido ser determinados. Después de cruzar la línea de llegada, la atleta descendió nuevamente a tierra, corriendo en su forma natural a lo largo de varios metros adicionales, antes de detenerse».

Seguían una cantidad de palabras superfluas. Me senté releendo las frases ya transcritas, aún tan en tinieblas como anteriormente.

La repentina aparición del representante local del Comité Olímpico me arrancó de mi trance.

—Bueno, ¿han tenido una charla agradable? —preguntó, tratando de reprimir su deleite—. Espero que comprenda que lo que le sucedió a la chica no ha sido más que un penoso malentendido.

—Sí —contesté, doblando la nota de protesta y guardándola en mi bolsillo—. Sí, lo comprendo.

Repentinamente, quizás debido a mi exceso de cansancio o a que mi inesperado baño en el estanque había alterado mis nervios, perdí el control de mí mismo. Insulté a Splesh con los nombres más soeces que se me ocurrieron, y confesé a mi colega que antes de la conversación con Masha había estado completamente a oscuras respecto a todo el asunto. En consecuencia, medio día había sido totalmente desperdiciado.

Este inesperado arranque tuvo un efecto pacificador en mi interlocutor, y lo impulsó a revisar la imagen previa que tenía de mí, desde la posición de un austero inspector a un sujeto normal, condicionado por las ordinarias flaquezas humanas.

—¿Me permite, señor, explicarle todo en orden? —preguntó—. Existen tantos planetas en la Galaxia que estoy seguro de que es imposible para alguien familiarizarse con las características esenciales de cada uno de ellos.

—Es muy cierto —reconocí—. En un planeta fliquean, en otro...

—Está completamente en lo cierto. La evolución en Iniga tuvo lugar bajo circunstancias mucho más complejas que en la Tierra, por ejemplo. Diversas clases de predadores perseguían a nuestros lejanos ancestros, tanto en el aire, como en la tierra o en el mar. Eran rápidos y despiadados, pero la Naturaleza se apiadó de nuestros antepasados. Sumado a su inteligencia, los dotó de un rasgo muy especial que constituye también una característica de muchas otras especies pacíficas de

nuestro planeta. Las víctimas, al igual que nuestros antecesores, podían desembarazarse de sus enemigos cambiando la forma de sus cuerpos, variándola de acuerdo al medio ambiente en que se hallaran en un momento determinado. Imagínese, por ejemplo, que lo persigue un *svam*. Se trata de una criatura abominable, atroz, que afortunadamente ya se ha extinguido. Entonces, quedamos en que un *svam* está a punto de atraparlo a usted en un terreno abierto. En el preciso momento en que usted se sienta presa de la mayor tensión física y nerviosa, la estructura de su cuerpo se modifica y se eleva en el aire en forma de ave.

—Comprendo —dije, aunque no estaba muy seguro de ello.

—¿Recuerda cuando nos detuvimos brevemente en aquella esquina, y usted comentó que los pájaros en su planeta podían interferir con los vehículos? Bueno, nosotros no sabíamos muy bien si estaba bromeando o no. Sepa que aquello no era un ave en absoluto. Era un estudiante que estuvo a punto de ser atropellado por un automóvil. En el último momento consiguió evitarlo elevándose en el aire.

—Ya veo —dije, recordando el incidente.

—Ahora continuemos con nuestra historia. Nuestros antepasados aprendieron a volar para salvarse de los *svams*. Sin embargo, ¿qué les esperaba en el aire?

—Las gaviotas de presa —sugirió Masha.

—Exacto; las gaviotas carniceras. Extendían sus enormes alas negras palmeadas y abrían sus negros picos para devorarnos. ¿Qué podían hacer nuestros antepasados? Tomaron el único camino posible: se zambulleron en el agua y se transformaron en peces. La estructura biológica del cuerpo soportó nuevamente el cambio, como respuesta al excepcional desarrollo del sistema nervioso.

—Está todo muy claro —traté de no sonreír—. ¿Y esos rasgos son innatos?

—Bueno, no... ¿Cómo puedo explicarlo? A medida que se desarrolló nuestra civilización, esta característica comenzó a desaparecer. Ahora debemos desarrollarla artificialmente en nuestros niños, pues nos resulta muy útil. Usted mismo puede observar escenas en nuestras calles que son incomprensibles para los visitantes. Incluso atemorizantes. Si el potencial de uno de nuestros niños no se educa en la edad temprana, vivirá como una monstruosidad retrasada para el resto de su vida.

—¿Dijo «monstruosidad»?

—Sí, un monstruo incapaz de transformarse en ave, o en pez, cuando sea necesario. Por favor, tenga por seguro, querido colega, que estos términos no se refieren a nuestros huéspedes. Comprendemos perfectamente que la evolución en su planeta ha seguido por otros derroteros.

—Por desgracia sí —contesté con toda sinceridad.

Recordaba vívidamente la escena en el estanque, tan común en su mundo y tan embarazosa para mí. Mi comportamiento debe haber resultado ridículo para los espectadores. No me asombraba ahora que los padres del pequeño se hubieran

apresurado a sacarlo del agua; el estúpido viejo entrometido podría haberlo lastimado atrapándolo por las aletas o las agallas.

—Ahora bien —una nota trágica se insinuó en la voz de mi colega—, los atletas que pretenden participar en los torneos regulares Galácticos deben prestar un juramento. Deben prometer que olvidarán sus singulares superpoderes. Más aún, teníamos la esperanza de que nadie en el Comité Olímpico se enterara de... Bueno, pero basta de toda esta charla; no tiene sentido que...

—Tiene razón —convine yo.

—Ahora, después de esta pequeña introducción, me gustaría invitarlo a unas competiciones de atletismo que hemos preparado especialmente con motivo de su visita. Allí se convencerá de que podemos lograr espléndidos resultados sin el recurso del fliqueo.

Me levanté y seguí a mis hospitalarios huéspedes hacia el vestíbulo.

Desde allí, pudimos ver un ómnibus detenido a la entrada del hotel. En el momento en que los pasajeros terminaban de entrar y las puertas comenzaban a cerrarse, escuché un precipitado ruido de pasos a mis espaldas. Un caballero de edad ya madura, cargando dos grandes maletas, corría a través del vestíbulo, apretando entre sus dientes un billete azul. Me aparté a un lado rápidamente; viendo que el ómnibus ya se separaba de la acera, el hombre saltó, convirtiéndose en un gran pájaro gris que sujetó las maletas con sus garras. Sosteniendo aún el billete en su pico, alcanzó el vehículo en un abrir y cerrar de ojos, y arrojando las maletas dentro, se coló por la semicerrada puerta.

—Bien, ya lo ve —dijo mi colega en un tono de reproche—, algunas veces ayuda... pero no en cualquier lado.

Mis ojos se hallaban aún fijos en el ómnibus que se alejaba.

—¿Y sus antepasados nunca intentaron esconderse bajo tierra?

—¡Eso es atavismo puro y simple! —Masha parecía ultrajada—. ¡Hay mucha suciedad allí!

—Sí, pero te olvidas de algo —la corrigió mi colega—. ¿Qué sucede con los geólogos? —se volvió hacia mí—. Bueno, ¿qué opina de nuestro futuro en el Movimiento Olímpico?

—Realmente, no puedo adelantarle nada aún —le respondí.

En ese momento me imaginaba las interminables reuniones en el Comité Olímpico mientras trataba de persuadir a sus miembros de reincorporar a Iniga, previo juramento de parte de los iniganos de que sus atletas, en pro de una competición limpia, se abstendrían para siempre de fliquear. Sabía que sería un desafío mucho mayor que saltar dos metros con cincuenta, pero al menos podría intentarlo delante de una taza de auténtico café.

Por favor, ¿podría hablar con Nina?

—Hola; por favor, ¿podría hablar con Nina?

—Soy Nina.

—¿Nina? Tu voz suena extraña.

—¿Extraña?

—Bueno como si no fueras tú. ¿Estás preocupada por algo?

—Puede ser.

—Pienso que no debería haber llamado.

—Pero ¿quién es?

—¿Desde cuándo no me reconoces?

—¿Reconocer a quién? —su voz sonaba como si fuera veinte años menor que la de Nina.

—Bueno, está bien —dije—, escucha, te llamo para aclarar cierto asunto.

—Probablemente ha marcado un número equivocado —dijo Nina—. Yo no lo conozco.

—Soy yo, Vadim. Tu Vadim. Vadim Nikolaevich. ¿Qué pasa contigo?

—Oh, querido —suspiró Nina, como si no deseara colgar—. No conozco a ningún Vadim, o Vadim Nikolaevich.

—Discúlpeme —dije, y colgué.

Esperé un momento antes de marcar de nuevo. Por supuesto, había sido un error inconsciente. Mis dedos no habían deseado llamar a Nina, así que marcaron un número incorrecto.

Revolví en el escritorio, en busca de un paquete de cigarrillos Cubanos. Tabaco fuerte, como el de los puros. Probablemente fabricados con recortes del mismo tabaco que estos.

¿Por qué debía molestarme llamando a Nina? ¿De qué tenía que hablar con ella? Absolutamente de nada. Simplemente quería saber si se encontraba en casa. Incluso si no estaba, nada cambiaría. Podría haber ido a lo de su madre. O al teatro; aunque no había ido allí en años.

Llamé a Nina.

—¿Nina?

—No, Vadim Nikolaevich —replicó ella—. Número equivocado de nuevo. ¿A qué número llamas?

—149-40-89.

—El mío es G1-32-35.

—Es completamente distinto. Lo siento, Nina.

—Está bien. De cualquier manera, no estoy ocupada.

—Intentaré que no suceda de nuevo. Las líneas están cruzadas en algún lado, así

que seguiré comunicando contigo. El sistema telefónico está cada vez peor.

—Ciertamente que sí —concordó Nina.

Colgué.

Decidí marcar el 100 para obtener la hora exacta. Quizás eso solucionara la confusión, cerrando algún circuito; luego podría hacer mi llamada.

—Diez horas, cero minutos... —anunció la operadora. Repentinamente se me ocurrió que si la voz de la operadora había sido grabada hacía ya mucho tiempo, digamos diez años, ella podía marcar el 100 cada vez que se encontrara en su casa, sola y aburrada; entonces podría escuchar su propia voz, la voz de su juventud. Y quizá ya hubiera muerto. Entonces su hijo o algún ser amado podía marcar el 100 y escuchar su voz.

Llamé a Nina.

—Hola. —La voz de Nina sonaba terriblemente joven—. ¿Eres tú de nuevo, Vadim Nikolaevich?

—Sí —respondí—. Nuestras líneas parecen cruzadas permanentemente. Por favor, no te enfades. No creas que estoy gastándote una broma. Marqué lo más cuidadosamente que pude.

—Por supuesto, por supuesto —contestó Nina—. Ni siquiera se me había ocurrido. ¿Estás muy apurado, Vadim Nikolaevich?

—No.

—¿Es importante tu llamada a Nina?

—No, sólo quería saber si estaba en su casa.

—¿La echas de menos?

—Bueno...

—Entiendo. Estás celoso.

—Eres una niña insolente —le dije—. ¿Qué edad tienes, Nina?

—Trece. ¿Y tú?

—Más de cuarenta. Hay una pared de ladrillos entre los dos.

—Y cada ladrillo es un mes, ¿verdad?

—Incluso cada día puede ser un ladrillo.

—Es verdad —suspiró Nina—. Entonces es una pared espantosamente ancha. ¿En qué estás pensando?

—Es difícil de decir. Por el momento, nada. Solamente estoy hablando contigo.

—Si tú tuvieras trece años, o incluso quince, podríamos conocernos —dijo ella—. Sería muy divertido. Yo te diría: «Reúnete conmigo mañana por la tarde en el monumento a Pushkin. Estaré allí a las siete en punto». Pero no nos reconoceríamos. A propósito, ¿dónde te encuentras generalmente con Nina?

—Depende.

—¿En el monumento a Pushkin?

—No exactamente. Algunas veces en el Rusia.

—¿Dónde?

—En el cinematógrafo; el Rusia.

—No lo conozco.

—Seguro que sí. En la Plaza Pushkin.

—Todavía no sé de qué estás hablando. Debes estar bromeando. Conozco muy bien la Plaza Pushkin.

—Bueno, no importa.

—¿Por qué?

—Eso fue hace ya mucho tiempo.

—¿Cuándo?

Ella no quería cortar la comunicación. Por alguna razón parecía querer continuar hablando.

—¿Estás sola en casa? —pregunté.

—Sí. Mamá está en el turno de la noche. Es enfermera del Hospital Militar. Estará de guardia toda la noche. Podría haber venido a casa hoy, pero olvidó su pase aquí.

—Muy bien, entonces vete a dormir. Mañana deberás ir a la escuela.

—Me estás hablando como si fuera una chiquilla.

—Vamos; te estoy hablando como lo haría con cualquier adulto.

—Gracias. ¿Por qué no tratas tú de dormir a las siete de la tarde? Buenas noches, señor. Y deja de llamar a tu Nina, o te comunicarás de nuevo conmigo. Y despertarás a esta pobre niña.

Colgué. Luego encendí la televisión, donde me enteré de que el Lunakhod había explorado 337 metros de la superficie de la Luna durante las pasadas 24 horas. El vehículo de exploración se encontraba en plena tarea, mientras yo estaba holgazaneando. Después de perder el tiempo durante una hora completa, decidí hacer una última tentativa de comunicarme con Nina. Si aparecía de nuevo la niña, colgaría inmediatamente.

—Sabía que llamarías de nuevo —dijo Nina, tan pronto como cogió el teléfono—. Pero no cuelgues. Estoy aburridísima y no tengo nada que hacer. Es demasiado temprano para acostarse.

—Muy bien —dije—, charlemos. ¿Cómo es que estás levantada tan tarde?

—¡Pero si son sólo las ocho!

—Tu reloj está atrasado. Son más de las once.

Nina rio. Una risa dulce, deliciosa.

—Estás tan ansioso de librarte de mí; es horrible. Es octubre, por eso oscurece tan temprano.

—¿Es tu turno de bromear, ahora?

—No estoy bromeando. Tu reloj adelanta, igual que tu calendario.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Que ahora, probablemente, me dirás que estamos en febrero.

—Te equivocas de nuevo. Estamos en diciembre —contesté. Como si dudara de mi memoria, eché una mirada al periódico que estaba junto a mí en el sofá. Debajo de los titulares aparecía la fecha: 23 de diciembre.

Permanecimos ambos en silencio durante algunos instantes, esperando por mi parte que ella se despidiera. Pero repentinamente dijo:

—¿Has cenado ya?

—No lo recuerdo —contesté sinceramente.

—Bueno, supongo que no tienes hambre.

—No, no tengo.

—Pues yo sí.

—¿Quieres decir que no tienes nada de comer en la cocina?

—¡Absolutamente nada! —contestó Nina—. ¿No es gracioso?

—De verdad que no sé cómo podría ayudarte —le dije—. ¿No tienes dinero?

—Muy poco. Además, los comercios ya están cerrados. Y después de todo, ¿qué podría comprar?

—Es verdad, todo está cerrado ya. Si quieres, echaré una mirada a mi refrigerador, a ver qué es lo que encuentro.

—¿Tienes un refrigerador?

—Uno viejo. Un Northerner. ¿Conoces la marca?

—No, no la conozco. Supón que encuentras algo; ¿qué harías entonces?

—Bueno, cogería un taxi y lo llevaría a tu casa. Puedes esperarme abajo, en la entrada.

—¿Vives lejos de aquí? Yo estoy en la calle Sivtsev Vrazhek, número 1525.

—Y yo en Mosfilmovskaia. Cerca de las Colinas de Lenin. Detrás de la Universidad.

—Tampoco conozco donde queda ese lugar. No importa. Ha sido un hermoso gesto, y te lo agradezco. ¿Qué es lo que tienes en tu refrigerador? Sólo lo pregunto por curiosidad. No lo tomes en serio.

—Hmmm, según recuerdo... Espera, no cuelgues; llevaré el teléfono a la cocina y miraré.

Me dirigí a la cocina con el cable serpenteando tras de mí.

—Muy bien —dije—, abriremos el congelador.

—¿Quieres decir que de veras puedes llevar el teléfono contigo? Nunca había oído algo así.

—Por supuesto que puedo. ¿Dónde está tu teléfono?

—En el vestíbulo, en la pared. ¿Qué hay en tu refrigerador?

—Hmm... ¿qué hay en este paquete? Huevos. Nada especial.

—¿Huevos?

—Ajá. Huevos comunes de gallina. ¿Quieres que lleve un pollo? Ah, no. Lo siento, pero es francés y está congelado. Morirías de hambre antes de haberlo cocinado. Y tu madre estará a punto de volver del trabajo. Salchichas es una idea mejor. Ah; aquí hay algo. Encontré algunas sardinas de Marruecos. Una lata de sesenta kopeks. Y medio frasco de mayonesa para acompañarlas. ¿Me oyes?

—Sí —dijo Nina, muy suavemente—. ¿Por qué me atormentas así? Al principio me hizo gracia, pero ahora me siento muy triste.

—¿Qué sucede? ¿Estás realmente tan hambrienta?

—No, pero sabes bien cómo es eso.

—¿Qué es lo que se supone que debo saber?

—Tú sabes... —dijo Nina. Hizo una pausa y luego añadió—: ¡Olvídalo! Dime, ¿tienes algo de caviar rojo?

—No, pero tengo filete de halibut.

—¡Basta! Es suficiente —interrumpió Nina firmemente—. Hablemos de alguna otra cosa. Ya comprendí.

—¿Qué es lo que comprendiste?

—Que tú también estás hambriento. Dime, ¿qué puedes ver desde tu ventana?

—¿Desde la ventana? Edificios, una fábrica. Son las once y treinta, y el turno de las obreras ha terminado y están saliendo del edificio. También puedo ver Mosfilm. Y el cuartel de bomberos. Y las vías del ferrocarril. También veo un tren que se acerca en este momento.

—¿Quieres decir que puedes ver todo eso?

—Bueno, el tren está bastante lejos, pero puedo ver una hilera de luces: las ventanillas.

—¡Ahora estás mintiendo!

—Esa no es manera de hablar a los adultos —le reproché—. Puedo cometer un error, pero nunca miento. Por lo tanto, ¿en qué me he equivocado?

—Dijiste que veías un tren. Eso es imposible.

—¿Qué estás diciendo? No es invisible, ¿no?

—No, no lo es, pero las ventanillas no pueden estar iluminadas. En realidad tú ni siquiera puedes estar mirando a través de la ventana.

—¿Qué quieres decir? Estoy de pie justo frente a ella.

—¿Y tu cocina está iluminada?

—¡Naturalmente! Si no ¿cómo iba a estar hurgando en el refrigerador? La lámpara del congelador está fundida.

—¡Ajá! Esta es la tercera vez que te atrapo.

—Nina, dime, ¿en qué me has atrapado?

—Si quieres mirar a través de la ventana, tienes que abrir las cortinas de

oscurecimiento. Y si abres las cortinas de oscurecimiento, debes apagar la luz, ¿verdad?

—No. ¿Para qué necesitaría las cortinas de oscurecimiento? ¿Hay alguna guerra?

—¡Oh, Dios! ¿Cómo puedes mentir así? Entonces piensas que estamos en tiempo de paz, ¿no es cierto?

—Bueno, sé que hay guerras en Vietnam y en el Cercano Oriente... pero no estoy interesado en ellas.

—Tampoco yo. Espera; ¿eres un veterano incapacitado?

—Afortunadamente, estoy de una pieza.

—¿Estás exento?

—¿Exento?

—Entonces, ¿por qué no estás en el frente?

Sólo entonces, por primera vez, comencé a notar algo extraño. Ella parecía estar tomándome el pelo; sin embargo, su voz parecía tan sincera y seria que casi me asustó.

—Nina, ¿en qué frente debería estar?

—¿En qué frente? En el que están todos. Donde está mi padre. Combatiendo a los alemanes. No estoy bromeando; hablo completamente en serio. Tienes una manera muy extraña de llevar la conversación. Quizás no estabas mintiendo acerca de los pollos y los huevos.

—Y no lo estaba —dije—. No hay ningún frente. ¿Quizás debería dejarme caer por ahí para verte?

—¡De verdad que no estoy bromeando! —su voz fue casi un grito—. ¡Basta! Al principio era interesante, y me resultó muy divertido, pero ahora no me siento bien. Hablas como si no estuvieras fingiendo, sino diciendo la verdad.

—Palabra de honor de que estoy diciendo la verdad.

—Ahora estoy espantada. Nuestra estufa está casi apagada. Casi no queda leña. Y está oscuro. Sólo tenemos una lámpara de aceite. Hoy no hay electricidad. Y no me gusta estar sola aquí. Me he envuelto en todas la ropa de abrigo que tengo.

Luego repitió en un tono agudo y airado:

—¿Por qué no estás en el frente?

—¿En qué frente? —insistí. Estaba llevando la broma demasiado lejos—. ¿Cómo puede haber un frente en 1972?

—¿Estás tomándome el pelo?

Su voz había cambiado nuevamente. ¡Ahora sonaba insegura, y tan joven que daba pena! Una escena ya olvidada se desarrolló ante mis ojos. Algo que me había sucedido largo tiempo atrás, hacía ya treinta años o más, cuando sólo tenía doce años. Hay una pequeña estufa de leña en la habitación. Yo me encuentro sentado en el sofá, con las piernas cruzadas. Una vela ilumina el cuarto; ¿o es una lámpara de

queroseno? Un pollo me parece una cosa irreal; un ave fantástica que se come sólo en las novelas.

—¿Por qué estás tan callado? —preguntó Nina—. Sería mejor si hablaras.

—¿Nina, en qué año estamos?

—1942.

Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar en sus respectivos lugares. Ella no conocía el cine Rusia. Y su número telefónico sólo tenía seis dígitos. Y el oscurecimiento...

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

Lo creía de veras. ¿Quizás su voz me estaba confundiendo? Tal vez se trataba de una mujer de cuarenta años que había enfermado durante su juventud y creía vivir aún en el año 1942, durante la guerra.

—Escucha —le dije con calma—, no cuelgues. Hoy es el día 23 de diciembre de 1972. La guerra terminó hace 26 años ya. ¿Sabes eso?

—No —contestó Nina.

—Seguro que sí lo sabes. Son las doce de la noche ahora... Bueno, ¿cómo puedo explicarte?

—Muy bien —dijo Nina humildemente—, yo también comprendo que no me traerás pollo. Debería haber pensado que no había pollos franceses por aquí.

—¿Por qué no?

—Porque los alemanes están en Francia.

—No ha habido alemanes en Francia desde hace ya mucho tiempo. Excepto turistas, por supuesto. Pero también tenemos turistas alemanes aquí.

—¿Qué estás diciendo? ¿Quién los dejó entrar?

—¿Y por qué iban a impedirselo?

—Ni siquiera te atrevas a permitir que esos pensamientos entren a tu mente, que los Fritz nos van a vencer. Probablemente tú mismo seas un saboteador, o un espía.

—No, trabajo para el C.A.M. Consejo de Ayuda Mutua. Negocio con los húngaros.

—Ahí estás, ¡mintiendo de nuevo! Los fascistas ocupan Hungría.

—Los húngaros expulsaron a sus propios fascistas hace ya mucho tiempo. Hungría es una República Socialista.

—Oh, querido. Temía que fueras un saboteador. De cualquier forma, estás inventando todas estas historias. No, no discutas conmigo. Sólo sigue contándome cómo sucederán las cosas. Sueña todo lo que quieras, mientras sea agradable. Por favor. Y discúlpame por haber sido tan descortés contigo. Simplemente, no te había entendido.

Así que dejé de discutir con ella. Pero ¿cómo podía explicárselo? Me recordé a mí

mismo, sentado en el sofá, en aquel mismo año de 1942. ¡Cómo anhelaba conocer el momento en que nuestras tropas invadieran Berlín y ahorcaran a Hitler! Y, por supuesto, saber dónde había extraviado mi tarjeta de racionamiento del mes de octubre. Así que le dije:

—Derrotaremos a los fascistas el 9 de mayo de 1945.

—¡Imposible! Es demasiado tiempo para esperar.

—Escucha Nina, y no me interrumpas. Yo sé más que tú acerca de todo esto. Tomaremos Berlín el día dos de marzo. Incluso se creará una nueva condecoración: «Por la captura de Berlín». Hitler se suicidará envenenándose. Eva Braun le proporcionará el veneno. Luego las SS llevarán su cuerpo al patio de la Cancillería Imperial, lo empaparán con gasolina y lo incinerarán.

Era realmente a mí mismo, y no a Nina, a quien le relataba todo esto. Cuando ella no me creía, o no me entendía, repetía todos los hechos cuidadosamente; pero casi pierdo su confianza nuevamente cuando predije la muerte de Stalin. Sin embargo, cuando le hablé acerca de Yuri Gagarin, volvió a creerme. Incluso rio cuando le vaticiné que las mujeres usarían pantalones acampanados y minifaldas. Recordé la fecha en que nuestras tropas cruzarían la frontera prusiana. Entonces perdí todo sentido de la realidad. Dos niños, Nina y Vadim, estaban sentados frente a mí en un sofá, escuchándome. Ambos desesperadamente hambrientos. Vadim se sentía peor que Nina, pues había perdido su tarjeta de racionamiento y ahora él y su madre deberían subsistir hasta fin de mes con una sola tarjeta simple, la tarjeta de un trabajador. Vadim la había dejado caer en algún lugar del patio, y hasta después de quince años no pudo recordar cómo había sucedido, sintiéndose trastornado nuevamente ante la idea de que podría haber hallado la tarjeta. Por supuesto, había caído dentro del sótano al lanzar su chaqueta contra el enrejado cuando iba a atrapar una pelota de fútbol.

Más tarde, cuando Nina se había aburrido ya de escuchar lo que ella consideraba un hermoso cuento, le pregunté:

—¿Conoces la calle Petrovka?

—Claro. ¿Le cambiarán el nombre?

—No, así que escucha.

Le expliqué con todo detalle cómo cruzar la bóveda que conducía al patio, y dónde encontrar el sótano cubierto por una reja. Y, si como ella insistía, estaba a mediados de 1942, era muy probable que mi tarjeta de racionamiento se encontrara allí.

—¡Espantoso! —dijo Nina—. No podría soportarlo si me hubiera ocurrido a mí. Debes buscarla inmediatamente. ¡Debes hacerlo!

Ella se había metido también en el juego, y de alguna forma, la realidad se desvaneció; ni ella ni yo podíamos comprender enteramente en qué año estábamos

viviendo. Nos encontrábamos fuera del tiempo, pero muy cerca de su 1942.

—Yo no puedo encontrar la tarjeta —le dije—. Han pasado demasiados años. El sótano debe estar abierto; si es necesario di que fuiste tú quien la perdiste.

En ese momento se cortó la comunicación.

Nina se había ido; pude oír el ruido de la estática. Luego una voz de mujer que decía:

—¿Es el número 143-18-15? Tenemos una llamada para usted desde Ordzhonikidze.

—No es aquí —contesté.

—Lo siento. —La voz de la mujer era indiferente.

Escuché luego una serie de cortos zumbidos.

Marqué nuevamente el número de Nina. Debía disculparme con ella, reír con ella otra vez, aunque la idea resultara bastante tonta.

—Hola... —dijo la voz de Nina. La otra Nina.

—¿Nina? —pregunté.

—¿Eres tú, Vadim? ¿Por qué no estás durmiendo?

—Lo siento —contesté—. Estoy tratando de hablar con otra Nina.

—¿Cómo?

Colgué, y llamé de nuevo.

—¿Estás loco? —preguntó Nina—. ¿Has estado bebiendo?

—Lo siento —contesté, y colgué otra vez. Era inútil volver a intentarlo. La llamada de Ordzhonikidze había despejado las líneas. Me pregunté cuál era el número real de Nina. Arbat 3... no. Arbat 1-32-30... No, 40...

La Nina mayor me telefoneó ella misma:

—He estado en casa toda la tarde —dijo—. Pensaba que llamarías para explicarme por qué te comportaste tan extrañamente ayer. Obviamente, has perdido la cabeza.

—Probablemente —accedí. No tenía ningún interés en explicarle nada acerca de mis largas conversaciones con la otra Nina.

—¿Qué sucede? ¿Quién es esa otra Nina? —preguntó—. ¿Un personaje de una novela? ¿Estás dejándome ver que quieres que sea algo más?

—Buenas noches Ninoshka —le interrumpí—, te explicaré todo mañana.

El aspecto más interesante de este insólito episodio, fue su epílogo, más extraño aún, si se quiere.

Al día siguiente de mis charlas con Nina visité a mi madre. Le hablé de limpiar el desván; se lo había estado prometiendo durante tres años, y al fin me había decidido a hacerlo. Sabía que mi madre nunca tira nada (¿quién sabe lo que se puede necesitar mañana?). Cerca de una hora y media me afané entre viejas revistas, libros de texto y cosas similares. Finalmente encontré una guía de teléfonos del año 1950. Rebosaba

de notas y marcadores de papel; sus bordes estaban raídos y manchados. La conocía tan bien que me pregunté cómo podía haberme olvidado de ella. Si no hubiese sido por mis charlas con Nina, nunca la hubiera recordado. Me sentí un poco avergonzado, como se siente uno respecto a un traje demasiado usado, al donarlo a un ropavejero.

Conocía los cuatro primeros términos: G-1-32. Sabía también que el teléfono, si ninguno de los dos había estado fingiendo, y Nina no había querido tomarme el pelo, estaba registrado en la dirección Sivtsev Vrazhek N° 1525. No cabía ninguna posibilidad de localizar el teléfono. Sin embargo, arrastré el taburete del baño, y me senté en el vestíbulo con la guía. Mamá, quien no tenía la más vaga noción de lo que estaba haciendo, sólo sonreía al pasar frente a mí, diciendo:

—Siempre lo mismo contigo, Vadim. Empiezas a ordenar los libros y a los diez minutos los estás leyendo. Y ese es el fin de la limpieza.

Ni siquiera había notado que lo que estaba leyendo era la guía telefónica.

Al fin encontré el número. En 1950 tenía la misma dirección que en 1942. Estaba registrado a nombre de Frolova, K. G.

En realidad, todo el asunto parecía ridículo. Estaba buscando algo que no podía existir. Pero aun así, acudí a la calle Sivtsev Vrazhek.

Los nuevos dueños no conocían el paradero de la Frolova, pero tuve más suerte en la oficina del encargado del edificio. Una empleada entrada en años las recordaba, y con su ayuda obtuve la información necesaria, procedente del archivo de direcciones.

Ya había oscurecido. Una fuerte ventisca se arremolinaba entre los artesonados idénticos del nuevo barrio. Un corriente mercado de dos plantas vendía pollos franceses congelados en envases transparentes. Estuve tentado de comprar uno para llevárselo a Nina, tal como se lo había prometido, aun habiéndome atrasado treinta años. Suerte que no seguí mi impulso, pues la casa estaba vacía. A juzgar por el eco que despertaba el timbre, parecía que el apartamento estuviera desocupado y sus habitantes se hubieran mudado.

Estaba a punto de volverme cuando se me ocurrió llamar a la puerta de un vecino.

—Discúlpeme, por favor. ¿Sabe usted si Nina Sergeevna Frolova vive aún en el apartamento de al lado?

—Se marcharon. —Me informó indiferentemente un adolescente en camiseta, sosteniendo en su mano un soldador humeante.

—¿No sabe dónde?

—Al Norte. Hace un mes. No volverán hasta la primavera. Se fueron los dos: Nina Sergeevna y su esposo.

Me disculpé por molestarlo y me dispuse a bajar las escaleras para volver. Mientras tanto pensé para mis adentros que era perfectamente posible que existieran más de una N. S. Frolova, nacidas en 1930, y que vivieran actualmente en Moscú.

Antes de tener tiempo de alejarme, la puerta volvió a abrirse a mis espaldas:

—Espere un momento —me llamó el mismo muchacho de antes—, mi madre desea decirle algo.

Su madre apareció en el umbral, ciñéndose la bata al cuerpo.

—¿Qué relación tiene con ella?

—Sólo soy un amigo —le contesté.

—¿No será Vadim Nikolaevich?

—Así es; soy Vadim Nikolaevich.

—¡Vaya! —la mujer se sentía encantada—. Y casi lo dejo marchar. Ella nunca me lo hubiera perdonado. Estas fueron las palabras exactas de Nina: «no te lo perdonaré». Dejó una nota sujeta a la puerta, pero probablemente los niños la arrancaron. Ella decía que usted vendría en diciembre. Y también decía que ella trataría de volver para esa fecha, pero fue hace tanto tiempo...

La mujer permanecía en el umbral, mirándome como si ahora yo debiera revelar algún secreto, confesar algún infortunado desencuentro amoroso. No cabía duda de que previamente habría tratado de sonsacárselo a Nina con su: ¿Qué relación tienes con él? A lo que Nina habría contestado: Sólo es un amigo.

La mujer hizo una pausa, después de la cual extrajo una carta del bolsillo de su bata.

Querido Vadim Nikolaevich:

Sé, por supuesto, que no vendrás. Cómo puedo creer en sueños infantiles que yo misma considero imposibles. Sin embargo, tu tarjeta de racionamiento estaba en el sótano...

El ciervo rojo, el ciervo blanco

Lunin desembarcó para acampar durante la noche. Había encontrado un buen lugar, una ribera alta sombreada por añosos árboles. Debajo del acantilado se extendía una vasta playa arenosa; a lo largo del borde del agua, la arena era firme, pero más próxima al risco, donde el sol la había entibiado, era suave y crujiente. Varios troncos de árboles que habían caído desde lo alto yacían diseminados por la playa. El río erosionaba lentamente el alto acantilado. Lunin ató la lancha a un retorcido tocón, cuyas raíces se habían extendido dentro del agua, y el bote cabeceó mansamente, movido por una ola superficial.

Decidió instalar su tienda sobre el acantilado (por la forma en que el viento inclinaba las copas de los árboles comprendió que allí no lo molestarían los mosquitos), y colgándola sobre sus espaldas, comenzó la ascensión. El acantilado se había formado sobre la base de un tipo de arenisca porosa y una arena cuarcífera muy compacta, aunque traicioneramente inestable. Lunin comenzó a trepar afirmándose en las raíces y arbustos espinosos como soportes, pero pronto descubrió que se rompían y desprendían con tan asombrosa facilidad que varias veces debió estrecharse fuertemente contra el farallón a fin de evitar una posible caída.

Lunin podía haber permanecido en la playa y pasar la noche en el bote, pero intentaba transcurrir una tranquila velada de descanso en tierra, una tarde de ociosa contemplación, con la idea de clasificar mentalmente los trofeos del día. Éstos últimos habían quedado en la lancha, pero él los conocía de memoria. Sin embargo, más importante que los trofeos en sí mismos era la confirmación que podían aportar a ciertas ideas que se había formado, demasiado nebulosas aún para llamarlas teorías.

Un viento fresco soplaba con creciente intensidad sobre las aguas del río, quietas como la superficie de un espejo, alejando a los mosquitos. La costa más lejana había sido ya devorada por las tinieblas. Después de haber levantado la tienda, y tomar un breve refrigerio, Lunin se sentó con la espalda apoyada contra un nudoso tronco, y dejó colgando sus piernas por sobre el borde del farallón.

En alguna parte, en la distancia, los pájaros se llamaban mutuamente; una rama chasqueó. Lunin oía los sonidos del bosque, pero estos no lo preocupaban; sabía que, de ser necesario, podía alcanzar la tienda con un simple salto y conectar el campo de fuerza. Se inclinó hacia adelante y observó la lancha, comprobando que estaba segura. Desde allí arriba, el bote parecía tan diminuto como un pequeño escarabajo arrojado a la costa por una ola. La soledad que lo perseguía constantemente, como una enfermedad, estaba a punto de invadirlo nuevamente. Era un extraño en territorio extranjero, al igual que los otros geólogos a 1500 kilómetros de distancia de allí, sentados frente a sus tiendas y escuchando los sonidos del bosque o la llanura; como el botánico, pasando la noche solo en alguna parte.

Lunin levantó la mirada, le pareció sentir la Estación volando directamente por encima de su cabeza en ese preciso instante. La Estación semejaba una diminuta y brillante estrella, no más visible que una mota de luz en el cielo. Introduciendo su cabeza en la tienda, podía llamar a la Estación, y solicitar, por ejemplo, el pronóstico del tiempo para el día siguiente. Ellos le darían el informe, y le desearían buenas noches. El operador de Control estaría aburridísimo; apenas si podría esperar su turno para descender. Era también un geólogo, o un geofísico, y tenía la ilusión de que nunca habría tiempo para sentirse solo en un planeta tan opulento e interesante. Quizás el operador estuviera en lo cierto y él, Lunin, constituyera una excepción. Este planeta podía haber sido diferente. Muy diferente. Quizás la razón de que a Lunin lo atormentara hasta tal punto la soledad, era que él había llegado a conocer el terrible secreto del planeta.

Lunin, el único paleontólogo de la Estación, había trabajado inicialmente junto con uno de los equipos de geólogos, para abandonarlos más tarde. Se encontraba aún en las exploraciones preliminares, y sólo le era factible calcular estimativamente lo que podía obtener, pero nada más. Quedaría para otros la tarea de llevar a cabo investigaciones sistemáticas y efectuar cualesquiera descubrimientos que esperasen allí. Su especialidad eran las conjeturas y las oportunidades, y uno de esos hallazgos se había concretado ayer. Y luego un segundo descubrimiento esta mañana, cuando había hallado un nuevo emplazamiento. No parecía ser más antiguo que el de ayer...

Se oyó un extraño gruñido proveniente de la maleza. Sólo podía tener un significado: una señal de ataque.

Mientras corría hacia la tienda, Lunin pensó en lo providencial que era que los ploogs nunca atacaran en silencio. Uno podía disponer del lujo de evaluar la situación durante un largo segundo. Pero ni una fracción más.

No logró llegar a la tienda a tiempo. Los ploogs se precipitaron sobre él desde detrás de los árboles e incluso descolgándose de las ramas. En el preciso instante en que se tambaleaba bajo el peso de sus cálidas pieles, consiguió aferrar la perilla del campo de fuerza, activándolo. El campo apresó sus piernas contra el suelo, mientras él trataba de encogerlas para introducirlas dentro de su radio de acción. No resultó fácil; uno de los ploogs había enganchado sus garras en la bota de Lunin, y tiraba hacia sí. Mientras tanto, los otros —tres o cuatro— golpeaban ferozmente la pared invisible que los separaba de su presa.

Los enormes ojos desproporcionados de los ploogs, brillantes en la oscuridad, prestaban una cualidad engañosa a su fiera expresión; no parecían concordar con sus colmillos desnudos y con los surcos que fruncían la piel rala de sus chatas y aplanadas frentes. Sus ojos, en cambio, mostraban una expresión sorprendida, confusa, incluso dolorida. Sin embargo, los ploogs carecían completamente de compasión. Eran invencibles, depredadores insaciables, amos indiscutidos del mundo

nocturno. El tamaño y la forma de sus ojos eran una necesidad, el rasgo que les permitía ver en la oscuridad casi total.

La bota de Lunin quedó al final apresada entre las garras del ploog, aunque la presa demostró ser poco apetitosa. En ese instante, otro ploog, de tamaño bastante mayor que el resto sufrió un ataque de celos ante el botín. Así que la bestia se olvidó de Lunin, aunque este sabía que de todos modos los ploogs volverían pronto. De momento se encontraban demasiado ocupados destrozando su bota.

Lunin se acercó a la entrada de la tienda, y tanteó a sus espaldas en busca de la cámara cinematográfica. El rayo de luz proyectado por la cámara reveló sólo una enorme masa negra agitándose y meciéndose como un gigantesco enjambre de abejas; los ploogs se hallaban entrelazados en combate general. Repentinamente, desde detrás de un árbol surgió un enorme macho adulto. Caminando sobre sus patas traseras, con firmes y confiados pasos, ignoró la vulgar reyerta; le resultaba mucho más atractivo el premio mayor: la tienda con el hombre dentro.

El ploog ignoró la luz de la cámara; sus pupilas se contrajeron hasta el tamaño de la punta de un alfiler. Una sonrisa involuntaria revoloteó por la cara de Lunin mientras se movía sobre su pie descalzo, observando a la bestia a través del visor de la filmadora. Algunos días antes, cuando llegaron a la Estación las primeras fotografías de estos enormes primates, el doctor Leontiev, del Cosmos, había comentado, con su cara más impávida, que «Allí estaba Gustav Ploog». Todo el mundo conocía a G. Ploog, jefe del Departamento de Física del «Tierra-14». Tenía un genio verdaderamente angelical, aunque con la apariencia más amenazante; se parecía a un gorila. Y con lentes. De esta forma, Pavlysh había agregado un par de anteojos a la fotografía, y los antropoides fueron bautizados ploogs.

—Bueno, hola doctor Ploog —saludó Lunin, aproximándose lentamente a la bestia—. Así que piensas que soy una presa fácil, ¿eh? Bueno compañero, pronto cambiarás de idea.

Por un instante, Lunin temió que el campo de fuerza pudiera haberse interrumpido, por lo que sacó su pie descalzo de debajo de su cuerpo y lo estiró hacia adelante. El pie golpeó contra la barrera. Iba a ser desagradable andar descalzo mucho tiempo por allí, así que mañana mismo, decidió, volaría a la Estación.

El jefe del rebaño de ploogs había extendido sus garras sobre la invisible pared, y apretaba su nariz contra ella. Frustrado, se apartó en un ataque de ira. La vista del hombre había disparado el mecanismo de ciertos recuerdos en la bestia, recuerdos que eran asimismo responsables de que hubiera muerto la primitiva curiosidad de Lunin hacia los ploogs. Hoy había encontrado algo que confirmó sus bien fundadas sospechas: los emplazamientos.

Hasta ahora había recorrido sólo dos de ellos. El primero, el día anterior, había sido hallado en un talud, donde varias cuevas poco profundas se enfrentaban con una

pradera cubierta de hierba. Lunin había detectado rastros de hollín en una de las cuevas pequeñas; y debajo de las deyecciones de murciélagos, en el suelo de la caverna, encontró restos de comida: huesos rotos, cenizas y fragmentos de pedernal. Cerca de hora y media más tarde, cuando ya había recobrado su serenidad, y tomado un descanso de su tarea con las cámaras y los fijadores, Lunin llamó a la Estación e informó de su descubrimiento. Su voz sonaba tan tranquila y normal que el operador de Control de turno no llegó a comprender las implicaciones del mensaje.

—Estoy registrando las coordenadas —contestó con indiferencia el control, tal y como lo hacía repetidas veces al día con los distintos grupos que informaban—. Emplazamiento paleolítico... análisis preliminares de restos de comida... ochocientos a novecientos años, con un error de más o menos cinco... ¡Eh, un momento! ¿Qué clase de restos de comida?

—Huesos —contestó Lunin—, cenizas.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Ya ha registrado el mensaje? Vuelvo al trabajo.

Lunin cortó la comunicación. Podía imaginarse perfectamente la excitación que se apoderaría rápidamente de la Estación y arrancararía a los físicos, astrónomos y zoólogos de sus actuales labores. La noticia se esparciría rápidamente hacia el planeta, donde llegaría a los equipos de trabajo: «¿Se han enterado del hallazgo de Lunin?».

Nada sucedió durante los siguientes cinco minutos, pero Lunin no se sintió decepcionado por el silencio. Se sentó en un enorme canto rodado y esperó el contragolpe.

—Lunin —llegó una voz a través del transmisor—, ¿puede oírme?

Era Vologdin, jefe de la expedición.

—Lo capto —contestó Lunin, mordisqueando una brizna de hierba.

—¿Está seguro de no haber cometido un error?

Lunin hizo caso omiso de la insinuación.

—¿Por qué no contesta?

—Ya tiene mi informe.

—Pero ¿está completamente seguro?

—Completamente seguro.

—¿Debo enviar un equipo abajo?

—Por el momento no. No ha sucedido nada especial.

—Muy bien.

Lunin podía imaginarse al equipo de reserva de la Estación al completo de pie detrás del Jefe escuchando la conversación.

—Escuche, Vologdin —dijo—. Encontré un emplazamiento paleolítico, es cierto. Pero aún no sé quiénes lo habitaban. Parece reciente, así que si hay vida inteligente

en este planeta, aún estará en la edad de piedra. De otra manera, los hubiéramos localizado hace ya mucho tiempo.

—¿Cómo es que nadie encontró ninguna evidencia antes?

—Mire, ¿cuánto sabemos acerca de este planeta? Sólo hace dos meses que estamos trabajando aquí; y además somos nada más que un puñado.

—Pero hemos filmado cada centímetro cuadrado del planeta, y cualquier rastro...

—Probablemente vivan en el bosque.

—¿Pueden ser los ploogs?

—No cuente con ello. Li le dará todas las conclusiones sobre ellos. Estuvo siguiendo a sus rebaños durante dos semanas. Son unas bestias atroces, escasamente más organizadas que los gorilas pero diez veces más fuertes y malignas que ellos. Se las arreglan muy bien sin el fuego.

—¿Puede manejar todo bien?

—Seguro. Puede mandar una cápsula. Pondré la película en ella, así pueden echar un vistazo ustedes mismos. Pero no les prometo nada sensacional.

—La mandaremos inmediatamente. Creo que está subestimando el significado de su descubrimiento.

—Ni siquiera lo llamaría descubrimiento. Di con el lugar por casualidad. De cualquier manera, seguiré bajando por el río. Quizás encuentre algo más.

Exactamente veinte minutos más tarde, llegó la cápsula en busca del film; para entonces, Lunin se encontraba almorzando en el bote. La cápsula contenía una nota de Li, una nota personal.

«Terminaré mi trabajo sobre el tema actual pasado mañana. Podré reunirme contigo entonces». Lunin no se molestó en contestar. Si Li podía, vendría de todos modos.

La Estación estableció contacto con él diez veces aquel día. A juzgar por la excitación, parecía como si hubiera descubierto una ciudad entera en lugar de unos simples restos paleolíticos.

Y así pasó el día. Después, por la mañana había descubierto el segundo emplazamiento. Quizás había pasado previamente por alto algunos rastros de la etapa paleolítica por no haber contado con ella. Había estado buscando un asentamiento de tipo Cenozoico, y había tropezado con uno de la era Triásica. Hasta el momento sus ojos no habían tratado de localizar rastros humanos, pero ahora, como dos radares, comenzaron a escudriñar los alrededores. ¿Era aquella una astilla de una pieza de pedernal? Y aquella mancha oscura en el acantilado, ¿podía ser la entrada de una cueva?

El yacimiento resultó ser pequeño, y los restos, escasos. Entonces, en un pozo lleno a medias con arena, encontró el primer cráneo. Y los restos de un esqueleto. El cráneo debió ser armado como un rompecabezas; había sido reducido a pequeños

trozos por los poderosos dientes de algún animal de presa. O, quizás, por algún pariente. El emplazamiento había pertenecido, indudablemente, a un grupo de humanoides.

Recorriendo el lugar, Lunin halló varios otros huesos humanos. Había estado en lo cierto, los ocupantes del lugar no estaban relacionados en ninguna forma con los ploogs. De la mitad de tamaño que estos últimos, con huesos mucho más delicados, frentes más amplias y mandíbulas recesivas, estaban mucho más cerca de las criaturas inteligentes que de los antropoides. Por la disposición de los restos podía deducir que habían sido atacados, y sus enemigos no sólo los habían exterminado, sino también devorado.

Después de transcurridas varias horas recolectando y preservando sus trofeos con fijadores, y conversando con visitantes que llegaban apresuradamente en botes y chalupas de desembarco, Lunin comenzó a hilvanar pensamientos más avanzados. Para entonces estaba germinando en él cierta sospecha con respecto a los yacimientos, aunque no podía confirmarla aún. Por la zona rondaban varias clases de animales de presa, algunos similares a osos, y otros que parecían enormes lobos, pero, de acuerdo con los descubrimientos de Li, ninguna de aquellas especies parecía vivir en grupos. Era extremadamente dudoso que alguno de ellos pudiera haber matado a todos los ocupantes del emplazamiento (que eran más de diez). Y no sólo matarlos, sino literalmente reducirlos a fragmentos. Eso dejaba solamente a los ploogs.

Ahora, sentado en su tienda, con su pie descalzo y contemplando al rabioso ploog echar espuma por la boca, Lunin se sintió lleno de odio.

La naturaleza es cruel con la inteligencia. Esta surge repentinamente, rodeada de poderosos enemigos, mientras aún se encuentra falta de orientación y desconocedora de su fuerza potencial; se cierne permanentemente al borde de la extinción. Sus enemigos, tanto allí como en la Tierra, eran siempre más osados y estaban provistos de dientes más grandes y más agudos que los que muestran las mandíbulas de las criaturas inteligentes. Por esa razón hay que ser más listo que las bestias, esconderse de ellas, sobrevivir...

Como contrapartida, la inteligencia puede agudizarse al contar con el incentivo de aquellos poderosos enemigos.

El ploog continuaba luchando por obtener su botín. Ahora Lunin tenía la impresión que la fiera lo identificaba con los trogloditas, y lo contemplaba no sólo como a una presa, sino como a su peor enemigo: una criatura con quien no podía compartir la hegemonía del planeta.

Al jefe del rebaño se le unió pronto el resto de los ploogs, quienes habían acabado alegremente con su bota. Finalmente, cuando Lunin se hartó de sus velludos y rabiosos rostros, disparó en su dirección el enceguecedor rayo de su pistola. Para su

satisfacción se dispersaron inmediatamente.

Incapaz de conciliar el sueño rápidamente, se comunicó con Li, quien para entonces ya había terminado sus investigaciones sobre los rasguños hallados en los huesos humanos. Las huellas coincidían con los dientes de los ploogs, confirmando las sospechas de Lunin.

Cuando finalmente comenzó a sentirse somnoliento, comprendió que su situación en aquel planeta había cambiado. Ya no era sólo un científico investigador: ahora debía asumir el rol de protector de los débiles. Probablemente, habían quedado muy pocos humanoides vivos. Los ploogs habían demostrado ser más peligrosos de lo que los osos de las cavernas habían resultado para nuestros antepasados.

Al día siguiente, Lunin tuvo que volver a la Estación en busca de una nueva bota. No podía imaginarse a sí mismo llamando al Control, y diciendo «hazme el favor de mandarme una cápsula con una bota derecha, número 42, preferiblemente negra. Los ploogs se comieron la mía». Además, quería hablar con Li y el Jefe, y también solicitar una lancha de desembarco durante unas cuantas semanas, a fin de practicar un reconocimiento de la cuenca del río desde el nivel del suelo.

Tres semanas después, Lunin y Li habían explorado el cauce completo y regresado a la Estación para analizar el material obtenido. Trataban arduamente de refutar las conclusiones hacia las cuales los conducían sus últimos hallazgos.

Los ploogs habían llegado allí muy recientemente, tal vez hacia sólo unos 1400 años, procedentes quizás de algún otro continente donde los había en abundancia. Para ese tiempo, los humanoides del planeta sabían cómo tallar la piedra y encender fuego, pero no estaban preparados aún para combatir contra aquellos enormes antropoides organizados en furiosos rebaños; contra bestias que veían igualmente bien de día o de noche; contra enemigos cuyas pieles eran demasiado gruesas para ser penetradas por sus lanzas de punta de pedernal.

Uno detrás de otro, aquellos puñados de seres humanos, diseminados por los bosques, fueron cayendo víctimas de los salvajes ataques de los ploogs.

Los abandonados yacimientos asolados databan de hacía 1500, 1000 y 800 años.

Sobre la costa de un enorme lago poco profundo, entre unas proyecciones rocosas similares a dedos, Lunin encontró el emplazamiento de una de las últimas batallas, si no de la última, que había tenido lugar 500 años antes, con un margen de error de 10 años más o menos. Más de 80 personas habían perecido allí; también se veían huesos de ploogs diseminados por los alrededores. Evidentemente, la gente había aprendido a vivir en grupos... aunque fuera demasiado tarde. Lunin y sus colegas podían hacer un alto definitivo en su búsqueda. Ningún ser humano había sobrevivido en el planeta.

—Lástima que no llegáramos antes —se lamentó uno de los físicos—. Podríamos

haberlos cubierto con un campo de fuerza.

—¿Hace 500 años?

—¿Quién sabe? Quizás los últimos supervivientes estuvieron escondidos hasta el año pasado. En realidad no lo sabemos.

—Lo dudo —dijo Li.

—Supongo que tienes razón —concedió el físico—. Aún así, se siente lástima por ellos.

Al día siguiente Lunin descubrió un gran yacimiento cerca del acantilado. Negras concreciones se extendían desde la arenisca rosada hacia la costa, y las amonites se proyectaban desde el farallón como los curvos cuernos de un carnero de las montañas. Allí encontró una cueva, escenario de una batalla que había tenido lugar 800 años antes. Probablemente había sido un combate corto, y como todos los demás, durante la noche, cuando, atraídos por la luz del fuego, los ploogs se arremolinaron a su alrededor rugiendo por las inmediaciones de la cueva. Respirando pesadamente y rechazando los golpes de las lanzas, las bestias habían arrastrado el enorme canto rodado que bloqueaba la entrada de la cueva.

Lunin exploró cuidadosamente cada centímetro de la cueva en busca de signos de que hubiera estado habitada. Recogió un anzuelo tallado a partir de un hueso aguzado, y encontró una piedra ahuecada, dentro de la cual goteaba agua desde el techo de la cueva. Una segunda entrada de la caverna, más alejada, tenía la anchura suficiente para que el sol iluminara el suelo llano de arena y las paredes lisas de roca. Una piedra rústicamente tallada yacía junto a una de las paredes. Y sobre ella había dibujos. Los primeros dibujos encontrados en el planeta. Lunin contuvo la respiración, temeroso de que su respiración fuera a hacer que las pinturas se desvanecieran y desmoronaran.

Alguien había elegido esa pared para expresar su asombro por el mundo, para capturar el movimiento y echar un sortilegio sobre él con su mágico poder, el poder que emanaba de la coherencia de su mundo y su creciente poderío. Había dibujado un oso, encorvado; con rayas verticales debajo de su panza, representando el pelo largo. Cerca del oso, se veían pequeñas y cómicas figuritas humanas, dibujadas como palillos, corriendo alrededor de la bestia. Pudo interpretar también el dibujo de un bote, que brillaba al sol. Arenisca y yeso sugerían el uso del color por el desconocido artista; el sol era rojo, los pequeños hombrecillos blancos.

Lunin se desplazó sigilosamente a lo largo de la pared, descifrando uno a uno los dibujos. Descubrió un ploog negro, pequeño, con hombros redondos, y los dientes desnudos; junto a él se veía un hombre que había clavado una lanza en el cuerpo de la bestia. El dibujo era pura fantasía; su arte, aún en una etapa primitiva, había comenzado a soñar.

Lunin se sintió desalentado. Recordó que había dejado la cámara en la lancha de

desembarco, y debía regresar a buscarla.

Antes de volver a la nave, echó una mirada fuera de la entrada de la cueva en busca de nuevos dibujos, divisando uno. Un saliente plano sobre la entrada lo había protegido de las lluvias. Se trataba de una pintura mayor que las demás, de líneas más sueltas, como si el artista, una vez fuera de la caverna, pudiera apartarse con seguridad de las convenciones que se habían desarrollado paralelamente con el nuevo arte que surgía.

La pintura representaba a un ciervo. Un ciervo rojo, capturado por la memoria del artista en el instante de un salto y ejecutado con un toque etéreo e informal.

Lunin corrió al bote en busca de su cámara. Aunque apesadumbrado por lo que había visto, ya se había resignado a la conclusión de que la naciente vida inteligente del planeta había perecido. Ahora que se enfrentaba con el hecho histórico, su pena e incluso su hostilidad hacia los ploogs habían dejado de ser meras abstracciones.

La existencia del ciervo, su ingrátido salto, habían cambiado sus pensamientos. Lo definitivo de esta tragedia, el fin de la vida inteligente, afectaba a Lunin de una manera intensamente personal. Además, generaba otras tensiones: ahora temía que el ciervo rojo pudiera ser destruido. Por un terremoto, o la lluvia, o alguna otra fuerza igualmente poderosa. Volviéndose bruscamente hacia el transmisor, envió un mensaje críptico: «Encontré dibujos rupestres. Los fotografiaré y los rociaré con fijador. Entraré en contacto con ustedes más tarde. Aguarden».

Recogió la cámara y el fijador, y se apresuró a volver, caminando rápida y cautelosamente, tratando de no pisotear los huesos y los fragmentos de piedras. A unos pocos pasos de la segunda salida de la cueva, se detuvo en seco. Allí había alguien. Ahora podía escuchar una pesada respiración. Colgó la cámara de su hombro y llevó su mano a la culata del pistola, cargada con proyectiles paralizantes. El resoplido continuaba resonando como una pequeña locomotora liberando vapor en el fondo del risco. Lunin se acercó de puntillas hasta el extremo de la caverna y miró hacia afuera.

Sus peores temores se vieron confirmados. Un enorme ploog negro se hallaba parado delante de la pintura del ciervo rojo, tratando de destruirla. Lunin levantó su pistola. Todavía estaba a tiempo, pero detuvo su movimiento. Había notado un trozo de yeso en la garra del ploog.

Respirando pesadamente, gruñendo y mostrando los dientes, el ploog raspaba el yeso contra la pared de roca, directamente debajo de la imagen del ciervo rojo. Su garra temblaba por el esfuerzo. Ya había dibujado una raya horizontal, casi recta, desde la cual se proyectaban hacia arriba varias pequeñas líneas, como palillos. Había cuatro de estas líneas, de diferentes longitudes, una de las cuales no había logrado conservar la verticalidad; en ese momento, el ploog comenzó a golpear el trozo de yeso contra la roca, intentando unir con puntos blancos la línea corta con la

horizontal, antes de continuar su extenuante labor. Lunin comprendió qué era lo que el ploog trataba de dibujar en la pared. Un ciervo, el mismo ciervo que en la imagen original, pero blanco y abatido sobre su espalda. Un ciervo muerto, asesinado para alimento.

El ploog había emprendido una tarea superior a sus posibilidades; ni sus garras ni sus ojos eran capaces de reproducir una obra de arte, particularmente una versión artísticamente renovada.

Al fin de la línea horizontal, el ploog apretó el trozo de yeso contra la pared, creando una figura de forma aproximadamente estrellada: la cabeza del ciervo. No importaba que no pareciera una cabeza; tanto Lunin como el ploog reconocían la licencia artística.

El ploog se apartó de la pared; inclinó a un lado la cabeza y permaneció inmóvil, admirando su creación. La vanidad había comenzado a infiltrarse en la bestia. En el conjunto de líneas veía el enorme y aún tibio cadáver del ciervo; por lo tanto, no le interesaba comparar su creación con la anterior, dibujada por sus conquistados enemigos. Ahora el ciervo no podría escapar; había sido derribado.

Los sentimientos de Lunin acerca de la bestia comenzaron a modificarse; se sentía extrañamente agradecido, casi enternecido. Dio un paso adelante. En ese momento, el ploog acertó a mirar a su alrededor, como buscando espectadores para su obra de arte. Los ojos de la bestia se encontraron con los del hombre.

El ploog olvidó al ciervo. La rabia insensata y el miedo flamearon en los enormes y redondos ojos de la sorprendida fiera. La evolución, que había dado un inesperado paso adelante, era aún demasiado débil para mantenerse, y el adelanto fue olvidado momentáneamente.

No disponiendo de nada mejor a su alrededor, el ploog arrojó a Lunin el trozo de yeso, que dejó una mancha blanca en la pechera de su traje espacial, antes de rebotar y golpear contra la pared. Instintivamente, Lunin se protegió detrás de un reborde rocoso.

Cuando volvió a mirar, sólo consiguió ver una pequeña mancha negra, la espalda del ploog, a medida que desgarraba su camino a través de la maleza.

Pocos instantes después, la mancha negra había desaparecido. Las hojas temblaban como azotadas por una ráfaga de viento, y aún podían oírse los ruidos de las ramas al quebrarse.

Lunin giró sobre sí mismo y se enfrentó al acantilado. La roca aparecía de un tono violáceo en la semioscuridad, y sobre ella brillaban las figuras de dos ciervos: uno rojo, el otro blanco.

La doncella de nieve

Sólo una vez vi morir a una nave.

En realidad, no resulta tan aterrador como suena, ya que la realidad del hecho no se registra con la rapidez suficiente como para conmoverlo a uno. Desde el puente de mando de nuestra lancha de desembarco, los vimos intentado tomar tierra en el planeta. Por un momento, pareció que lo lograrían; pero su velocidad era excesiva.

La nave tocó el fondo de una hondonada, y continuó moviéndose hacia adelante, como si estuviera determinada a introducirse en la pared de roca. Sin embargo, el rocoso acantilado rehusó rendirse al metal; la nave comenzó a desintegrarse como una gota de agua aplastándose contra un cristal. Aminoró su velocidad; diversas partes de ella se desprendieron lenta y silenciosamente de su estructura, y dispersándose sobre todo el valle en forma de oscuros parches, buscaron lugares adecuados para reposar y morir. Pocos segundos más tarde, todo aquel movimiento, aparentemente interminable, había cesado por completo. La nave había muerto, y mi cerebro pudo reconstruir tardíamente el rugido de los mamparos al rasgarse, los gemidos del metal desgarrado y el aullido del aire. Las criaturas vivientes a bordo de la nave probablemente nunca oyeron más que el comienzo de todos aquellos sonidos.

Un destrozado huevo negro, enormemente ampliado, aparecía en la pantalla, y grandes fragmentos de albúmina lo rodeaban como un exótico reborde.

—Todo ha terminado —observó alguien.

Habíamos recibido la señal de auxilio de la nave, y casi la alcanzamos a tiempo. Pero sólo llegamos para verla perecer.

La magnitud y el horror de la escena no se hizo presente realmente hasta que descendimos en el valle, desde donde por su cercanía, el hecho adquiriría proporciones humanas. Las oscuras manchas se transformaron en retorcidos trozos de metal del tamaño de una cancha de balonvolea; los fragmentos de los motores principales, las toberas de eyección y diversas secciones de los dispositivos de desaceleración, eran destrozados juguetes de un gigante. Parecía como si alguien hubiera asestado a la nave un gigantesco zarpazo, destripándola.

A unos cincuenta metros de la nave, encontramos a una muchacha. Vestía un traje espacial; todos a bordo, excepto el capitán y el oficial de guardia, habían dispuesto de tiempo suficiente para equiparse completamente. Sin embargo, la muchacha debía haber estado cerca de la esclusa de salida, que se destrozó con el impacto. De ese modo, había sido arrojada fuera de la nave, como una burbuja de aire que surgía violentamente al abrir un envase de gaseosas. El milagro de su supervivencia era otra de esas cosas inexplicables que han ocurrido repetidamente desde que el hombre se lanzó al espacio. Como las personas que han caído de aviones en pleno vuelo, a cinco o seis kilómetros de altura, aterrizando, casi ilesas, sobre pendientes y taludes

cubiertos de nieve, o en las copas de los pinos.

Cuando llevamos a la muchacha al bote, estaba en estado de *shock*, y el doctor Streshny no me permitió quitarle el casco, aunque era evidente para todos que moriría si no recibía una pronta atención médica. Sin embargo, el doctor estaba en lo cierto: no sabíamos absolutamente nada acerca de la composición de su atmósfera, ni conocíamos qué clase de virus, mortales para nosotros aunque inofensivos para ella, acechaban desde su rubio y brillante cabello.

Debería describir a la chica, para poder explicar por qué yo (al igual que todos los demás) consideramos exagerados los temores del doctor, así como carentes de una real significación. Normalmente asociamos el peligro con aquellas criaturas que nos resultan inquietantes. Ya en épocas tan lejanas como el siglo xx, un psicólogo declaró que había desarrollado una prueba digna de confianza para ser aplicada sobre los astronautas que se aventuraran en planetas remotos. Sólo debía enfrentarse al sujeto con una repulsiva araña de seis metros de longitud. La reacción instintiva del individuo sería desenfundar su pistola y vaciar su carga completa sobre el artrópodo; sin embargo, la araña podría perfectamente resultar un poeta local, vagando en soledad, relajándose de sus responsabilidades de secretario de la Sociedad de Voluntarios para la Protección de Pájaros y Mariposas.

Sin embargo, esperar algo insidioso de parte de esta esbelta muchacha, cuyas pestañas arrojaban una suave sombra sobre sus pálidas y delicadas mejillas; cuyo rostro despertaba en todos y cada uno de nosotros un irreprimible deseo de ver el color de sus ojos... Esperar algo insidioso de ella, decía, incluso en la forma de virus, hubiera parecido absolutamente anticaballeresco.

A pesar de que ninguno de nosotros se atrevió a decirlo, todos pensamos que el doctor Streshny se portaba como un villano; como un insignificante burócrata intentando llevar sus instrucciones al pie de la letra, negando a un inválido el permiso de recibir una visita.

Yo no me encontraba presente cuando el doctor esterilizó la sonda que usaría para horadar el traje espacial, a fin de obtener una muestra del aire interior. Tampoco conocí de inmediato el resultado de sus esfuerzos, ya que había abandonado nuestra nave hacia el lugar del naufragio, en busca de otro milagro con la forma de otro sobreviviente. Era una de esas tareas sin esperanza, pero que uno se siente obligado a proseguir hasta sus últimas y amargas consecuencias.

—Se ve mal —comentó el doctor. Su voz llegó hasta nosotros a través de nuestros audífonos, en el momento que tratábamos de entrar a la nave náufraga. Nuestros intentos resultaban difíciles de concretarse, ya que la arrugada pared de la nave colgaba sobre nosotros como una pelota de básquet sobre un enjambre de moscas.

—¿Qué sucede con ella?

—Aún está viva —contestó el doctor—, pero no podemos ayudarla. Es una

doncella de nieve.

Nuestro doctor es muy afecto a formular sus comparaciones en términos poéticos, pero la transparencia de sus metáforas no siempre resulta evidente para los no iniciados. Sin embargo, la analogía de la muchacha con la doncella de nieve del folklore —aquella muñeca de nieve que llegó a vivir sólo para derretirse luego bajo los rayos del sol— demostró ser particularmente acertada.

—Estamos acostumbrados —continuó el médico— a aceptar el agua como base de los tejidos vivos. La base de los suyos es el amoníaco.

El significado de sus palabras no penetró de inmediato en nosotros.

—A presión normal terrestre —aclaró el doctor— el amoníaco puro hierve a treinta y tres grados centígrados bajo cero, y se congela a menos setenta y ocho.

Entonces todo se aclaró. Al percibir el completo silencio de mis auriculares, comprendí que estaban contemplando a la muchacha. Para ellos se había transformado en un fantasma que se disolvería en una nube de vapor tan pronto como se le quitara el casco.

El navegante Bauer eligió el momento más inapropiado para demostrar su erudición:

—Es teóricamente predecible. El peso atómico del amoníaco es de diecisiete; el del agua, dieciocho. Sus pesos específicos son casi idénticos. El amoníaco, casi tan liviano como el agua, cede fácilmente un protón. Es un excelente solvente.

Siempre he envidiado a la gente que, sin consultar ningún libro de referencia, puede recitar de memoria datos que nunca se emplean.

—Sin embargo, a bajas temperaturas, las proteínas amoniacaes serían muy estables —objetó el médico, como si la muchacha fuera una simple estructura teórica, un modelo creado por la imaginación de Gleb Bauer.

Nadie replicó a esta objeción. Pasamos cerca de una hora y media escudriñando cuidadosamente los compartimentos del buque náufrago, antes de poder encontrar un tanque intacto de mezcla de gas amonio. Un milagro; pero nunca tan importante como el que se había producido anteriormente.

Me dejé caer por la enfermería de la nave como generalmente lo hacía cada vez que abandonaba una guardia. El lugar apeataba a amoníaco; en realidad, la nave entera olía igual. No había manera de combatir el olor. El médico tosía secamente. Se encontraba sentado en medio de un interminable caos de frascos, tubos de ensayo, y recipientes diversos. Diversos tubos y caños sobresalían de algunos de ellos, y desaparecían en un tabique. Sobre la escotilla de acceso, se veía un dispositivo transmisor traductor.

—¿Está dormida? —pregunté.

—No, ya preguntó por ti —dijo el doctor.

Su voz sonaba acolchada y quejumbrosa, a causa de la máscara que cubría la

parte inferior de su cara. Cada día debía enfrentarse con diversos problemas, casi insolubles, relacionados con las necesidades médicas, alimenticias y psicológicas de su paciente. Su inflexible orgullo exacerbaba su temperamento irritable. Ya hacía dos semanas que estábamos volando y la doncella de nieve estaba en perfecto estado de salud. Pero terriblemente sola.

Los ojos me ardían, y la garganta me cosquilleaba. Por supuesto, podría haber improvisado una máscara, pero eso me hubiera hecho aparecer remilgado. Si yo estuviera en lugar de la doncella de nieve, me habría sentido indudablemente turbado si mis huéspedes se aproximaran a mí utilizando una máscara de gas.

La escotilla oval enmarcó el rostro de la muchacha como un marco antiguo.

—Hola —dijo. Entonces, habiendo extinguido casi su vocabulario completo, conectó el traductor. Sabía que me agradaba escuchar su voz real de tanto en tanto, así que antes de conectar el traductor, siempre me decía algo directamente.

—¿Qué has estado haciendo? —pregunté. El aislamiento del sonido era deficiente, así que podía oír su charla procedente del otro lado del tabique. Sus labios se movieron, y pasaron varios segundos antes de que sus palabras me llegaran a través del traductor, permitiéndome disfrutar de su rostro y del suave movimiento de sus pupilas, que cambiaban de color como el mar en un día nublado y ventoso.

—Recuerdo todo lo que mi madre me enseñó —explicó la doncella, con la fría e inexpresiva voz del traductor—. Nunca pensé que llegaría el momento en que debería preparar mi propia comida. Pensaba que mi madre era ridícula. Pero ahora, las cosas se han hecho prácticas.

La doncella rio antes de que el traductor hubiera terminado de procesar sus palabras.

—Ahora estoy aprendiendo a leer, también —me informó.

—Lo sé. ¿Recuerdas la letra Y?

—Es una letra muy graciosa. Pero la F lo es aún más. Sabes, he roto un pequeño libro.

Apartando la cara del maloliente vapor procedente de un tubo de ensayo, el doctor levantó la cabeza y comentó:

—Debiste haberlo pensado dos veces antes de darle un libro. A cincuenta grados centígrados bajo cero, las páginas plásticas se tornan quebradizas.

—Eso es lo que sucedió —aclaró la doncella.

Cuando el doctor se fue, la doncella y yo permanecimos allí, uno frente al otro. El cristal se sentía frío bajo mis dedos; para ella estaba casi caliente. Tuvimos casi cuarenta minutos de soledad, antes de que Bauer volviera con su dictáfono y comenzara a atormentar a la muchacha con sus interminables preguntas: ¿Cómo funciona esto en su planeta? ¿Y aquello? ¿Cómo se desarrolla tal y tal reacción bajo sus condiciones?

Más tarde, la doncella remedaba graciosamente a Bauer, y se quejaba:

—Después de todo, yo no soy una bióloga; podría cometer un error, y más tarde, podría resultar embarazoso.

Le llevé fotografías y dibujos de personas, ciudades y plantas. Ella se reía y me preguntaba detalles que me parecían triviales. Entonces sus preguntas cesaban abruptamente, y se quedaba mirando más allá de mí, con ojos soñadores.

—¿Qué sucede?

—Me siento sola y tengo miedo.

—No te preocupes. Te llevaremos a casa.

—Esa no es la razón.

Un día en particular, me preguntó:

—¿Tienes una foto de ella?

—¿De quién? —quise saber.

—De la chica que te espera en casa.

—No hay nadie esperándome.

—¡Eso no es verdad! —dijo terminantemente. Podía ser terriblemente dogmática a veces, especialmente cuando no creía en algo. Por ejemplo, no creía en las cosas color de rosa.

—¿Por qué no me crees?

La doncella no contestó.

Las nubes que se cernían sobre el mar ocultaron el sol, y las olas cambiaron su color, tornándose frías y grises, aunque las aguas cercanas a la costa permanecieran verdes. La doncella no podía conciliar su estado de ánimo con sus pensamientos. Cuando estaba de buen humor, sus ojos eran azules, incluso violetas. Sin embargo, cuando estaba triste, sus pupilas se oscurecían inmediatamente, tornándose grises.

El día que abrió sus ojos por primera vez a bordo de nuestra nave, estaba muy dolorida. No debería haber mirado sus ojos en esa ocasión. Sus pupilas eran negras e insondables, y nosotros no podíamos hacer nada por ella hasta no equipar el laboratorio de acuerdo a sus necesidades. ¡Qué manera de apresurarnos para finalizar el trabajo! Parecía como si la nave estuviera a punto de estallar. Y ella permanecía en silencio. Sólo al cabo de tres horas fuimos capaces de transferirla al laboratorio. El médico permaneció con ella, y la ayudó a quitarse su casco.

A la mañana siguiente, sus ojos eran límpidos lagos violetas, brillantes de curiosidad. Pero se habían oscurecido imperceptiblemente al percibir mi mirada...

Bauer entró más temprano de lo acostumbrado, mostrándose demasiado feliz. La doncella le sonrió, diciéndole:

—El acuario está a sus órdenes.

—No entiendo qué quieres decir, doncella —dijo Bauer.

—Y tu acuario contiene un pez para que lo disecciones.

—Yo diría un exótico pez dorado para admirar. —Bauer no se desconcertaba fácilmente. Los estados de ánimo «de ojos grises» de la doncella se repetían cada vez con mayor frecuencia. ¿Era sorprendente eso, en alguien confinado durante semanas en un cuarto de tres metros por cuatro? Su analogía con un acuario me parecía perfectamente válida.

—Debo irme ahora —le dije. Pero la doncella no respondió con su acostumbrada demanda de que volviera pronto.

Sus ojos grises contemplaron a Gleb con angustia. Yo traté de analizar mi estado emocional, consciente de lo poco realista que era... tanto como enamorarse de un retrato, el de María, Reina de Escocia, o de un busto de Nefertiti. Quizás no fuera en definitiva más que lástima por una criatura solitaria, cuya dependencia de nosotros había, de una manera sorprendente, convertido nuestra vida en algo mucho más placentero. Había introducido algo delicado en nuestras existencias cotidianas que nos obligaba, como un muchacho después de su primera cita, a esmerar la apariencia personal, y a desplegar una mayor bondad y generosidad. La obvia desesperanza de mi amor platónico despertaba en mis compañeros de tripulación un sentimiento a mitad de camino entre la compasión y la envidia, tan incompatible como esos mismos sentimientos pueden serlo entre sí. Algunas veces hasta deseaba que alguno se burlara de mí, que hiciera algo como para conseguir enojarme y hacerme estallar, pero nunca ninguno de ellos se tomó semejantes libertades. Mis camaradas me veían como un tonto embelesado, y eso me apartaba y me aislaba de ellos.

Esa mañana, el doctor Streshny me llamó por el intercom:

—La doncella está preguntando por ti.

—¿Algo anda mal?

—Nada; no te preocupes.

Corrí hacia la enfermería, donde la doncella me esperaba en la escotilla.

—Discúlpame que te moleste —dijo— pero repentinamente se me ocurrió que si muriera, no te vería ya más.

—Tonterías; tú no te estás muriendo —masculló el doctor.

Mi mirada se deslizó involuntariamente hacia los diales del equipo.

—Quédate un momento conmigo —me pidió la doncella, y el médico inventó una excusa para dejarnos a solas.

—Deseo tocarte —manifestó ella—. ¡No es justo que no pueda tocarte sin quemarme!

—Sería más fácil para mí —dije estúpidamente—. Yo sólo me congelaría.

—Ya casi hemos llegado, ¿verdad?

—Sí, dentro de cuatro días.

—No quiero regresar a casa, porque mientras estoy aquí puedo imaginarme que estoy tocándote. Y allí no te tendré. Pon la palma contra el panel.

Obedecí. La doncella apoyó su frente contra el cristal, y yo imaginé que mis dedos penetraban la transparente masa de vidrio, acariciándola.

La doncella levantó su cabeza y trató de sonreír:

—¿Se congelaron tus dedos?

—Debemos encontrar un planeta neutral —manifesté yo.

—¿De qué tipo?

—Uno intermedio. Entre los dos. Con una temperatura constante de cuarenta grados bajo cero.

—¡Eso es demasiado caluroso!

—Muy bien, entonces menos cuarenta y cinco. ¿Puedes soportar eso?

—Por supuesto —afirmó ella—. Pero esa no será una manera agradable de vivir, siempre incómodos, apenas tolerando nuestro medio ambiente.

—Sólo estaba bromeando.

—Ya lo sé.

—Ni siquiera seré capaz de escribirte —expliqué yo—. Necesitaría un papel especial, que no se deshiciera con el frío, y además ese olor...

—¿Cómo huele el agua? ¿No huele para vosotros? —preguntó ella.

—No, para nada.

—¡Asombroso!

—¿Ves? Ahora ya estás de mejor humor —dije.

—¿Me hubiera enamorado de ti si nuestras sangres fueran iguales?

—No lo sé. Al principio me enamoré de ti, pero pronto comprendí que nunca podríamos vivir juntos.

—Gracias.

La doncella estaba muy excitada el último día, y aunque dijo que no podía imaginarse separándose de nosotros —de mí—, sus pensamientos volaban velozmente, fluctuando fugazmente de un tema a otro. Más tarde, cuando me encontraba empaquetando sus pertenencias en el laboratorio, me confesó que temía el fin del viaje más que a ninguna otra cosa. Se sentía dividida entre mí, a quien debería dejar atrás, y todo un mundo que la esperaba.

Una nave patrulla de su mundo nos escoltaba desde hacía ya media hora, y el traductor del puente de mando crepitaba constantemente, procesando su lenguaje con dificultad. Bauer entró al laboratorio, anunciando que ya nos estábamos aproximando para efectuar un aterrizaje en uno de sus espaciopuertos. Trató de leer su nombre, y la doncella corrigió su pronunciación; luego le preguntó si había controlado convenientemente su traje espacial.

—Lo haré ahora mismo —comentó Gleb—. ¿De qué tienes miedo? No tienes más que treinta pasos que dar.

—Quiero estar segura de darlos —contestó ella, sin comprender que había ofendido a Gleb. Luego se volvió hacia mí—. ¿Quieres revisarlo de nuevo?

—Voy enseguida —respondí.

Gleb se encogió de hombros y salió. Tres minutos más tarde, volvió y colocó el traje espacial sobre la mesa. Los tanques golpearon suavemente sobre el plástico, y la doncella se sobresaltó como si la hubieran golpeado. Luego golpeó suavemente en la pequeña puerta de la cámara estanca:

—Dame el traje. Lo controlaré yo misma.

El muro que había surgido de pronto entre nosotros me aplastó; sentía mi cabeza como si estuviera apretada en una morsa. Sabía que nos estábamos separando, pero creía que no debíamos hacerlo así.

El aterrizaje fue suave. La doncella ya se encontraba equipada con su traje espacial. Yo pensaba que debía haber dejado el laboratorio antes, pero ella no quiso arriesgarse hasta que oyó la voz del capitán a través del intercom:

—Destacamento de desembarco, colóquense los trajes espaciales. Afuera la temperatura es de menos de cincuenta y tres grados.

Se abrió la escotilla, y todos los que deseaban despedirse nuevamente de la doncella de nieve se alinearon a su lado. Mientras hablaba con el doctor, me acerqué a ella, y salimos a la cubierta, en dirección a la rampa.

Bajas formaciones de nubes se deslizaban sobre nosotros, cubriendo el extraño planeta. Un rechoncho coche amarillo se detuvo a unos treinta metros de nosotros, y varias personas se pararon a su lado sobre unas gruesas baldosas de granito. Por supuesto, no llevaban trajes espaciales. ¿Por qué habrían de hacerlo en su propio hogar? El pequeño comité de bienvenida parecía perdido en la vastedad de la interminable pista del espaciopuerto.

Otro coche se detuvo para dejar descender a sus pasajeros. Oí a la doncella acercarse a mí, y me volví para mirarla. Los demás se alejaron y nos dejaron solos.

La doncella no me miraba. Sus ojos registraban la multitud en busca de un rostro familiar. Repentinamente reconoció a alguien, y levantó su mano, agitándola. Una mujer se separó de la muchedumbre, y corrió hacia la rampa por encima de las planchas de granito. La doncella se apresuró a bajar a reunirse con ella.

Me quedé allí porque era el único en la nave que no había dado su último adiós a la doncella. Además, sostenía el bulto de sus pertenencias. Finalmente fui incluido en el grupo de desembarco, y debí acompañar a Bauer en sus negociaciones con las autoridades del espaciopuerto. No podíamos entretenernos demasiado: debíamos volver a zarpar en una hora. La mujer dijo algo a la doncella, quien rio y se desembarazó de su casco, que cayó al suelo, rodando sobre las baldosas. La muchacha pasó la mano por sus cabellos, acomodándolos. Contemplé cómo la mujer presionaba su mejilla contra la de la doncella, y pensé que probablemente ambas las

sintieran cálidas al contacto. La doncella habló brevemente con la mujer, y repentinamente echó a correr de regreso a la nave. Mientras ascendía la rampa, me miró y se quitó los guantes.

—Perdóname —dijo—, no me había despedido de ti. —No se trataba de su propia voz, sino la del traductor automático colocado sobre la escotilla, que alguno de los miembros de la tripulación había encendido con previsión. Pero también pude oír su voz.

—Sácate tu guante —me pidió—. Hay sólo cincuenta grados bajo cero aquí. Comencé a quitarme el guante, y nadie intentó impedírmelo, aunque el capitán y el médico habían oído y comprendido sus palabras.

No sentí el frío, ni en ese momento, ni cuando ella tomó mi mano y la presionó contra su mejilla por un instante. Cuando comprendí, traté de retirar mi palma, pero era demasiado tarde. Mi mano había dejado marcada una silueta púrpura en su abrasada mejilla.

—Está bien —dijo la doncella, agitando sus brazos para aliviar el dolor—. Ya se pasará. Y si no se pasa, mucho mejor.

—¿Has perdido el juicio? —pregunté.

—Ponte el guante... tus dedos van a congelarse —dijo ella. Me miró directamente, y sus ojos azul oscuros, casi negros, estaban completamente secos.

La doncella de nieve volvió con la mujer, y juntas se encaminaron hacia el coche; al llegar, la muchacha se detuvo y levantó su mano, enviando un último saludo para mí y el resto de la tripulación.

El doctor se volvió hacia mí:

—Pasa por la enfermería más tarde. Te pondré alguna pomada en esa mano, y la vendaré.

—No duele —le aseguré.

—Luego lo hará —afirmó el médico.

El primer estrato de la memoria

Los suicidas dejan generalmente notas que comienzan: «No se culpe a nadie de mi muerte...». En mi caso, sin embargo, es diferente... se puede culpar perfectamente al teléfono de todos mis problemas. Él es mi enemigo, y yo su esclavo. Cualquiera persona con agallas, en mi lugar, ya hubiera arrancado los cables y reducido el aparato a fragmentos. Por otro lado, ¿qué haríamos para ser mártires si cada uno usara como leña para el fuego la cruz que se supone que debe cargar? En cualquier momento en que alguien necesita o desea algo de mí, coge el teléfono. Si, en cambio tuviera que acudir caminando a verme, o debiera coger un ómnibus, seguramente lo pensaría dos veces antes de hacerlo. Si usted es dueño de un teléfono, sabe lo que quiero decir. Si no lo tiene, entonces no puede darse cuenta.

Aquel día, apenas había conseguido arrastrarme hasta mi casa. Era primavera, y el tiempo, engañosamente caluroso durante el día, caía abruptamente hasta alcanzar temperaturas cerca del nivel de congelación por las noches. Así que allí estoy, en la cama, cómodo y abrigado, disfrutando de una novela de Agatha Christie que había solicitado por dos días, cuando el teléfono comienza a sonar a las once y media. Dejé al maldito aparato sonar cerca de diez veces, con la esperanza de que se aburriera de sí mismo, pero no lo hizo.

Tiritando, levanté el receptor y gruñí algo indescifrable, algo que podía ser interpretado a su gusto por el oyente.

—Givi —era la voz de David—. ¿No te desperté, no es cierto?

—Por supuesto que lo hiciste.

—Eso pensé. —Ni siquiera se molestó en disculparse—. Escucha, hay un coche en camino a buscarte. Ahora mismo. El Jefe ya está en el instituto.

—Estoy realmente conmovido por tu consideración —confesé—, pero ¿qué demonios está haciendo nuestro estimado Jefe allí, a esta hora impía? ¿Acaso algunos delincuentes juveniles irrumpieron para robar partes de sus dispositivos erectores?

—Basta de hacer el payaso, Givi. Hablo en serio. El coche estará en tu casa en cualquier momento. Está recogiendo a Rusiko también. ¿Su casa está muy lejos de la tuya?

—Prácticamente al lado. En realidad, anoche la llevé a su casa, y parecía como que su viejo me estuviera apuntando por la ventana con una escopeta.

David me colgó el teléfono, lo cual significaba que el asunto era realmente serio. Decidí que no iría a ninguna parte, pero comencé a vestirme, sólo por si acaso. Estaba poniéndome la chaqueta, cuando escuche la bocina de un auto bajo la ventana. Parecía la del coche del director.

Hacía un frío de todos los demonios. Rusiko estaba sentada en el negro Volga sin maquillaje. En verdad actuaba como una persona importante. Después de todo, no se

envía muy a menudo una limusina a recoger una enfermera quirúrgica común.

—Rusiko —le dije tan pronto como me deslicé a su lado—, ¿de qué va todo esto?

—No tengo la menor idea. —Hizo sonar su respuesta como si estuviera en conocimiento de todo, pero tuviera que esperar para asegurarse que yo tenía acceso a tan vital secreto—. Recibí una llamada telefónica. David me telefoneó.

—Todo un honor. Y ¿qué has hecho para merecerlo?

Rusiko se encogió de hombros.

—Vamos; ¿qué fue lo que te dijo? Después de todo, ¿qué clase de derecho moral u oficial tiene para sacar de la cama a una mujer hermosa como tú a estas horas de la noche?

—Una intervención de emergencia. Relacionada con el terremoto, creo.

—¿Qué terremoto?

—Hubo un terremoto esta mañana —intervino el conductor—. En algún lado, por las montañas.

—Nadie me dijo un cuerno al respecto. Cuando conseguí arrastrarme fuera del laboratorio no escuché nada acerca de eso. Tú sabes que los incendios y los terremotos me ponen nervioso. Especialmente si hay una erupción volcánica en mi propia ciudad.

—No hay ningún volcán por aquí. Están todos en Kamchatka.

—Gracias por devolverme a la normalidad.

En esos momentos nos encontrábamos ya frente al instituto. El edificio era un manicomio; cualquiera hubiera pensado que era la hora de salida. Había automóviles por todos lados, gente corriendo y luces encendidas en la mitad de las ventanas.

—Parecería que todavía dura el terremoto —comenté mientras abandonaba el coche. Y debo advertir que en ese momento me asaltaron todo tipo de premoniciones.

David y Lordkipanidze mismo se encontraban en medio del vestíbulo.

—Siempre en sus puestos —los saludé, librándolos de los «holas», puesto que ya había tenido el honor de presentar mis respetos a mis colegas aquella mañana.

—Ah, aquí está Givi también —dijo Lord. Luego se volvió a Rusiko—. Arriba, a la sala de operaciones, inmediatamente. Yo iré enseguida.

—Discúlpeme, amigo —pregunté—, ¿le molestaría decirme dónde puedo encontrar el mostrador de información? Me gustaría tener un ligero conocimiento preliminar sobre mi futuro próximo.

—Dile lo que sucede —gritó Lord a David, mientras desplazaba su voluminoso corpachón escaleras arriba.

—Bueno, en un par de palabras —me previno David, como si más de cuatro palabras y una coma fueran demasiadas como para que yo las digiriera de una sola vez—. Pachuliya me telefoneó. Está en la escuadra de primeros auxilios. ¿Lo conoces, no es cierto?

—Al grano. Te dijeron que me pusieras al tanto, no que esclarecieras mi relación con Pachuliya.

—Correcto. Por supuesto. —David jugueteó con sus anteojos—. Tienen un paciente en un profundo estado de *shock*, y aún no saben si podrán sacarlo de él. El epicentro del sismo estaba justo allí en las montañas. Afortunadamente, fue pequeño. —Inconscientemente pellizcó el aire para mostrar el tamaño.

—¡Imposible! ¡No los hacen tan pequeños!

—Bueno, dicen que los platos saltaban dentro de los aparadores en algunas secciones de Tbilisi.

—Probablemente a causa del tráfico pesado. Además, ¿dónde entramos nosotros? No somos del escuadrón de primeros auxilios. Somos exclusivamente un organismo de investigación. El Centro de Investigaciones del Cerebro.

—Esa es precisamente la cuestión. Somos del Centro de Investigaciones del Cerebro. Pachuliya sabía en qué estábamos trabajando. Concurrió a una conferencia en Kiev en febrero, donde Lord envió un informe. Así que lo recordó. Por supuesto, es una idea demente, pero varias vidas dependen de ella.

En ese momento, la atención de David se vio repentinamente desviada. Una encantadora y esbelta muchacha irrumpió en el vestíbulo y corrió hacia nosotros, confundida.

—¿Dónde está? ¿Está vivo? —susurró. La muchacha parecía tan profundamente desesperada que incluso un cínico y egoísta inveterado como yo se volvió sin decir una sola palabra. Nunca sé qué decir en esas ocasiones, pero David tiene muchas tablas.

—Discúlpeme, señorita, pero ¿por quién está preguntando?

—Beso. Beso Guramishvili.

—Ah, sí, por supuesto —contestó David—. Francamente, debo decirle que su estado es delicado, pero ciertamente no desesperado aún.

—¿Puedo verlo?

—Por el momento no. Mañana.

—No me está mintiendo, ¿no? —preguntó la chica.

—¿Por qué habría de hacerlo? Beso está dormido ahora, y no hay que molestarlo. Le sugiero que venga mañana por la mañana, y entonces...

—Se hirió gravemente, ¿verdad? ¿En la cueva?

—No —contestó David—. Lo encontraron afuera... en la carretera.

—¿Y qué pasó con los otros?

—Aún los están buscando.

—¿Cómo es que él salió y los otros no?

David decidió decírselo lisa y llanamente:

—Escúcheme: Beso fue encontrado hace dos horas en una carretera a 70 km de la

ciudad. Lo halló un camionero que venía desde Tbilisi, quien trató de llevarlo al hospital regional. Pero mientras estaba tratando de ayudar a Beso, llegó una patrulla de montaña y reconoció a Beso. Decidieron no tocarlo hasta que llegara de la ciudad el escuadrón de primeros auxilios. ¿Lo entiende ahora?

Por mi parte, estaba tan confuso como antes, y era obvio que la muchacha también lo estaba, así que se lo dije.

David estaba desconcertado:

—¿Qué es lo que no entiendes? —me preguntó.

—¿Por qué la patrulla de montaña estaba buscando a Beso? ¿Es alpinista?

—No, espeleólogo. Es posible que tú no hayas leído nada acerca de él. Lo único que lees son tonterías. El año pasado los espeleólogos comenzaron a explorar una cueva a cuarenta kilómetros de aquí. Hubo artículos sobre eso en todas las publicaciones. Fue una expedición muy grande.

—Ochenta personas —informó la chica, un poco más calmada ahora—. Comenzaron el año pasado, y ya llevaban cartografiados más de diez kilómetros. No pueden imaginarse lo fascinante que es aquello. La última vez, Beso me llevó con él hasta su campamento base. Hay una fantástica caverna con estalactitas allí... —se interrumpió bruscamente—. ¡Alyosha! —gritó.

Había divisado a un corpulento muchachón, de barba roja, vestido con un grueso chaquetón impermeable. Uno de esos individuos fastidiosos que siempre parecen tener su nariz metida en los lugares más inverosímiles. La chica corrió hacia él mientras David me aclaraba:

—Uno de los trabajadores de los grupos de rescate.

—Bueno, oigamos el resto —le dije—. ¿Cómo entramos nosotros en el cuadro?

—Beso era uno de los espeleólogos. Era la segunda semana que el grupo estaba trabajando bajo tierra. Tenían un médico con ellos, y se mantenían en contacto radial con la superficie... había un escuadrón de escucha emplazado sobre la superficie. Esta tarde se produjo un movimiento sísmico en la zona. La entrada de la caverna quedó bloqueada y se interrumpió el contacto radial, así que nadie sabe qué ha sucedido con los espeleólogos. Imagínate esto: las patrullas de rescate están tratando de abrirse paso a través del bloqueo; paralelamente, buscan otras entradas a la caverna... y he aquí que Beso Guramishvili aparece en la carretera, a quince kilómetros de la entrada principal.

—Y no puede decirnos nada.

—Exacto... no puede decirnos nada. Y todas las circunstancias tienden a demostrar que no se podrá hacerle recobrar el conocimiento hoy.

—¿La entrada está sólidamente bloqueada?

—Parece que sí. Pregúntale a Alyosha. Él fue quien trajo a Beso aquí. Es amigo suyo.

—Pregúntale tú mismo. No necesitas mi ayuda para eso.

—Puede que ellos necesiten la nuestra —comentó David.

—¿Qué quieres decir?

—La máquina.

—¿Y cómo puede la máquina ayudar a encontrar a los espeleólogos?

—Vamos arriba. Piensa acerca de esto por el camino, Givi. Quizás puedas adivinarlo.

Comenzamos a subir; yo seguía sin poder imaginarme de qué manera la máquina podía ayudar a desenterrar a los espeleólogos.

—Escucha David, ¿no podría este muchacho, Beso, haber salido a la superficie antes de que la entrada se bloqueara?

—Imposible. Estaba dentro con el resto del grupo.

—¿Y no podría haber sido arrojado a la superficie de algún modo?

—Vamos, sé sensato.

—Lo que quieres decir es que salió después del terremoto.

—Correcto.

Nos encaminamos hacia la oficina de Lord. Estaba hablando con un extraño de bata blanca.

—¡Lo tengo! —exclamé—. Beso sabe cómo llegar hasta los otros sin necesidad de irrumpir a través de la entrada bloqueada.

—Eres prácticamente un genio. Eso es precisamente lo que Pachuliya tenía en mente cuando trajo a Beso a Tbilisi en la ambulancia.

Nos detuvimos en el umbral de la oficina de Lord, pero él nos ignoró.

—Guramishvili es considerado un alpinista de primera categoría —estaba diciendo el extraño a Lord—. Está entre los diez mejores de la república. Lo que significa que, si alguien tiene alguna posibilidad de alcanzar alguna salida inaccesible, él es su hombre. No había ningún otro en el grupo como él. Pero no puede hablar.

Por la forma en que lo dijo, uno hubiera pensado que Beso se estaba demorando deliberadamente con la intención de molestarlo a él.

—Así que, mis queridos colegas —se dirigió Lord a nosotros—, el camarada Kiknadze cree que nosotros podemos ayudarlo.

Después de una breve pausa, Lord continuó:

—Debemos encontrar la manera de llegar a los espeleólogos. Aparentemente, nosotros somos los únicos que podemos hacerlo.

—¿Debemos alistar el equipo? —preguntó David.

—Ya di orden de hacerlo —contestó Lord—. Lo que deseo saber es: ¿quién va a ser el receptor?

—Yo lo haré —respondió David.

Lord lo miró escépticamente; yo sabía exactamente lo que estaba pensando. David proviene de una familia acomodada. Sus padres lo alimentaron copiosamente y siempre lo disuadieron de practicar deportes, de modo que terminó siendo una persona fofa, cómoda y rechoncha, pero, para sorpresa de su familia, un verdadero trabajador. Es muy corto de vista, y sus padres lo hicieron atender por los mejores oculistas de Moscú, de Leningrado y quizás de Vladivostok. Cualquiera otra persona hubiera adquirido un intenso disgusto hacia la medicina, pero él está enamorado de ella. Un masoquista.

—Si el asunto funciona, probablemente deba entrar allí —le previno Lord, volviéndose luego hacia mí.

Involuntariamente me enderecé. Nosotros, los naturales de Georgia, tenemos fama de vivir muchos años, pero todos mis tíos y tías se las han ingeniado para morir jóvenes, ya sea en diversas guerras, o cayéndose de acantilados, y hubo uno que viajó tres mil kilómetros para ahogarse finalmente en el Océano Atlántico. Ahora parecía que yo también iba a encontrar una muerte prematura, y nadie (excepto yo) lo pensó dos veces.

—Bueno, ¿qué opinas acerca de esto? —me preguntó Lord.

—Pongámonos a trabajar —le contesté. David masculló algo sobre su experiencia y dedicación, pero Lord ya estaba en camino hacia el laboratorio.

—David —traté de consolarlo—, a cada uno lo suyo, como solían decir los griegos.

—Los romanos —me corrigió.

—A cada uno lo suyo —repetí mientras me alejaba de él—. Algunos deben trabajar con sus cerebros, mientras otros hacemos el trabajo físico.

Yo amo a nuestra máquina, probablemente porque mi amor por ella se ve recompensado por ocasionales dividendos efectivos. Es como una dama: impredecible y caprichosa. Ocupa todo el sótano y parte del segundo piso, y si bien en un momento lo provee a uno de cualquier tipo de información asombrosa, al instante siguiente se niega terminantemente a colaborar. Los ingenieros construyeron la máquina, y nosotros desarrollamos sus aplicaciones prácticas. Sin embargo, siempre estamos disconformes los unos con los otros.

Ellos nos tratan a los médicos como ciudadanos de segunda clase que no tienen una ocupación mejor que la de arruinar sus invenciones.

Recientemente, la sala de operaciones fue remodelada y recubierta de azulejos azules; sólo la pared a la derecha de la puerta se dejó sin recubrir. Después de todas estas reformas, siempre me pareció que la sala de operaciones tenía mucho en común con el cuarto de baño de un hotel, especialmente cuando el aire acondicionado se estropeaba. Y es de público conocimiento que los aparatos de aire acondicionado sólo fallan en plena canícula.

Antes de entrar a la sala, eché una mirada a través de la puerta de cristal. Rusiko se encontraba allí, preparando los instrumentos. Estaba realmente impactante con su bata amarilla, y cuando levantó la cabeza y me sonrió, le representé con mímica mi entusiasmo por su irresistible belleza. Pero una vez más me ignoró.

Otra vez fui a que me afeitaran la cabeza. Finalmente me había resignado al rasurado semanal a que debía someterme, y me consolaba a mí mismo pensando que después de cada afeitado me encontraba mucho más cerca de ser la imagen viva de cierto poeta que tenía la cabeza lisa como una bola de billar. Mis amigos piensan que esta rutina de afeitarme semanalmente es un rasgo de esnobismo mío, una manera de combatir mi complejo de inferioridad intelectual. Es que la mayoría de mis amigos son intelectuales, lo que significa que no entiendan nada de las realidades de la vida.

Mientras me afeitaban, recordé la primera vez, hace ya dos años, que conectamos la máquina. Ruslan y otro perro (un pequeño perro de circo color castaño, cuyo nombre se me ha olvidado) fueron los primeros en ser sujetados a las mesas del cuarto de operaciones. La habitación era blanca entonces, y el falso techo tenía goteras, por lo cual se habían formado en él unos hermosos diseños (que sólo descubrí más tarde, cuando me tocó tenderme en una de aquellas camillas). Yo mismo había introducido la aguja en el cerebro de Ruslan, mientras Natella preparaba el monitor. Lord estaba preocupado, por lo que nos gritaba a nosotros y gruñía a Rusiko. David y los ingenieros se agitaban alrededor de la consola, y aunque el Jefe de Ingenieros nos avisó diez minutos más tarde de que la cinta ya había sido transmitida, todavía no estábamos muy seguros de cómo había resultado todo.

Cuando los perros despertaron, todos los mirábamos como un marido celoso vigila a su mujer. Los animales tomaron su leche y devoraron la carne, y luego Ruslan se quedó contemplando con la mirada perdida al entrenador del circo.

Habíamos elegido deliberadamente a un perro de circo en virtud de sus experiencias variadas y porque podía realizar una serie de pruebas que estaban muy por encima de lo que podría hacer un cuzco ordinario como Ruslan. El entrenador gruñó; no creía que la memoria pudiera ser registrada, que todas las habilidades y conocimientos de un perro de circo pudieran ser grabados y transferidos a Ruslan. Tampoco nosotros estábamos demasiado convencidos, y eso era lo realmente lamentable, pues se había invertido una endemoniada cantidad de dinero y tiempo en ese asunto. Durante todos esos años mucha gente sería considerado a Lord un charlatán; a sus amigos ingenieros, farsantes; y a David y a mí mismo, junto con los otros peces pequeños, simples idiotas. Sin embargo, hacia la media tarde de ese mismo día, cuando el escéptico entrenador comenzó a impartir órdenes a Ruslan, nuestro precioso cuzco adoptó una pose totalmente profesional. Hizo cabriolas alrededor del cuarto de pie sobre sus patas traseras, dio un elegante salto mortal y saltó torpemente a través de un aro de papel. El perro del circo lo miraba con los ojos muy abiertos,

apuntándole en algún tipo de dialecto canino. Aunque iba en contra de los principios de Ruslan comprometerse con actividades que estuvieran por debajo de su dignidad de perro respetable, recorrió la rutina completa, pues su memoria contenía ahora todos los conocimientos transmitidos a su cerebro desde el perro de circo. Sin embargo, después de dos días, olvidó todo; había vuelto a sus actividades normales de agitar la cola y perseguir gatos.

Más convencido que nunca de que un perro era incapaz de aprender en cinco minutos lo que normalmente lleva varios meses de entrenamiento exhaustivo, el adiestrador tomó a su afeitado perro, arregló cuentas con el contador y partió gruñendo. Nosotros, por nuestra parte, organizamos una gran fiesta en la casa de verano de Lord, y nos cantamos loas mutuamente, entre canapés y discursos. Tres meses más tarde yo estaba estirado en la mesa de operaciones como un conejillo de indias, y desde ese momento comencé a andar por ahí con mi cabeza afeitada y tratando de disimular las cicatrices de detrás de mi oreja derecha.

Todo esto no significa que todo haya ido sobre ruedas. Cayendo, tambaleándonos, extraviándonos, fuimos siguiendo pesadamente nuestro camino hacia el éxito; repetidamente debimos desandar nuestro camino hacia el comienzo, desmoralizados por el pensamiento de que nunca encontraríamos la salida del laberinto. Trabajamos con los perros más inteligentes de la República de Georgia y, por alguna razón, sólo transferían a sus receptores algunos fragmentos de recuerdos estúpidos o la técnica de mordernos furtivamente. También empleamos engreídos macacos y mimados titís, pero ellos no podían absorber de sus informantes ni siquiera el simple arte de arrojar cáscaras de plátano a sus odiados guardianes. Finalmente, decidimos sacrificarnos nosotros mismos, y durante dos días completos me sentí atormentado por un sentimiento de culpa originado durante la niñez de David por haberle robado un par de gemelos a su tío.

Los resultados de nuestros experimentos eran incompletos; la transmisión de la memoria era inestable.

La voz de Natella interrumpió mis recuerdos, preguntando:

—Givi, ¿estás listo? El paciente está aquí.

Lo seguí hasta la sala de operaciones. En el corredor nos encontramos con Kiknadze.

—Buena suerte —me deseó—. Este es el operativo más importante en que haya tomado parte.

—Muchas gracias —le contesté cortésmente—, es muy gentil de su parte el decir eso.

Kiknadze se envaró, tratando de determinar si debía o no sentirse ofendido.

—Givi, ¿por qué le hablas así a los demás? —Natella pretendía hacer de mí alguien tan talentoso y serio como Lord, y un altruista, por añadidura. Con su

femenina estrechez de criterio, no podía comprender que si yo alguna vez conseguía obtener las condiciones requeridas para lograr su aprobación, ella perdería todo su interés en mí.

—No puedes imaginarte por lo que está pasando —continuó—. Y no te olvides de los parientes de esos espeleólogos. Todo el mundo le está exigiendo cosas.

—Pero yo no lo llamé para nada. Todo lo que pido es que me dejen en paz. Tú sabes lo importante que es para mí estar relajado y en calma antes de una operación de transferencia.

—Muy bien, yo te voy a relajar —insinuó Natella.

—No te preocupes. David lo hará. No lo prives de ese placer. Además, si lo haces tú, no voy a estar en condiciones de recibir nada. Sólo podría pensar en ti. De paso, ¿no te gustaría ser mi informante alguna vez? Te compraría una hermosa peluca luego.

—¡De ninguna manera! —aseguró Natella—. Y no sólo porque tenga miedo de perder el pelo.

—¿Tienes miedo de que me entere de lo que sientes realmente por mí?

—Así es.

—Me halagas.

—Todo lo contrario.

Cuando aparecí en la sala de operaciones, oliendo suavemente a iodo, ya estaba todo preparado. Me acerqué a la mesa donde yacía Beso Guramishvili, comprendiendo que estaban haciendo todo lo posible para mantenerlo vivo. Me gustó Beso: con su cabeza afeitada se parecía mucho a mí. O al famoso poeta. Sólo que más joven.

Saludé a Pachuliya. Era él quien había traído a Beso aquí. Era un excelente cirujano, y había sido compañero de cátedra mío, aunque yo no lo había admitido ante David. Pachuliya había sido siempre un alumno sobresaliente, y acostumbraba a brindarme inspirados consejos.

—Givi, ¿estás listo? —Preguntó Lord en tono paternal, como si me estuviera invitando a dar un paseo o a acompañarlo a tomar un helado.

Traté de relajarme, empleando mi autosugestión. Primero se aflojaron los músculos de mi frente, luego los de mis ojos...

Si giraba la cabeza, desde donde estaba tendido en la camilla, podía contemplar el atezado y agudo perfil de Beso. Los anestesiistas habían llegado ya a una decisión, y un joven cardiólogo de nuestro Instituto fue autorizado a unirse a sus académicas deliberaciones. Traté de imaginar cómo serían las cosas allá abajo, en la caverna. Probablemente muy oscuras y aterradoras.

—Espero que Beso nunca le haya robado los gemelos a su tío —comenté con David; y esas fueron mis últimas palabras antes de que la anestesia me venciera.

Cuando volví en mí, me tomó cierto tiempo comprender quién era y dónde me hallaba. Cuando finalmente uní las piezas del rompecabezas, volví a dormirme, pues me atemorizaba la idea de que me hicieran preguntas que no podría responder. Resulta muy desagradable que se esperen de uno cosas que no puede realizar. Si alguna vez han sido reprobados en un examen, comprenderán lo que quiero decir.

Cuando desperté nuevamente, estaba en mi cuarto del hospital. Había una luz encendida detrás del vidrio esmerilado, y varias siluetas humanas danzaban por el cristal como marionetas de un espectáculo de mímica. Como de costumbre, tenía un espantoso dolor de cabeza, pero peor aún era mi sentimiento de fracaso personal. Lord había contado conmigo, y yo no había sabido responder a su confianza.

Levanté la mano para echar una mirada a mi reloj, pero, por supuesto, no estaba allí. Distintas voces susurraban detrás de la puerta; mi oído era más fino ahora, y pude distinguir una voz grave, probablemente la de Lord:

—De acuerdo con los resultados de nuestras pruebas, pasarán dos o tres horas antes de que la nueva memoria comience a enraizarse.

La puerta se abrió, y Natella entró de puntillas. No me interesaba hablar con nadie, así que simulé estar dormido. Natella se afanó brevemente sobre la pequeña mesita de luz, y pude escuchar el tintineo de un vaso. Cuando abandonó la habitación, oí su voz procedente del corredor:

—Está dormido aún.

—El café está servido —ahora era la voz de Rusiko.

Las fluctuantes sombras de los paneles de vidrio se desvanecieron. Di las gracias mentalmente a Rusiko por descubrir una forma de apartarlos de mi puerta. Aparentemente, ellos estaban tan satisfechos como yo de dejarme solo.

Algo rondaba por mi cerebro. Algo que había olvidado. Algo importante. Vi a Beso yaciendo, en la cama a mi lado, y súbitamente comprendí que nunca me había visto a mí mismo desde el exterior. Bueno, no realmente a *mí* mismo, sino a *él* mismo. Aún persistía la sensación de haber dejado de hacer algo que debía ser hecho, aunque el compromiso fuera de Beso, y no mío. Estaba preocupado por haber perdido *algo*. En las profundidades de mi conciencia, seguía siendo yo mismo, y comprendí que los pensamientos de Beso estaban comenzando a echar raíces. Pero aún no podía descubrir qué era ese *algo* que se me escapaba. ¿Era acerca de la caverna? No, no era eso. Comprendí que *aquello* era más importante en este momento que la caverna. No podía recordarlo porque nunca había estado allí o en ningún lado cerca. Lo que fuera que me estaba eludiendo debía hallarse en el bolsillo de los vaqueros de Beso.

Por lo tanto, sin él, tendría que salir adelante por mis propios pensamientos, pensamientos que me perturbaban sólo a mí. Que me perseguían solamente a mí. Beso no sabía dónde estaban sus vaqueros. No sabía nada del Instituto donde se hallaba hospitalizado; pero yo sí.

Todo estaba en calma fuera de mi cuarto. Sólo habían transcurrido unos pocos minutos, y Lord y los otros se hallaban aún obviamente ocupados con su café, y discutiendo si la transferencia de memoria había tenido éxito. Deseaban encontrar una entrada a la caverna, y yo no sabía nada al respecto. Ese elusivo *algo* no significaba nada para ellos. Pero sí para mí. Pero ¿para mí y para quién más? ¿Quién más? ¡Ah, sí, Rezo! Para Rezo, pues yo le había prometido...

Cuando trajeron a Beso al Instituto, fue desvestido, y sus ropas enviadas al depósito del primer piso. Sabía que debía entrar allí y encontrar esos vaqueros.

Ahora, exactamente ahora, yo, Givi, debía reivindicarme y presionar el botón de llamada. Natella acudiría inmediatamente, y Lord también, y entonces podría comunicarles lo de los vaqueros y lo que deberían buscar en ellos. Pero por alguna razón no pude hacerlo. Debía ir al depósito por mí mismo, pero era peligroso abandonar la habitación por la puerta, ya que Natella podría regresar en cualquier momento. Debía descolgarme por mis propios medios desde el segundo piso, aunque no fuera una medida muy inteligente. A pesar de todo lo impetuoso que pudiera ser, debería controlarme y recordar constantemente que yo era fundamentalmente un científico, y sólo en segundo lugar, un depositario de los recuerdos de Beso.

Me senté un instante en el borde de la cama, tratando de sacudirme las sensaciones de náusea y aturdimiento. Repentinamente comprendí que mi atuendo consistía sólo en unos calzoncillos. Mis queridos amigos habían olvidado vestirme, incluso con un simple pijama de hospital.

Fui hacia la ventana y la abrí. Igual que en una novela de aventuras, crujió suficientemente fuerte como para despertar a un muerto. Distinguí muy abajo un oscuro cuadro de flores. ¿Habrían cometido un error y me habían llevado al décimo piso? Me detuve allí, dudando; hacía un frío terrible.

Súbitamente, la sensación de mí mismo, de Givi, se desvaneció. Debía apresurarme a recuperar aquel *algo* y hacer lo que había que hacer. En ese momento escuché pasos en el corredor. Quizás Natella había intuido que algo andaba mal y se encaminaba a mi cuarto para investigar. Pasé mis piernas sobre el antepecho de la ventana, me impulsé para separarme de la pared, y salté. Mis pies golpearon el suelo; perdí el equilibrio y caí de costado. A pesar de haberme ensuciado, no sentí ningún dolor, sólo irritación conmigo mismo por mi torpeza: Beso lo hubiera hecho mejor.

Me senté en el cuadro y escuché. ¿Había entrado alguien en mi cuarto? Si se trataba de Natella, se abrirían inmediatamente las puertas del infierno, y nunca conseguiría llegar hasta el depósito. Sin embargo, todo siguió en calma. Me levanté, sacudí la suciedad de mis rodillas y me mantuve cerca de la pared mientras me encaminaba hacia la entrada de servicio. Con la luna brillando sobre mí, me destacaba contra la blanca pared como un escarabajo sobre una hoja de papel. Ah, allí estaba la ventana. Estaba enrejada, y resultaría inaccesible para alguien no iniciado.

Pero ayer mismo había oído al sereno quejándose que el cerrojo era defectuoso, y sabía que el cerrajero del Instituto planeaba reemplazarlo por uno nuevo. Afortunadamente, había retirado el antiguo pero aún no había tenido tiempo de instalar el nuevo.

Al entrar por la puerta de servicio, comprendí que estaba helado hasta los huesos. Me detuve allí cerca de medio minuto, inhalando el tibio aire del oscuro corredor; luego anduve a tientas, hasta encontrar la puerta del depósito y abrirla. La hoja cedió al instante. Sabiendo que nadie del Instituto tenía tiempo aquella noche para preocuparse por los ladrones, encendí las luces. Las ropas de Beso estaban sobre la mesa. Cuando lo trajeron al Instituto, el encargado no estaba, así que sus ropas fueron simplemente apiladas sobre la mesa. Mi reconocimiento instantáneo de las ropas de Beso no me produjo gran sorpresa; me hubiera sorprendido más el no reconocerlas.

Me estaba congelando; además, no quería ser descubierto allí en mi estado de semidesnudez, así que me puse los ajados vaqueros, que resultaron bastante aproximados a mi talla, una camiseta, y un gastado suéter. Toda la ropa estaba sucia, y una de las mangas del jersey mostraba señales de sangre seca. Encontré los zapatos de Beso debajo de la mesa, pero eran demasiado pequeños, una complicación que ni Beso ni yo habíamos previsto. Abrí entonces el guardarropa donde se guardan las propiedades de los pacientes, y seleccioné un par de zapatos. Eran de brillante charol, incompatibles con el resto de mi atuendo, pero al menos, no me apretaban. Del bolsillo de mis vaqueros extraje un pequeño paquete plástico, dentro del cual había una envoltura de papel de diario.

Rezo me alcanzó un paquete. A la luz de la única linterna que nos quedaba, su cara parecía más demacrada que de costumbre. La luz lo iluminaba desde arriba, transformando sus ojos en dos huecos oscuros. ¿Me prometes que lo harás?, me preguntó. Te lo prometo, contesté yo.

Aunque Rezo era un extraño para mí, la imagen relampagueó vívidamente a través de mi mente consciente. Me quedé allí parado, dudando.

¿Y ahora qué? —pregunté a Beso, mentalmente—. ¿Debemos regresar? Ya deben haber notado que nos fuimos.

Repentinamente comprendí dónde debía ir. Y rápido, además. Al poblado de Mokvi. Un ómnibus podría llevarme allí desde la terminal. Tomé el reloj de encima de la mesa; el de Beso. Todavía funcionaba. Las cuatro y treinta. Habían pasado menos de tres horas desde la operación.

No podía demorarme un sólo minuto más. Apagando las luces, abandoné el depósito. El transporte público aún estaba dormido y soñando, pero la estación terminal estaba relativamente cerca. Quizás podría coger un taxi; eso sería lo mejor.

Crucé el parque del Instituto en dirección a los portones, al paso más rápido que pude. Cuanto más lejos pudiera llegar en los próximos cinco minutos, mejor sería para mí, para Beso y para... ¿para quién?

Reconocerás fácilmente la casa. Es la última de la calle. Está rodeada de viñas silvestres. Y tiene rosales en el frente. Ninguna casa de la villa tiene tantos.

Era la voz de Rezo.

Atravesé los portales, abiertos a medias. El Instituto se había transformado en un manicomio, así que se ignoraban todas las reglamentaciones. Me pregunté dónde podría estar el sereno.

El río Kura murmuraba en las proximidades. Un perro comenzó a ladrar, y los que estaban confinados en los sótanos del Instituto le contestaron. Creí haber oído un grito proveniente del edificio. ¿Estaban llamándome? Comencé a caminar a lo largo de la carretera, en dirección a la ciudad. Hubiera echado a correr, pero tenía miedo de que volvieran las náuseas y el mareo. Me volví mientras caminaba, y pude divisar la luz verde de un taxi asomándose desde un recodo de la carretera. Desplazándome hasta el medio de la ruta, levanté mi mano, consiguiendo que el coche se detuviera.

—¿No ve que estoy fuera de servicio? —preguntó el conductor, asomando la cabeza fuera de la ventanilla—. No recojo pasajeros.

—Por favor, es sólo hasta la estación de ómnibus.

—Está fuera de mi camino.

—Muy bien, ¿cuánto?

—No se trata de dinero.

—Es muy urgente. Por favor, lléveme.

Arreglamos el precio en tres rublos. El conductor había sucumbido al poder del frío dinero, pero aún estaba irritado.

Una roca se desprendió debajo de mis pies, y una ráfaga de aire me golpeó el rostro. El aire era espeso, y absorbía el sonido del derrumbe. Caí pesadamente a tierra, y me golpeé dolorosamente contra el casco de alguien. No se me ocurrió que podía morir. Deseaba que el hundimiento terminara pronto, así podría emprender mi camino hacia la superficie. Pero seguía y seguía, como si las rocas estuvieran tratando de llenar cada uno de los huecos de la montaña.

—Bueno, hemos llegado —me avisó el chófer—. Ahora tendré que conducir otros quince kilómetros más. Págueme.

Me quedé helado. Mis manos no sabían dónde buscar el dinero. Mi billetera estaba en la bolsa de deporte de Givi, y yo estaba usando los vaqueros y el jersey de Beso. No tenía ni un kopek encima.

—Olvidé mi billetera —le expliqué con calma, pues ya había llegado a la terminal, y me quedaba menos de una hora de viaje hasta Mokvi.

—¿Qué diablos está diciendo? —exclamó el taxista—. ¡Debe estar bromeando!

—Venga al Instituto mañana. Le daré diez rublos.

—Está bromeando —repitió el conductor, cada vez más convencido— y va a pagar caras las bromas, compañero. Vamos, tendremos una hermosa charla en la comisaría de policía. —Se estiró por delante de mí, y cerró la portezuela.

—Tome algo como garantía —lo apremié, desesperado.

—¿Y qué me puedes dar tú? —preguntó, examinándome con desprecio—. ¿Qué demonios puede alguien tomar de un tipo como tú?

Había perdido toda su fe en la humanidad. En ese momento recordé:

—Mi reloj. Tome; le daré mi reloj.

No esperé su respuesta. Desabroché la correa y le tendí el reloj.

—No necesito tu maldito reloj —señaló terminantemente.

—Un Seiko es una máquina muy buena —le expliqué conciliadoramente. El reloj pertenecía a Beso, así que yo sabía que era de esa marca. El truco pareció dar resultado.

—Muy bien —dijo—, supongo que todo es posible. No se olvide de mi número.

Me dictó su número de matrícula, pero yo estaba demasiado apurado para anotarlo, pues un ómnibus se acercaba ya a la sala de espera. Corrí hacia él, pero el cartel indicador sobre el parabrisas me indicó que viajaba en dirección opuesta a la mía. El conductor del taxi corrió detrás de mí:

—¡Eh!, no olvide mi número —me gritó.

—No se preocupe —le contesté, y me apresuré hacia la sala de espera.

Dentro era aún de noche. Unos pocos pasajeros dispersos dormitaban en los asientos, tratando de matar el tiempo. Entré rápidamente y comencé a buscar desesperadamente un horario. Finalmente localicé uno y me apresuré hacia él. Nunca había estado en Mokvi, pero Beso sí. Había sido hacía ya mucho tiempo, pero había estado. El siguiente ómnibus para Mokvi salía dentro de una hora y media.

Me detuve delante del horario. Mi última prenda de valor, el reloj de Beso, ya no estaba. Iba a tener que caminar a lo largo de la carretera y solicitar a algún camionero que me llevara hasta mi destino. Sin embargo, quedaba el problema de llegar hasta la carretera.

Entonces divisé una cara familiar. La muchacha sentada allí, con la cabeza recostada contra el respaldo del asiento, era la misma que había entrado corriendo en el vestíbulo del Instituto preguntando por Beso. ¡Qué demonios estaba diciendo! Esa

era mi hermana Nadia. Probablemente la habían echado del Instituto diciéndole que volviera al día siguiente después de las ocho; probablemente se dirigiera a ver a mamá. Nuestra madre aún no sabía nada del accidente.

Di un paso en dirección a Nadia, intentando consolarla, aclararle que todo estaba bien conmigo, con Beso. Ella levantó su cabeza, como si yo la hubiera llamado en voz alta. Me miró fijamente, y en ese momento comprendí que podía reconocer las ropas de su hermano. Di un paso atrás; ahora podía ver que estaba tratando de reconocermé. Después de todo, me había visto muy recientemente, aunque en el Instituto yo estaba vestido decentemente con traje y corbata. Se quedó mirándome fijamente, y yo oí unos pasos fuertes aproximándose por mi espalda.

Comprendí que alguien venía hacia mí; giré rápidamente sobre mis talones, preparado para huir. El conductor del taxi se acercaba a través de la sala de espera, con el Seiko balanceándose en su dedo índice. Sentí miedo que Nadia reconociera el reloj, así que me dirigí hacia el taxista a fin de ocultarlo de su vista.

—No anotó mi número —observó el hombre.

—Vamos —lo interrumpí yo, tratando de apartarlo de Nadia—, hablaremos afuera.

Me siguió al exterior. El frío era intenso. El suéter de Beso ofrecía poca protección contra el viento helado que soplaba alrededor de nosotros.

—¿Adónde tiene que ir? —preguntó el chófer.

—A Mokvi.

—Sí, conozco el lugar. Mi hermano solía vivir allí. Antes de la guerra. Contrajo matrimonio y se quedó allí por un tiempo. Luego se mudó a Telavi. ¿Tiene alguna chica allí?

—¿Por qué?

—Parece muy preocupado por algo —sacó un paquete de cigarrillos y me ofreció uno.

—Gracias, no fumo.

—No me malinterprete. No estoy persiguiéndolo por los tres rublos. Ya terminé de trabajar hace más de una hora. No me gustan los oportunistas.

Le contesté simplemente la verdad:

—Olvidé mi billetera en mis otros pantalones. —Miré a mi alrededor, a lo largo de la plaza, esperando el milagro, un ómnibus con la salvadora leyenda: «Mokvi» escrita en su parabrisas.

—¿Cuál es el problema que tiene en Mokvi? —preguntó el taxista.

—Mire, usted ya ha terminado de trabajar, y yo estoy sin un centavo...

—Usted mantenga sus narices fuera de mis negocios. No trate de decirme lo que tengo que hacer. Suba al coche.

—¿Qué?

—¡Le digo que suba! No voy a estar aquí toda la noche esperándolo.

Nos alejamos de la ciudad. Ya estaba casi amaneciendo. El interior del coche, cómodo y cálido, me hizo adormecer.

—Ahora piensa que estoy chiflado, ¿no es así? —preguntó el chófer.

—No. Pienso que es una persona muy amable.

—Yo, ¿amable? De cualquier manera, voy a conservar su reloj como garantía.

Un semáforo cambió a rojo. Nos detuvimos en el cruce desierto, por un tiempo que me parecieron siglos. Parecía como si la luz no fuera a cambiar jamás.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Todavía no voy a devolverle su reloj. Son las cinco y media. ¿Está atrasado?

—Sí.

—¿A qué casa quiere ir en Mokvi? Las conozco todas.

No le contesté. Había olvidado a qué casa iba. Confié en Beso.

No podía ver los ojos de Rezo. La luz venía de arriba. El doctor se quejaba en las cercanías. ¡Qué momento había elegido para romperse una pierna...! Reconocerás la casa al momento.

—La última casa de la calle principal —dije—. Una cubierta con viñas silvestres. Y rosas. Ninguna casa de Mokvi tiene tantos rosales.

—Estoy de acuerdo con usted. Allí vive Bagrat, el lisiado. ¿Va a verlo a él?

—No lo sé. No he estado aquí desde hace mucho tiempo. Solía vivir solo. Su hijo trabaja en Tbilisi.

Le prometí a mi padre tratar de hallarla —decía Rezo—. Creo que es una tontería, pero él cree en ella. Lo llevé a un especialista para que lo examinara, pero dijo que dudaba que se pudiera hacer algo por él. Mi padre es viejo ya; pero él cree en ella. Dice que los antiguos también la usaban. Ellos conocían el camino de la cueva.

Extraje el paquete plástico del bolsillo de los vaqueros y desenvolví el papel de diario. Dentro encontré unos pedazos de resina, parecidos al ámbar, cuyo tacto era jabonoso y liviano. Despedían una fragancia suave, similar a la cera.

—¿Qué es eso? —preguntó el taxista—. ¿Usted cría abejas?

—No. Es una medicina.

El chófer pisó violentamente el freno; apenas pude mantener los pedazos de resina en mis manos. Se volvió rápidamente sobre su hombro:

—Escuche —preguntó—: ¿Dónde encontró esa sustancia?

—En una caverna.

—¡Perfecto! —el conductor estaba encantado—. ¿Y por qué se quedó con la boca cerrada? ¿Así que usted encontró bálsamo de la montaña? La sustancia que cura todas las enfermedades.

—La gente anciana cree en ella.

—¿Es usted el hijo de Pop Bagrat? ¿Por qué no lo dijo antes?

—Es que no soy su hijo. Él me encargó que se lo trajera.

—Cuando mi madre estuvo a punto de morir, me pidió que le consiguiera un poco. Pero ¿dónde puede uno conseguirlo en estos días? Los médicos no creen en eso. Dicen que no ha sido probado.

—¿Usted necesita un poco? —le pregunté.

—¿Para qué? Yo estoy perfectamente sano. ¿Realmente piensa que hace algún bien? El doctor de nuestro distrito me dijo que había muchas cosas extrañas en los viejos métodos de practicar la medicina. ¿Usted qué piensa de eso?

—No lo sé. Es muy importante la confianza que el paciente tenga en el remedio que está tomando.

—Correcto. La aspirina... ese es mi medicamento total.

Volvimos a entrar en la carretera, y antes de haber recorrido tres kilómetros, giramos para internarnos en un camino provincial. Una flecha azul en una señal anunciaba: Mokvi-4.

La vieja casa estaba cubierta de viñas. Los rosales detrás de ella gozaban del fresco de la madrugada. Las rosas no habían florecido aún; era demasiado temprano. Un cachorro con una oreja rasgada se precipitó hacia la puerta para saludarnos.

—Gracias —le dije al taxista—. Tengo su número en la memoria, así que no se preocupe. Mañana nos veremos.

—Mañana libro —contestó él. De repente, puso el reloj en mi mano—. Tómelo. Debería haberme dicho al principio de qué se trataba.

—Téngalo hasta mañana.

—¡Olvídelo! ¿Usted cree que lo traje todo el camino hasta acá por unos piojosos rublos?

Yo tomé el reloj y le propuse:

—Si lo desea, puedo compartir el bálsamo con usted.

—¿Y para qué lo necesitaría? Mi madre ya ha muerto, y yo estoy sano.

—Quizás pueda hacerle falta algún día.

—Nones. La aspirina es mi curalotodo. Es mejor que se apure, joven. Probablemente Pop Bagrat esté esperándolo.

Empujé la puerta, abriéndola, y el cachorro se apartó gentilmente, corriendo delante de mí hacia el porche. Las parras, curvándose sobre el camino como un túnel, me obligaron a encorvarme.

Escuché la voz de Teimur en aquella oscuridad de tinta: ¿Quién tiene una linterna de emergencia? Un instante antes del derrumbe había estado sentado a una larga mesa de piedra, esperando al doctor, a quien correspondía el turno de servir la comida. Acabábamos de lavarnos en un arroyo subterráneo, y habíamos apilado nuestros cascos y trajes de goma en un rincón, junto al walkie talkie. Habíamos quedado exhaustos después de un día de recorrer casi un kilómetro y atravesar una traicionera cueva. Sentados a lo largo de la mesa, estábamos todos de buen humor, ya que todo había salido bien y sólo nos quedaba por explorar una cámara más, probablemente pequeña. Mañana trataríamos de aproximarnos a ella. Y entonces llegó el derrumbe. Un aire denso y frío golpeó mi cara...

Me detuve en el porche. Todo estaba en calma dentro. Desde donde estaba podía ver el pueblo, extendiéndose hacia el río, y un rebaño de ganado vacuno disperso por el brillante verde de la hierba que cubría la ladera. Había olor a humo en el aire, y el pequeño río estaba cubierto aún de niebla. Una carreta de bueyes crujía a lo largo de la calle; la luz era brillante ya.

Una diminuta anciana, vestida con una larga falda negra que le llegaba hasta el suelo y con un pañuelo cubriendo su cabeza, atisbó a través de la puerta. En sus manos sostenía un balde. La saludé y preguntó:

—¿Está buscando a Bagrat, joven? —no parecía en absoluto sorprendida por una visita tan temprana—. Está arriba.

Bagrat demostró ser un anciano sólidamente constituido; la enorme y vieja cama, con sus esferas de madera en las cabeceras, parecía pequeña para él. Aparentemente, Bagrat había estado enfermo mucho. Se veía demacrado, y la piel de sus mejillas y de su frente estaba oscurecida, especialmente en contraste con su barba amarillenta y los largos mechones de pelo blanco. Sin embargo, sus ojos no habían perdido su color azul claro. Al entrar yo, levantó una ancha y huesuda palma, que parecía esculpida de alguna vieja madera nudosa.

—¿Qué sucedió con Rezo? —preguntó.

Me miró de forma extraña, como si me encontrara muy, muy lejos, en algún talud de una lejana montaña; como si fuera el portador de malas nuevas. El anciano se había acorazado a sí mismo contra uno más de los golpes que una larga vida distribuye tan generosamente, pero era evidente que no tenía intención de rendirse ante el destino.

—Siéntese —me dijo, antes de que tuviera ocasión de responder.

—Rezo está vivo y bien —le dije.

—Siéntese —repitió.

Dudé que me hubiera creído.

—Rezo está vivo. Le manda saludos, y está preocupado por su salud.

—¿Cuándo lo vio usted?

—Ayer.

—¿Por la mañana?

—Por la tarde.

—Tuve un mal presagio ayer por la mañana —dijo el anciano—. ¿Dónde lo vio?

—En la cueva. Estamos: trabajando allí. Con la expedición.

—Está bien. En la cueva. ¿Y usted dice que no sucedió nada?

No pude mentirle:

—Hubo un derrumbe pero nos arreglamos para evitarlo. Todo el mundo está vivo.

—¿Y por qué no vino el mismo Rezo?

—Se quedó allí para ayudar.

—¿Y usted por qué está tan sucio? ¿Qué pasó con su cabeza? ¿Está cansado?

La anciana que había visto abajo trajo una bandeja con unas rebanadas de queso, pan y una garrafa tallada con vino blanco.

—Corra la mesa hacia aquí —me ordenó el viejo—. Desayunaremos.

Yo obedecí.

—¿Cómo se llama? —me preguntó una vez que hubo llenado los vasos de vino.

—Givi.

—No conozco a ningún Givi entre los amigos de mi Rezo.

—Soy recién llegado a la expedición.

—Está mintiendo —el anciano no estaba enojado; simplemente señalaba un hecho.

—Rezo me pidió que le trajera algo de bálsamo de la montaña. Él no podía venir hoy y a mí me quedaba de paso. Eso es todo.

Quitó el envoltorio de papel de diario, y le alargué los trozos de resina.

—Gracias, joven —olió uno de los terrones y comentó—: Este es el verdadero bálsamo de la montaña. Rezo estuvo tratando de encontrarme un poco durante más de un año. Gracias por perder su tiempo en traerle medicinas a un viejo. Cuando usted también sea viejo y comprenda lo inútiles que pueden llegar a ser los médicos, también comenzará a creer en los antiguos remedios. Cuando vea a Rezo, dígame que su padre se lo agradece, y que tratará de estar nuevamente sobre sus pies para cuando regrese. ¿Va a volver pronto?

Comprendí que Givi no hubiera sido capaz de resistir a la tentación de decir algo sarcástico sobre la solemnidad del momento. Por supuesto, yo aún era Givi. ¿O era Beso?

—Probablemente esté aquí antes de lo esperado. Quizás en un día o dos.

Comprendí instantáneamente que no debería haber dicho eso. El anciano sabía mejor que yo que Rezo tendría que trabajar bajo tierra al menos otro par de semanas

aún. Debería haber notado anteriormente el calendario colgado de la pared sobre su cabeza. Abril estaba encerrado en un círculo de lápiz rojo, y los números de sus días, a partir del día dos y hasta hoy, habían sido tachados. El anciano estaba contando los días.

Así que le conté todo. O casi todo. Le dije que la expedición estaba atrapada bajo tierra. Estábamos seguros de que todos estaban vivos, pero el único hombre que había conseguido salir estaba enfermo; demasiado enfermo para llevarnos hasta los otros. Estaba internado en el hospital donde yo trabajaba y me había pedido que le llevara el bálsamo.

El anciano me escuchó sin interrumpirme. Cerró los ojos y permaneció inmóvil; apenas parecía respirar.

—Conozco la entrada que utilizaron para bajar a la caverna —observó cuando hube terminado la historia—. Hace muchos años, la gente solía entrar a buscar bálsamo en la cueva. Luego le perdieron el rastro y se olvidaron de él. ¿Hasta qué distancia llegaron los exploradores este año? ¿Dónde los dejó Beso?

Imaginé la caverna de la forma trazada en el mapa de Teimur. Recordaba muy bien el mapa, con las secciones exploradas el año anterior dibujadas en tinta china, los trazos y curvas en lápiz marcando las exploraciones de este año, y las líneas punteadas representando las futuras.

Cuando sobrevino el derrumbe, ellos estaban en su campamento base, en la cámara que contenía el radiocomunicador, a tres kilómetros de la entrada principal. El hundimiento había tenido lugar en la parte de la cámara donde habían dejado el equipo. Aparentemente, cuando encontraron una lámpara e inspeccionaron el daño, comprendieron que habían quedado aislados del exterior.

—¿Y usted dice que no hay ningún herido?

—El médico se rompió una pierna, y una de las mujeres está gravemente herida.

—Siempre le dije a Rezo que las mujeres no tienen lugar bajo tierra.

—El resto salió sólo con heridas leves. Entonces todos se reunieron en la siguiente cámara, y Teimur envió a Beso y a otro hombre a buscar un pasaje hacia la superficie. Les dieron una lámpara y partieron.

—¿En qué dirección?

Traté de recordar. Imaginé el pasadizo, angostándose hasta llegar al diámetro de una madriguera de conejo, donde prácticamente había que comprimir el cuerpo contra la roca para poder pasar sin saber si el pasaje se ensancharía más adelante o habría que volver atrás arrastrándose.

—Fue hacia el este.

—¿Llegó muy lejos?

—No; debieron regresar en busca de un equipo de buceo. Es un...

—Ya sé lo que es.

—El pasaje se ensanchaba, conduciendo hacia otra cámara. Pero la salida de esta quedaba sumergida.

—¿Y Beso continuó solo?

—Sí. Solo habían dejado un equipo. Además, no podían arrastrar al doctor y a la otra mujer a través de ese pasadizo. Beso era un alpinista. Y delgado. Todos contaban con él.

—¿Qué dijo Rezo cuando ellos partieron?

—Rezo le indicó que debía buscarlo a usted cuando alcanzara la superficie, y le diera el paquete de bálsamo. Le explicó cómo encontrar su casa.

—¿Por qué me dijo que se llamaba Givi, y que trabajaba en el hospital? ¿Estuvo realmente en la caverna? ¿Y salió a la superficie?

—Le juro que todo lo que dije es verdad. Beso está en el hospital.

—Usted parece ser un hombre honesto, pero por alguna razón sigue diciendo mentiras. Si usted es Beso, ¿por qué vino aquí?, ¿por qué no está encabezando un equipo de rescate hacia el lugar del derrumbe? Y si es Givi, ¿cómo es que Beso recordó todo lo que sucedió bajo tierra y no dijo cómo había salido de allí?

—Está muy mal. Lo olvidó.

El anciano suspiró. Estaba cansado de poner a prueba mis afirmaciones.

—Ahora escúcheme —dijo—, si sube a la montaña desde el pueblo, siguiendo a lo largo de la cañada durante tres kilómetros, verá una abertura en el suelo. Personalmente nunca he entrado, pero si avanza en la dirección en que dice que venía Beso, podrá llegar hasta la gente atrapada allí abajo. ¿A qué distancia había llegado Beso?

—Lo encontraron en la carretera, por la noche, tarde. Alrededor de las diez.

—¿Dónde?

—Ya le dije dónde.

—Eso está lejos de aquel lugar, pero puede intentarlo igualmente. Enviaré a Georgi con usted. Es un joven inteligente y conoce bien esos lugares.

Se oyeron unos pasos apresurados detrás de la puerta, y las bisagras del porche crujieron. El anciano sonrió cansadamente:

—Ella ya está en camino —explicó—. Estaba escuchando.

Salí rápidamente del arroyo helado. Temía sufrir un paro cardíaco. Solo tenía el tubo respirador, pero carecía de traje de goma; todos habían quedado enterrados bajo el derrumbe. Me quité el equipaje y salté para entrar en calor. Comparado con el agua, el aire parecía estar tibio. Me pregunté cómo se las estarían arreglando en la cueva sin una lámpara. Cuando los dejé, estaban cantando. Bueno, no importa; llegaré a la superficie y entraré en calor allí. Controlé la brújula subacuática; está seca. Elegí un pasaje que iba

sobre los otros, hacia el este...

La puerta del porche crujió agudamente. Un muchacho bajo, vestido con pantalones militares y una camisa azul, se detuvo en el umbral de la habitación.

—¿Me mandaste buscar, Pop?

—Buenos días, Georgi. Necesito tu ayuda, ¡así que despiértate!

Georgi se frotó los adormilados ojos.

—¿Puedes llevar a nuestro huésped hasta la fisura de la cañada alta?

—¿Ahora mismo?

—Es urgente. Te contará todo en el camino. Lleva una cuerda y garfios. Hay gente atrapada allí, bajo tierra. Tenemos que llegar hasta ellos.

No mencionó que su hijo estaba entre ellos.

—Lleva algo de pan y agua. Pueden tener que recorrer un largo camino.

En ese momento se me ocurrió lo horrorizado que estaría yo, Givi, ante la sola idea de tener que descender a una fría y oscura cueva, incluso para rescatar a los espeleólogos. Pero Beso no tenía miedo; por lo tanto, yo tampoco.

—Esperaré a que vuelvan —dijo el viejo.

La anciana dama nos esperaba en el porche.

Me alcanzó un rollo de cuerda fuerte y una bolsa que contenía pan y vino. Luego hizo la señal de la cruz sobre mí, y se quedó contemplándonos hasta que desaparecimos de su vista. El cachorro nos acompañó hasta la puerta exterior, ladrando sus despedidas.

—¿Está abierta la oficina de correos? —pregunté a Georgi.

—¿Qué es lo que necesita?

—Un teléfono.

—La oficina está cerrada, pero Levan tiene un teléfono. Aquí está su casa.

—¿No es demasiado temprano?

—Ya estarán levantados.

Georgi se me adelantó. Cuando entré a la casa, su dueño me señaló el teléfono y abandonó el cuarto inmediatamente.

Georgi tomó la cuerda y la bolsa de mis manos, y dejó asimismo la habitación, diciéndome:

—Marque el ocho primero.

Llamé al Instituto, al escritorio de informaciones, en la planta baja, pero nadie respondió. Había olvidado que no eran las siete de la mañana aún; la ciudad comienza su día mucho más tarde que Mokvi. Telefoneé al cuarto del personal, arriba; seguro que se habían quedado allí toda la noche, especialmente después de mi desaparición.

Alguien contestó inmediatamente. Era Natella. Le pregunté fingiendo una voz grave:

—Por favor, ¿podría decirme el estado del paciente Beso Guramishvili?

—¿Quién habla?

—Su tío.

Temía que reconociera mi voz, pues entonces me acosarían a preguntas.

—Beso está un poco mejor, aunque aún está inconsciente. ¿Eres tú, Givi? —
Natella no estaba segura; hizo la pregunta como disculpándose. Sentí lástima por ella.

—Sí, pero no tengo tiempo para nada ahora. Te llamaré luego.

Colgué inmediatamente.

Georgi y Levan me estaban esperando.

—Él viene con nosotros —me informó Georgi.

Volvimos a salir a la carretera, apresurándonos en dirección a las montañas, y comenzamos a ascender siguiendo un sendero. Mis compañeros caminaban rápidamente. El sol comenzó a calentarnos, y podía oír mi corazón latiendo apresuradamente por el esfuerzo. Sin embargo, sabía que podría arreglármelas para mantener su paso sin que me sucediera nada. Así y todo, pensé, debería comenzar a hacer ejercicio por las mañanas; mi vida era demasiado sedentaria...

Me levanté y me obligué a apoyarme en los codos. El lucero de la tarde brillaba por encima del lugar desde donde había caído. Lo veía justo en el centro de la abertura, y aunque comprendía que me sería muy difícil alcanzar ahora la salida, al menos el astro era un símbolo de esperanza, una parte del brillante mundo de arriba. Me senté; me resultaba difícil respirar. No, difícil no... imposible. Tenía que acostarme y dormir. ¿Cuánto tiempo había tardado en llegar hasta allí? ¿Diez horas? ¿Cien? Probablemente perdí el sentido durante algunos minutos, pues cuando abrí los ojos nuevamente, la estrella se había deslizado hasta el borde de la oquedad. Me quité la chaqueta; solo obstaculizaba mis movimientos. Ahora haría una pausa para respirar y comenzaría todo de nuevo...

—Faltan cinco minutos hasta la abertura —me informó Georgi.

Brillante como una cinta de plata, el camino se curvaba a lo lejos, debajo de nosotros.

No, me encontraron más lejos. Estaba tirado en el suelo, y hacía frío. Era tarde en la noche, y no tenía fuerzas ni para levantar la cabeza y dar las gracias al astro. La carretera estaba cerca. Vi pasar un coche, pero estaba demasiado débil para gritar. Traté de arrastrarme hacia abajo por el talud, pero mi mano no me obedecía, enredada en el suéter que se había empapado en agua o sangre. Notaba que mi sien estaba sangrando, pero no podía hacer

nada al respecto. Sabía que alguien me vería si podía arreglármelas para alcanzar la pendiente al costado del camino. Siguiendo mis huellas a lo largo de la ladera, podrán encontrar la fisura en la montaña. En un ligero ángulo al otro lado del camino hay un árbol con una doble copa. Me acostaré en el talud y rodaré hacia abajo como un tronco. Espero no perder el paquete de Rezo; contiene el bálsamo para su padre. En el pueblo de Mokvi, la última casa. Y me está esperando.

—¡Alto! —dije.

—¿Está cansado? —preguntó Georgi.

—¿Ustedes conocen bien estos lugares? Allí abajo, al costado de la carretera, hay un gran árbol con una doble copa...

Ellos dudaron.

—¿Quizás al costado de la curva?

—No. Allí hay dos árboles.

—Ustedes saben, junto a...

—Por supuesto, en ese lugar.

—Entonces escuchen: Georgi, vuelve corriendo, lo más rápido que puedas, y llama al Centro de Investigaciones del Cerebro. Diles que regresen al lugar donde fue hallado Beso Guramiahvili, y que traigan ayuda... hemos encontrado la salida. ¿Está claro? No al lugar exacto, sino al árbol con la doble copa. El camino hace una espiral allí, y él rodó hasta una vuelta inferior. Por eso no encontraban la abertura. ¿Entendiste? Usted, Levan, lléveme hasta allí, pero despacio. Estoy muy cansado.

—No se preocupe —dijo Levan—, es todo cuesta abajo. ¿Quién rodó hasta una vuelta inferior?

—Ya se lo dije: Beso.

—Pero ¿por qué no lo sabía usted antes?

—No podía recordarlo antes —contesté, y traté de explicárselo tan seria y completamente como Beso mismo lo hubiera hecho—. Aparentemente estaba mucho más profundo en mi subconsciente, en un segundo estrato de la memoria. Más cerca de mi memoria consciente —en el primer estrato— estaba el último pensamiento de Beso antes de perder el sentido. Por eso recordé primero lo de Pop Bagrat.

—¿Qué quiere decir con que *usted* recordó?

—De acuerdo; imagínese como si los dos hubiéramos recordado.

Este personaje de Beso comenzaba a ser un estorbo. Era una buena influencia sobre mí, y si no andaba con cuidado, terminaría convirtiéndome en un joven agradable, admirado y respetado por todos los que me conocieran. Natella estaría encantada.

Descendimos por un angosto sendero hacia el camino, que brillaba como un

delgado arroyo sinuoso bajo los rayos del sol de la mañana.

Notas

[1] Nombre eslavo común en la Unión Soviética en la época en que se escribió el relato; significa «Esperanza» en ruso. (Nota del E. D.) <<

[2] En el original, *glupyshki*, diminutivo de *glupiy*, que significa «estúpido». (Nota del E. D.) <<